





J. A. PAGAZA

HORACIO
VERSIÓN
LIBERÍSTICA

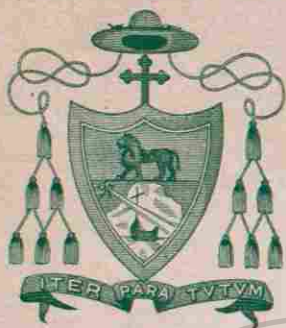


PA6400

.A1

P3

003275



1080018747

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ LAMAM
Episcopi Leonensis VERITATIS

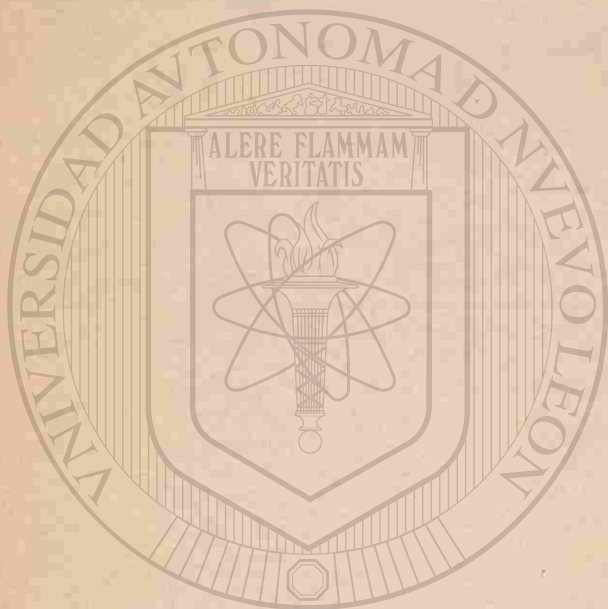


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HORACIO.

VERSIÓN PARAFRÁSTICA DE SUS ODAS

POR DON JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA

OBISPO DE VERACRUZ,

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA

ESPAÑOLA INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA MEXICANA Y ENTRE LOS

ÁRCADES DE ROMA

CLEARCO MEONIO.

Van añadidas algunas otras
parafrasis, imitaciones y poesías originales
del Traductor.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tallez



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

JALAPA.
Imprenta "El Progreso" de Concepción V. de Mendizábal.
33 de Zaragoza número 3.

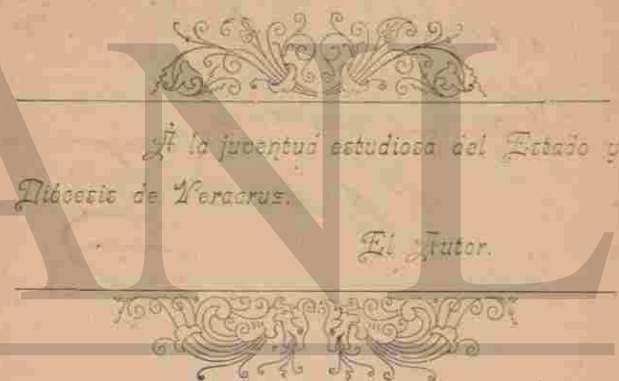
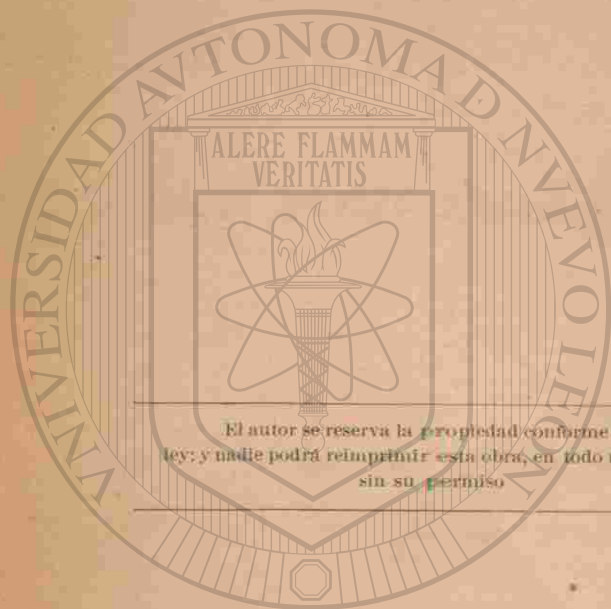
1905.

40527

PA6400

A1

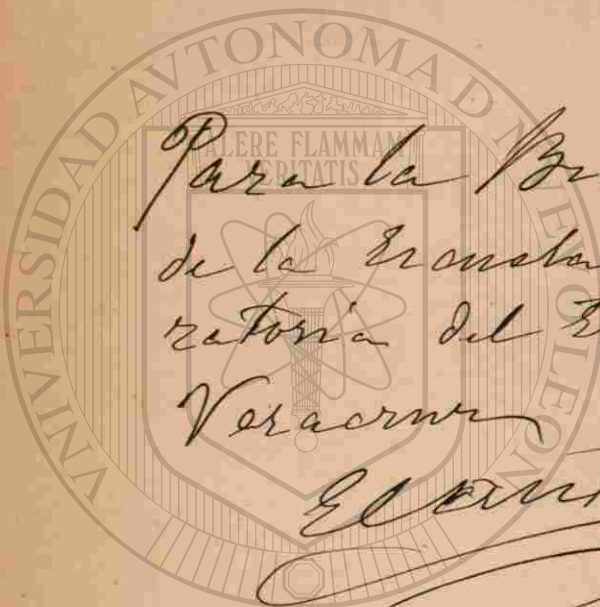
P3



FONDO EDITORIO
VALVERDE Y TOLLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

003275



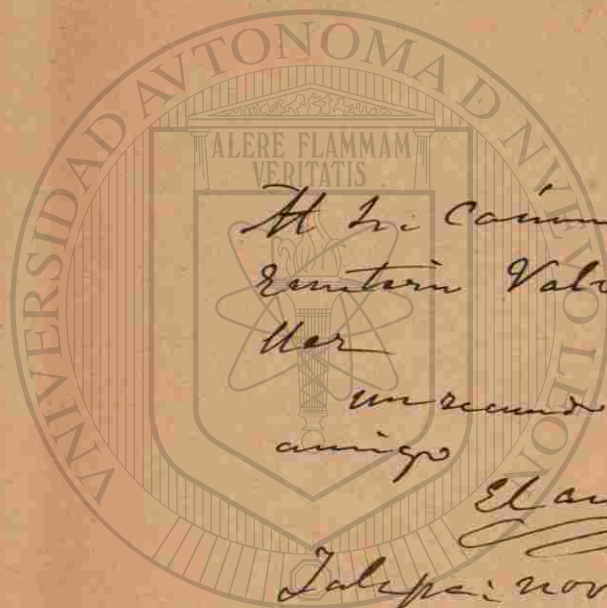
Para la Biblioteca
de la Escuela Prepara-
toria del Estado de
Veracruz
El autor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE VERACRUZ
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CORRIGENDA.

Página.	Verso.	Dice.	Léase.
10	6	frágil	frágil
27	1	héroe	ó héroe,
28	3, 11, 15 y 19	diestro temible descoje pacato, diestro, temible, descoje, pacato,	
29	27	rubio	rubio,
30	10	placentera	placentera,
31	12	insolente	insolente,
32	9	di	di
33	15	(falta el verso 16)	Y extremada cordura
34	1	ideas	ideas
41	24	De los Tracios	De los tracios
42	12 y 13	eruel Tebana	erüel...tebana
43	4 y 6	Escita Parto	escita...parto
44	3, 15 y 16	pobre Cecubo Falernas	pobre...cecubo...falernas.
45	1	Diana	Diana
47	12	El calmán escamoso	El lagarto escamoso
49	8	pino Hibleo	pino bíbleo
50	11 y 13	siempre Móvil anciana	siempre...Móvil anciana,
52	18	El Lesbio	El lesbio
53	1, 7 y 14	Traces alfanje Medo Falerno-traces	alfanje medo...falerno
55	1 y 7	La Matina Frigio	La matina...frigio
58	5 y 7	rey Subeo Medo	rey subeo...medo
60	14	el Caleno	el caleno,
63	7	De la cruel	De la crüel
64	12	Calabresa	calabresa
66	10, 11 y 13	Carpacio Bifñica Dacio Escita-carpacio, bifñica, dacio, escita	
67	24	Océano	Océano.
68	6	Contra el Escita y Árabe forjaras!	Contra el escita y árabe forjaras!
69	13	Salla costumbre	salla costumbre
70	4 y 23	Salios Mereotico	salios...mereotico
72	11	tierna	tierna,
79	2	sigue, en verdad	sigue, que en verdad
92	15	Antifloco	Antifloco,
99	23	Acaco	Esco
114	6	lazadas	lazadas
120	6	funeraria	funeraria
125	10	brillo	brillo
134	29 y 31	matrona saberano	matrona...soberano,
145	epígrafe	caelebs	caelebs
150	8	E Inclitos	E inclitos
155	11 y 19	al justo ominosas	al justo...ominosas,
158	8	Ni la estira suave y deleitosa Ni la estira ociosa	
159	18	guerra	guerra.
168	1	¡O Cantara	O cántara
176	12	reduido?	reduido?
178	4	perennes (en algunos ejemplares)	perenes
183	13	A la reina de Gáido y la Cyclada	A la reina de Gáido y la fulgente
183	14	Al cerrar la velada	Cyclada, finalmente
194	25	techumbre	techumbre
204	24	emprederá	emprenderá
207	3	¿Quién	¿Quién
208	9	libre	libre,
219	15	quédame	quédame
221	15	aliger Peraso	Valador Pégaso
224	17	Y nunca roza en vetusta encina	Y nunca roza en la vetusta encina;
231	6	Tharmacia	Sarmacia
251	11	Y espectro, leve ya incapaz de injuria	Y, espectro leve ya incapaz de injuria,
252	3	landrando	landrando
343	12	Viene y aja el color	Viene y le aja el color,

y otras muchas que corregirá fácilmente el discreto lector.



*H. L. Canónigo D.
Emiliano Valverde Fén-
lix*

*un secundo draft.
amigo*

El autor

Talapa: nov br 28 de

1906.

ODA 1.

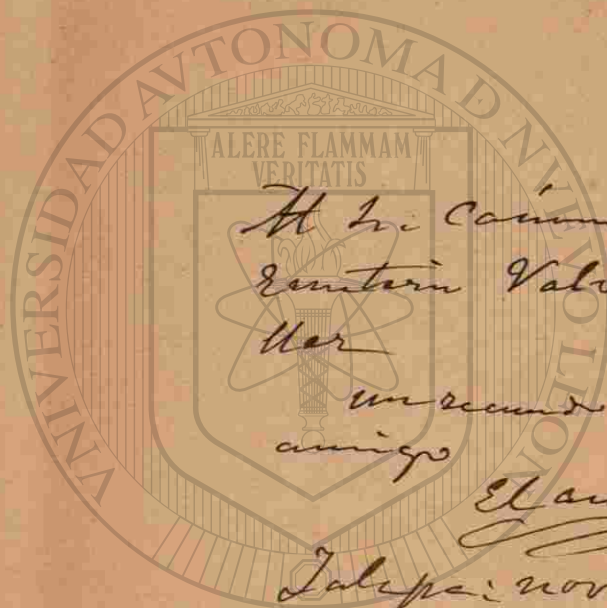
À MECENAS.

Mæcenas atavis edite regibus,

¡Oh tú, de abuelos nobles por contiguos
À los reyes antiguos
Descendiente, Mecenas, mi decoro
Dulce! de Olimpia el barro
Que adhiere al ágil y sonante carro
Y es para algunos el mayor tesoro.

Y la evitada meta peligrosa
Por la rueda hervorosa,
Y la arrogante palma ennoblecida,
Del mundo á los magnates
Agigantan, doblando sus quilates,
Y entre los mismos dioses dan cabida.

À éste, si acaso le subliman vanos
Los móviles romanos
À los tres sumos, ínclitos honores,
Y á aquél que en su troj guarda
Cuanto rinden sin yugo y sin escarda
De la Lybia los campos productores,



*H. L. Canino D.
Emiliano Valverde Fe-
ller*

*un secundo draft.
amigo*

El autor

Talapa: nov br 28 de

1906.

ODA 1.

À MECENAS.

Mæcenus atavis edite regibus,

¡Oh tú, de abuelos nobles por contiguos
À los reyes antiguos
Descendiente, Mecenas, mi decoro
Dulce! de Olimpia el barro
Que adhiere al ágil y sonante carro
Y es para algunos el mayor tesoro.

Y la evitada meta peligrosa
Por la rueda hervorosa,
Y la arrogante palma ennoblecida,
Del mundo á los magnates
Agigantan, doblando sus quilates,
Y entre los mismos dioses dan cabida.

À éste, si acaso le subliman vanos
Los móviles romanos
À los tres sumos, ínclitos honores,
Y á aquél que en su troj guarda
Cuanto rinden sin yugo y sin escarda
De la Lybia los campos productores,

Y que sensible y plácido se goza
 En voltear la broza
 Con hierro adunco en el paterno ejido,
 Del nacer á la muerte,
 Si le ponderas de Átalo la suerte,
 No lograrás dejarle convencido
 De que debe imitar ese diseño
 Y en leve ciprio leño.
 Atrás dejados los tranquilos lares
 Y la pánica flauta,
 Arriesgarse á cortar pálido nauta
 De la hosca Mirtos los revueltos mares.

El mercader encallecido y rudo,
 Al África sañudo
 Que ama luchar con las icarias olas
 Temiendo, el campo hermoso
 Y de su aldea el perennal reposo
 Al recordar embélese á sus solas.

Mas, luego se incorpora con presteza
 Si de infausta pobreza
 Oye no lejos las pisadas graves,
 Del padecer ignaro;
 Y al punto dase con empeño raro
 A rehacer las averiadas naves.

Gusta alguien de beber masico añejo,
 Ya del madroño ó el tejo
 Cabe el tronco, robada parte al día,
 El cuerpo recostado,
 Ya en el musgoso origen y sagrado
 De amena fuente, rumorosa y fría.

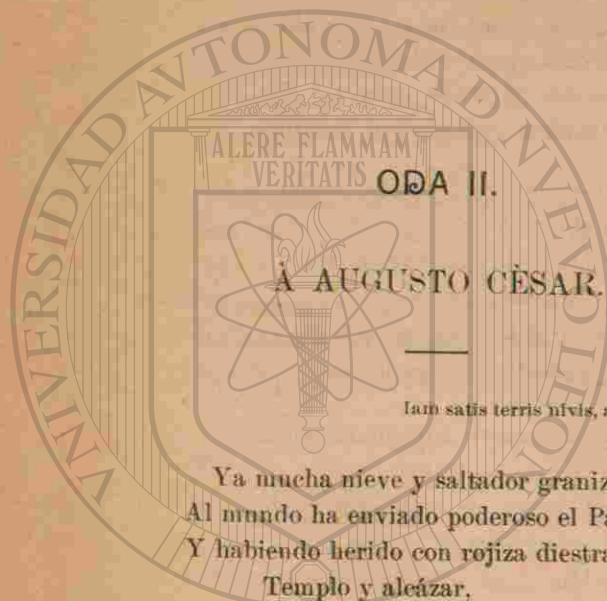
À no pocos acaso da contento
 El duro campamento
 Y el ronco son de la trompeta unida
 Con el clarín que aterra
 Y la rabiosa, miserable guerra
 Por las madres cual nada aborrecida.

À la intemperie el cazador impío
 Soporta el crudo frío
 Aun olvidado de la tierna esposa,
 Si el lebrél á una cierva
 Columbra ó si la cava red enerva
 El marso jabalí ó romperla osa.

À mí me asocian á los dioses altos
 Las hiedras de los saltos,
 Corona y premio de las doctas frentes;
 Del vulgo sin cultura
 Me apartan, de la selva la espesura
 Vestida de carámbanos lucientes

Y de las ninfas leves en alianza
 Con sátiros, la danza:
 Que no Euterpe su flauta dióme en vano;
 Y ni la lesbia lira
 Me prohíbe templar, ó la retira
 Sabia Polimnia de mi experta mano.

Si, pues que tienes delicado oído,
 Mecenas bien querido,
 De los poetas líricos el vuelo
 Tu fallo me otorgara,
 Tan grande me creyera, que tocara
 Mi coronilla el estrellado cielo.



Iam satis terris nivis, atque dirae

Ya mucha nieve y saltador granizo
Al mundo ha enviado poderoso el Padre;
Y habiendo herido con rojiza diestra
Templo y alcázar,

Espanto puso á la ciudad medrosa
Y miedo puso á la azorada gente,
De que de Pyrra retornara acaso
La época grave;

De Pyrra el siglo, que prodigios nuevos
Temió quejosa, cuando á ver los montes
Altos, Proteo su rebaño lleva
Pávido y mudo;

Cuando del olmo sobre el alta copa,
En donde sólo la torcaz descansa,
Quedó atorado el de marinos peces
Áureo linaje;

Y en la convexa superficie undosa
Del mar sin playa que envolvió á la tierra
Nadar se vieron los del bosque amantes,
Tímidos gamos.

Vimos que el Tíber, de la costa etrusca
Vueltas con rabia sus rapaces olas,
Del rey la tumba á derribar y el templo
Iba de Vesta.

Mientras el río embebecido escucha
De Ilia su esposa la quejumbre y lloro
Y aun alardea de vengar la triste
Muerte del César,

Túmido, crespo, rumoroso, errante,
El cauce deja y por la izquierda orilla
Minaz resbala y se retuerce fiero,
Invito Jove.

Oirá después la juventud mermada,
De sus abuelos por la culpa y vicio,
Que por mejor arrebatár la vida
Discolo al persa,

Los ciudadanos, la delgada punta
Siempre aguzaron del volante hierro;
Y oirá narrar de las continuas lides
Negra la historia.

¿Á quién, á quién de los excelsos dioses
El triste pueblo llamará en su ayuda
Hoy que el imperio, como al mar el río,
Corre á su ruina?

¿Con cuáles ruegos á la casta Vesta
Fatigará la pudibunda virgen,
Ya sin dudar que ensordecida escucha
Poco sus cantos?

¿A quién, á quién el justiciero Jove
Dará el encargo de vengar el crimen?
¿Qué envuelto bajas en candente nube
Ruégote, Apolo!

Ó ven, si quieres, deliciosa Venus,
Á quien rodean sin cesar volando
El regocijo y el rapaz inquieto,
Dulce Cupido.

Ó tú, Mavorte, si mirar te place
Á tu afrentada, sin ventura prole,
Ven, ya saciado de viril retozo
¡Ayy cuán largo!

Tú, á quien deleitan las confusas voces
Y leves yelmos y el semblante crudo
Del mauro infante, que al contrario acosa
Agrio y sangriento.

Y tú, Mercurio, de la diosa Maya
Hijo veloce, que en la tierra imitas
Al dulce joven, transformado el rostro,
Gesto y figura,

Que te apelliden vengador del César
Sufre, te ruego; y al Olimpo tarde
Torna, y perenne de Quirino al pueblo,
Plácido asiste.

Y no irritado por los fieros vicios
Veloze te aleje y bramador el viento;
Sino antes bien, en la terrestre esfera
Ama los triunfos;

Y quiere en ella, ser llamado admite
Príncipe y padre: sin castigo nunca
Dejes, oh César, que cabalgue el medo
Tú siendo el jefe.

ODA III.

Á LA NAVE EN QUE SE EMBARCÓ VIRGILIO
PARA IR Á ATENAS.

Sic te diva potens Cypri,

¡Nave, que á los confines de la Acaya
De la nativa playa
Conduces á Virgilio, así la diosa
Ciprina y los hermanos
De Helena, soberanos
Astros te alumbren con su luz radiosa!

¡Quiera Eolo, padre de los vientos,
Á los austros violentos
Encadenar, y deje el ponto en calma!
È impulsándote, oh nave,
Sólo el céfiro suave
Lleves sin riesgo al que es mitad de mi alma.

Valiente fué, y el pecho acorazado
De peto triplicado
Tuvo el primero que dejó la orilla,
Y con el ponto rudo
Porfó sin otro escudo
Que el remo frágil y la comba quilla.

Él no temió del húmido Africano
Y de Aquilón insano
La lucha, ni el fulgor de las Hiadas,
Ni el hórrido alboroto
Que mueve crudo el Noto
Al bregar con las olas encrespadas.

¿Qué género de muerte ardraría
A quien firme veía
Nadar á su redor pulpo y ballena,
Y el mar entumecido,
Y su esquife prendido
De ostras en bancos, pórfido y arena?

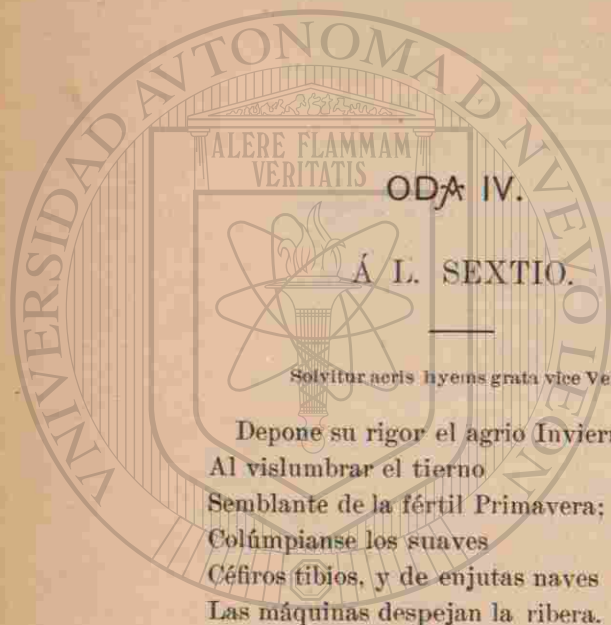
La tierra firme, seca y providente,
Sabio Dios y prudente
Del mar que al mundo corta aparta en vano,
Si las naves impías
Dejadas las bahías,
Se arriesgan á surcar el océano.

Nuestro linaje necio y presumido,
Que á todo se ha atrevido,
Entra sin freno en la maldad vedada:
Con fraude Prometeo
Nos trajo por trofeo
El fuego hurtado á la eternal morada.

Desde ese robo en lágrimas fecundo
Incuban sobre el mundo
La palidez y un género no escaso
De fiebres; y tirana
La muerte antes lejana
Hoy nos persigue con ligero paso.

Dédalo intenta en ciego desvarío
Verberar el vacío
Con alas para el hombre designales;
Y del bátratro fiero
Alcides al Cerbero
Liberta. ¡Nada hay arduo á los mortales!

Con sin par estulticia al mismo cielo
Llevamos torpe el vuelo
Tentando transponernos á otros mundos;
Y el crimen no consiente
Que Jove omnipotente
Deponga los sus rayos iracundos.



Depone su rigor el agrio Invierno
Al vislumbrar el tierno
Semblante de la fértil Primavera;
Colúmpianse los suaves
Céfiro tibios, y de enjutas naves
Las máquinas despejan la ribera.

Del aprisco seguro y abrigado
No gusta ya el ganado,
Ni del hogar el labrador robusto;
Ni se alza la espesura
Llevando veste de sin par blancura
De nieve y hielos, con aspecto adusto.

Ya las danzas preside Citerea
Cuando muda vaguea
Llena la luna por el ancho cielo;
Y las Ninfas y Gracias
En grupos coronándose de acacias
Con alternado pie hieren el suelo.

Y mientras, con los cíclopes Vulcano
El monte siciliano
Hace tremer flamígero y ardiente;
Y las armas letales
Caldea de los héroes inmortales
Y los rayos de Jove omnipotente.

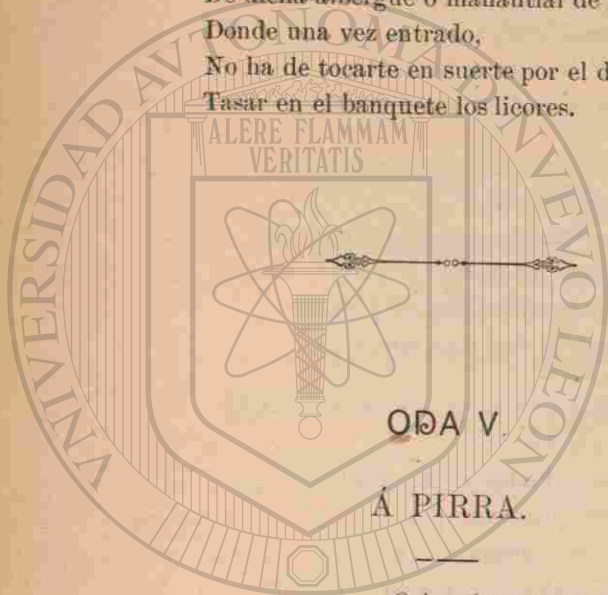
Conviene ahora, la cabeza ungida
Con esencias, ceñida
Llevar en lauros de inmortal verdura
Y en nacaradas flores
Que desparciendo bálsamo y olores
Á producir la tierra se apresura.

Conviene ahora, en la arboleda umbría
Bajo la sombra fría
Sacrificar á Fauno algún cabrito
Con mano placentera;
O si mejor le place, una cordera
La más lucia que pazea en el distrito.

Sextio dichoso, pálida la muerte
Pulsa la torre fuerte
Del rey soberbio con la misma pianza
Con que pulsa la choza
Donde el pobre sin término solloza
Y que apenas del suelo se levanta.

Es deleznable el tiempo de la vida
Tanto, que no convida
Á nutrir engañosas esperanzas.
Presto á la fosa obscura
Te arrastrarán tembloroso de payura
Los Manes con indignas asechanzas.

Y la plutonia casa sorprendido
 Mirarás, y que ha sido
 De dicha albergue ó manantial de horrores;
 Donde una vez entrado,
 No ha de tocarte en suerte por el dado
 Tasar en el banquete los licores.



Quis multa grácilis te puer in rosa

¿Quién es el joven nítido y gallardo
 Que con líquido nardo
 Y fragante salpícase, de rosa,
 Oh Pirra, sobre alfombra como nieve
 Y que á urgirte se atreve
 En honda gruta, gélida y musgosa?
 ¿Y para éste se apresta tu hermosura
 Con sencillez tan pura
 Á religar la rubia cabellera,
 La limpia veste á descoger?.....¡Ay, cuánto
 Con hórrido quebranto
 Llorar harán tu fe nada sincera

Y los dioses adversos, no enseñado
 Á ver exasperado
 Al mar que lucha con los bravos vientos,
 Al crédulo novel que goza ahora
 De la áurea y gran señora
 Forjada por errados pensamientos!

Á quien célibe siempre y codiciable
 Te juzga y siempre amable
 De aura falaz ajeno.....¡Desgraciados
 Y mil veces aquellos para quienes
 Intacta te sostienes
 Con brillos de virtud aun no apagados!

El sacro muro, tácito y devoto
 Mostrando está mi exvoto
 Cerca de los fumíferos altares
 Y no lejos mi veste humedecida,
 Que salvada la vida
 Ofrezco al dios potente de los mares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ODA VI.

A M. V. AGRIPA.

Scriberis Vario fortis, et hostium

Pintarte valeroso
Y vencedor de bárbaro enemigo,
O un hecho glorioso
De aquellos que contigo
De tu valor militan al abrigo,

Ya manejen la brida,
Ya el mar fatiguen con sonante armada,
¡Empresa desmedida
A Vario reservada

En los versos heróicos ave osada!

Yo modesto poeta,
Oh caro Agripa, publicar no intento
Con arrogancia insueta
Tus hazañas sin cuento;
Me faltan frases, y me falta aliento;

Ni el iracundo enojo
Y bravo ardor de Aquiles indomable;
Ni el temerario arrojo
De Ulises el inestable
Para quien no hubo mar innavegable;

Y ni la infame casa
De Pélope homicida: me lo veda
Mi cortedad no escasa;
Y de mi lira leda
La señora no quiere que proceda

Á cantar tus loores
Y ni de César la virtud propicia:
No sea que menores,
Con punible injusticia,
Presente al mundo á entrambos mi impericia.

¿Quién describir pudiera
Dignamente el arnés adamantino
De Marte, y la cimera
De aquel Merión divino
Por el polvo empañada del camino

En la guerra troyana?
¿Y de Tideo al hijo ponderado,
De fuerza sobrehumana,
Y que al cielo estrellado
Se levanta por Pallas ayudado?

Yo sin amores, gozo
En celebrar de jóvenes las riñas
Que nacen de alborozo
Con las imbeles niñas
Que saltan en las plácidas campiñas

Y con uñas cortadas
Acometen; y si un amor me quema,
Que pasa á las vegadas,
Mi delicia suprema
Es seguir inmutable mi sistema.



Alaben unos á la noble Rodas,
Clarísima entre todas,
Á Éfeso, Mitiline, ó las erguidas
Murallas singulares
De Corinto, bañadas por dos mares
Y de su espuma cándida nacidas;

O á Tebas fértil cuyo suelo honroso
Á Baco generoso
Miró nacer; ó á Delfos que descuella
Al Parnaso vecina
Donde Apolo facundo vaticina,
O el valle Tempe de Tesalia bella.

Otros procuren en extensos cantos
Celebrar los encantos
De la ciudad de Palas; y en oliva
Vencedora y luciente
Prefieran coronar la docta frente
Antes que en mirto, lauro ó siempreviva.

Y muchos entre todos de consuno,
Por agradar á Juno
De Argos altiva ensalcen á porfía
Los floridos verjeles,
Y sus nobles é indómitos corceles,
Y el lujo de Micenas y valía.

Que á mí, no tanto la sufrida Esparta
Me embebece y coarta,
O los fértiles campos de Larisa,
Como aquella caverna
Donde fluye la Albúnea sempiterna
Y entre guijas saltando va de prisa;

Y de Tívoli el Anio arrebatado
Y el bosque dilatado
De Tiburno, y los valles y los huertos
Gratos y humedecidos
Por aquellos arroyos bendecidos
Que allí se miran discurrir inciertos.

Á la manera que divide el Noto
Por el cielo remoto
Los nubarrones cárdenos en briznas,
Y luego las aleja
Y el firmamento, alígero, despeja
Sin producir vapores y lloviznas,

Así tú, Planco, ataja, ataja el vuelo
Al amargoso duelo;
Y acota los trabajos de la vida,
Como discreto y sabio,
Á menudo posando el seco labio
En grande taza de licor henchida;

Ora te veas pálido y sediento
 Allá en el campamento
 Las insignias velando relucientes,
 Ora en la verde alfombra
 De tu Tívoli mores á la sombra
 Cabe aquellas limpísimas corrientes.

Huyendo de su padre y Salamina
 Su amargura domina
 El Teucro, y de los álamos erguidos
 Con hojas coronaba
 La sien humedecida, y así hablaba
 Á sus conmlitones afligidos:

“Amables camaradas, compañeros
 “De mis tormentos fieros,
 “Doquiera que nos lleve la ventura,
 “Menos cruda y huraña
 “Que mi padre, si Teucro os acompaña
 “No desperéis; es Teucro quien augura.

“Sabed que Apolo, nunca fementido,
 “Constante ha prometido,
 “Que muy presto en incógnita ribera
 “La nueva Salamina
 “Fundaremos, tan bélica y divina
 “Que alcance á competir con la primera.

“Varones esforzados, que conmigo
 “Sufrís del enemigo
 “Hado el furor, ingentes los pesares
 “Despedid animosos
 “Y antes libad los vinos deliciosos:
 “Mañana tornaremos á los mares.”

ODA VIII.

Á LYDIA.

Lydia, dic, per omnes

Oh Lydia, yo te ruego
 Y por todos los dioses te lo pido,
 Que me digas: por qué con ese apego
 Á Sibari aturdido
 Te esfuerzas en perder, y le has perdido?

Por qué aborrece, dime,
 De Marte el campo y teme los rigores
 Del sol que enrojecido nos oprime
 En el mes de las flores,
 Y del árido polvo los ardores?

Por qué con sus iguales
 No quiere cabalgar cual buen soldado,
 Ni sujetar con ásperos ronzaes
 De Galia al potro alado
 Para ajustarle el rígido bocado?

Por qué teme las ondas
 Del flavo Tíber, y por qué abomina
 Pingüe el licor de las olivas blondas,
 Y al mirarle declina
 Como si fuera sangre viperina?

Y por qué los molledos
 Por las armas no lleva amoratados
 En el disco, famoso, allá en los ruedos,
 Y en los dardos lanzados
 Más lejos de los límites marcados?

Por qué, por qué se oculta,
 Cual se escondía el hijo de la diosa
 Tetis marina y que á su sexo insulta
 Al llevar veste airosa
 De tierna virgen, púdica y medrosa?

Cuentan de éste y es fama:
 Que antes que Troya por su negra suerte
 Se viera envuelta en humo y viva llama,
 El traje de hombre fuerte
 Trocó por otro hurtándose á la muerte.

ODA IX.

Á TALIARCO.

Vides ut alta stet nive candidum

¿Ves levantarse á la cerúlea esfera
 Cual si de nieve fuera
 El cándido Soracte, y que agobiados
 Esos bosques sombríos
 No soportan la carga, y que los ríos
 Se paran por el hielo aprisionados?

Atizando el fogón con seca leña,
 Oh Taliarco, domeña
 Al crudo frío: y saca de continuo
 Del ánfora sabina
 De dobles asas al hogar vecina,
 El de cuatro años confortante vino.

Y al buen Dios lo demás deja prudente
 Que humilló juntamente
 Los vientos de la mar en la llanura
 Donde movían guerra;
 Ya no en vaivén inclínanse á la tierra
 El quejigo y ciprés de cima obscura.

Huye inquirir con arrogancia vana
 Lo que venga mañana;
 Y aquellos días que te da veloces
 La suerte, cuenta experto,
 Joven amigo, como lucro cierto;
 No el baile esquives, ni de amor los goces,

Mientras distante, cana y temerosa
 La vejez fastidiosa
 Esté de tu verdor. Al campo y eras
 Acude cual discreto
 Y háblales á las niñas en secreto,
 Ora, y repite siempre que lo quieras;

Ora, á la que se esconde con recato,
 Proditor siempre grato,
 Descubre, y manifiesta, por la risa;
 Y quita del molledo
 O del agudo resistente dedo
 Una alhaja y escóndela de prisa.

OD. X.

Á MERCURIO.

Mercuri, facunde nepos Atlantis,

¡Mercurio, nieto del robusto Atlante,
 Que snavizaste fieras las costumbres
 De nuestra especie con tu voz sonora
 Y en la palestra!

Te cantaré, de Jove mensajero
 Y de los dioses, de la corva lira
 Autor sagaz, y protector del hurto
 Hecho por burla.

En otro tiempo sus robados bueyes
 Te reclamaba con minaces voces,
 Y al advertir que aun el carcaj le hurtaste,
 Ríose Apolo.

Y el rico Priamo burla á los Atridas,
 Ilíon dejada, siendo tú su guía,
 Y al centinela y de enemiga Troya
 Los campamentos.

Del alto Jove y de Plutón querido,
 Á las piadosas ánimas colocas
 En grato asiento; y á los Manes riges
 Con vara de oro.

ODA XI.

A LEUCONOE.

Tu ne quaesieris, scire nefas, quem mihi, quem tibi

No intentes, oh Leucónoe, presumido
Saber (que no es debido
Satisfacer tan criminal deseo)
Qué término conceden
A ti y á mí los dioses, que lo pueden,
Ni computar el número caldeo.

¡Cuánto es mejor sufrir lo que viniere!
Ora Jove nos diere
Muchos inviernos, ora el postrimero
Tal vez aqueste sea
Que el mar Tirreno con furor golpea
De cava peña en el escollo fiero.

Sé sabio, y cuela, cuela el dulce vino;
Y en tiempo tan mezquino
Tus esperanzas corta. Presuroso
El tiempo se desvía
Mientras hablamos: goza de este día,
Que gozar del siguiente es muy dudoso.



ODA XII.

A AUGUSTO.

¿Quem virum aut heroa lyra vel acri

¿Á qué varón, héroe, ó sacro numen
Con lira ó flauta cantarás, oh Clío?
¿Cúyo ha de ser el nombre que resuene
Gárrulo el eco

Del Helicón en la sombrasa orilla,
O sobre el Pindo, ó sobre el Hemo helado
De donde á Orfeo atónitas siguieron
Tácitas selvas,

Á Orfeo blando que paraba el curso
De río fácil y mugiente Noto
Y tras él iba, cual si oyera el canto
Húmda encina?

Qué ¿por ventura, cantaré primero
Las alabanzas solitas del Padre
Que á dioses y á hombres, tierra y mar y al orbe
Próvido rige?

Nada más grande se engendró que él mismo;
No tiene par, ni semejante encuentra;
Tan sólo Palas alcanzó en su gloria
Próximo asiento.

Baco atrevido, fuerte en las batallas,
He de alabarte, Virgen de las fieras
Cruda enemiga, como á ti y al diestro
Íncrito Apolo.

He de cantarte vencedor Alcides,
Y, équite á Cástor, luchador á Pólux
Ambos insignes, de la madre Leda
Gémina prole,

Cándida estrella que si alumbra al nauta
Deja al escollo la espumosa linfa,
Se amansa el viento y huye la temible
Présaga nube.

Y porque acordes lo quisieron ellos,
La ola crespa que amenaza hundirlos
En el instante se descoje y cubre
Límpido al ponto.

Dudo si acaso cantaré en seguida
De éstos, al claro Rómulo ó de Numa
El religioso, próspero y pacato
Célebre reino;

O de Tarquino las insignias regias
Haces famosas, de Catón el sabio
La generosa por doquier sabida
Bárbara muerte.

Régulo insigne, con invicta Musa
Agradecido narraré tus hechos,
Y á los Escauros cantaré y al cónsul
Miserio Paulo,

Á Paulo el grande que la vida pierde
En lid gigante, vencedor Aníbal,
Y á aquel Fabricio que de casto y sobrio
Título alcanza.

Á éste, y á Curio desgrenado y hábil,
Y al buen Camilo, la pobreza y fundo
De sus abuelos, áspero y salvaje
Milités crían.

La fama crece de Marcelo justa
Como del seno de montaña virgen
Bajo la acción de imperceptible tiempo
Záfase el árbol.

De Julio el astro sobre todos brilla,
Como en la noche de sereno ambiente,
De cielo claro, sobre mil estrellas
Pálida luna.

¡Padre y custodio del linaje humano
Á ti los hados, de Saturno oh prole,
Dieron la guarda del feliz mancebo
Máximo César!

Reina tú, reina en el excelso Empíreo
Y reine el César en el mundo todo;
Sea que alcance del vencido Parto
Bélico triunfo,

Del Parto fiero que amenaza á Roma;
Sea que dome al opulento Sera
Y al que de oriente mora cabe el rubio
Índico ponto.

Menor que tú, pacífico domine
Al orbe extenso; de tu carro grave
Al peso rudo cuando fácil rueda
Cúmbrese el cielo.

Y tú á la selva que se sienta impura
Por los delitos del mortal audace
Airado envía inevitable y rojo
Lúbrico rayo.

ODA XIII.

Á LYDIA.

Quum tu, Lydia, Telephi

Cuando tú, Lydia hermosa,
Alabas de Telefo placentera
La robusta cerviz de nardo y rosa
Y la piel de sus brazos tan sedosa
Que parecen de cera,

¡Ay, y cómo se inflama
Por la difícil bilis, como hierve
La viscera! mi juicio se derrama,
Y la color, ya rosa, ya retama,
No es dable se conserve.

Furtivamente corre
Por mis mejillas de la rabia el lloro
Que testimonia, sin que el aura borre
Su huella, que cual preso en negra torre
Hondas penas devoro.

Me abraso cuando veo
En tus hombros las lívidas señales
De lo que hizo en horas de recreo
Un rijoso impulsado por Lieo
Con manos criminales,

Y en tu facundo labio
El recuerdo imborrable que insolente
Indómito mancebo, sin resabio
De cultura y del orden con agravio,
Te dejó con su diente.

Si tú, Lydia, me oyeras
No creerías firmes los amores
Del bárbaro que salva las riberas
Del deber al besar como las fieras
Á un centro de primores.

Una boca de suave
Néctar bañada, y do la parte quinta
Dejó de él la Venus que bien sabe
Con él untar á la mujer y al ave
En proporción distinta.

¡Tres veces fortunados
Y aun más, aquellos que con nudo fuerte,
Sin quejas, porque se aman vense atados
Y temen que por ceño de sus hados
Los desate la muertel

ODA XIV.

A LA REPUBLICA.

O navis, referent in mare te novi

¡Con vaivén suave llegas á la orilla,
Oh dulce navecilla!
Mas, se te esconde ahora que muy pronto
De nuevas marejadas
Las olas encrespadas
Han de volverte al tumecido ponto.

¡Oh! ¿Qué es lo que haces? entra en rumbo cierto
Y fíjate en el puerto.
¿No miras, dí, no miras tu costado
Expuesto al golpe rudo
De agua y viento, y desnudo
En riesgo sin igual, de remo alado?

¿No ves que por el África nuboso
Y veloz, el nudoso
Palo herido solloza y las antenas,
Y que el mar los bajeles
No pueden sin cordeles
Alterado afrontar y sin cadenas?

¡Ay, que no llevas íntegro el velamen
Y que por más que te amen
Los notos dioses, niégante su ayuda!
Y abandonada, inerte,
Entregada á tu suerte
En esta vez te dejarán sin duda,

Y de haber sido fabricada pronto
Con los pinos del Ponto
Hijos de noble selva, aunque te alabes,
Y de tu origen raro
Y de tu nombre claro
Que hoy te sirve de nada, cual lo sabes.

¡Tímido el nauta fija la mirada
No en la popa pintada
Ni en ella fía! Debes con gran tiento
Huir de la estrechura
Si no quieres ludibrio ser del viento.

¡Oh tú, querida, causa de mi enfado
Y no leve cuidado,
Y hoy de mi afán, evita los latentes
Y peligrosos mares
Que nutren los balsares
De las Cícladas islas relucientes!

ODA XV.

VATICINIO DE NEREO.

Pastor quum traheret per freta navibus

En ideas naves el Pastor perjuro
 Por mar estrecho obscuro
 Á Helena conduciendo, á los alados
 Vientos dejó Nereo
 En inercia, contraria á su deseo,
 Por anunciarle sus terribles hados:

Con mal agüero, con fortuna escasa
 Conduces á tu casa
 Esa mujer, que ejército no exiguo
 Buscará conjurado
 Tus bodas por romper, de Grecia enviado,
 Y por destruir de Priamo el reino antiguo.

¡Ay! ¡cuánto sudan los caballos! cuánto
 De fatiga y espanto
 Sudan los caballeros! ¡Daño crudo
 Á la troyana gente
 Has causado! Ya Palas el luciente
 Carro prepara, el yelmo y el escudo.

Y del favor de Venus lisonjera,
 La rubia cabellera
 En vano peinarás, haciendo alarde;
 Y, dado á los placeres,
 Versos dirás, en vano á las mujeres
 Arpegiando en tu cítara cobarde.

Y en vano, sin vislumbre de esperanza,
 Evitarás la lanza
 Á tu tálamo hostil, y las saetas
 Del cretense flechero,
 Y al crudo Ajax que te persigue fiero,
 Y el hórrido clangor de las trompetas.

Tarde ¡ay dolor! y sin curarte de ello
 Llevarás el cabello
 Adúltero, de polvo vil manchado.
 ¿De Laertes al hijo
 No ves, que de tu patria es mal prolijo,
 Ni al rey de Piles, Néstor esforzado?

Bravos te acosan Teucro el salamino
 Y Estenelo, divino
 De la guerra en el arte, y que animoso
 Si rige los caballos
 Á fuer de auriga, sabe gobernallos;
 Y aun á Merión conocerás famoso.

Y mira que de hallarte en el deseo
 Se quema de Tideo
 El hijo, que su padre más valiente;
 Á quien tú, como el ciervo
 Que las gramas olvida si al protervo
 Lobo en el valle encuentra de repente,

Evitarás medroso y anhelante,
Otra cosa á tu amante
Habiendo prometido. Aquella armada
De Aquiles iracunda,
De la Frigia matrona pudibunda
Y de Troya mil veces desdichada

Alargará los días. Mas, no eternos
Serán, que nueve inviernos
Apenas le concede su destino.
Y después... de la Acaya
El fuego ha de trocar en muda playa
El campo donde se alza Ilión divino.

ODA XVI.

PALINODIA.

O madre pulchra filia pulchrior.

Hija más pulcra que tu madre bella,
Bien puedes sin querella
Mis criminosos yambos dar al fuego
Si ello te satisface,
O á la azul linfa si mejor te place
Del Adriático mar enviarlos luego.

No Cibeles honrada en el Dindimo,
Y ni aquel Pitio opimo
Íncola de los arduos penetrales,
Y ni Baco fuente,
Así de sus pontífices la mente
Agitan, ni sus duros atabales

Los Coribantes hieren, cual la ira
Funesta que no mira
Ni se detiene ante Norica espada,
Ni ante mar borrascoso,
Ni ante fuego voraz é impetuoso,
Ni ante Jove que viene en la tronada

Con horrible tumulto. Prometeo,
Según narran, su empleo
Al llenar, compelido, al primer barro
Mezcló pequeña parte
De los brutos cortada y con tal arte
Que ingerió en nuestro estómago, bizarro,

La saña del león cruel, furioso.
Con estrago ruidoso
La ira postró á Tieste; y causa ella
Siempre fué de que alzadas,
Grandes ciudades viéranse arruinadas
De las que no ha quedado ni la huella;

Y de que altivo vencedor soldado
El enemigo arado
En torno de los muros paseara.
El genio templa duro:
À mí también tentóme, y es seguro,
Allá en la juventud, edad tan cara,

Ese hervor de la sangre cabe el pecho
Que me llevó derecho
Los yambos á escribir con furia grave:
Ya cambiado ahora
Procuro con afán, bella señora,
Substituir lo terrible con lo suave,

Siempre que tú, pasada la tormenta,
Como lo es, y la afrenta
Retractada, te ostentes dulce amiga
Y le infundas aliento
Al pecho descontento
Que entusiasmo sincero por ti abriga.

ODA XVII.

Á TINDARIS.

Velox amoenum saepe Lucretilem

Trueca á menudo Fauno su Liceo
Por este mi recreo
Ameno Lucretil, siempre florido;
Y de mi grey aleja
La estiva luz bermeja
Y el proceloso viento desabrido.

Del macho desviadas mal oliente
Buscan hincando el diente
De la selva en el ámbito seguro
Mis cabras, los madroños
Repuestos y retoños
Del tomillo al que cimbra raudal puro.

No se curan los rústicos rediles
De culebras sutiles,
Ni de lobo marcial, si la colina,
Si de Ustica inclinado
La peña, han resonado.
Tindaris, con su fistula argentina.

Ampáranme los dioses: les agrada
Mi musa cultivada
Y mi piedad. De aqueste mi paterno
Terruño con presteza
Del campo la riqueza
Para ti ha de verter el fértil cuerno.

En este valle donde moro estrecho
Las plantas sobre el techo
No asienta la Canícula fatales:
Aquí honrarás en tanto
Del Teyo con el canto
Á Penélope y Circe ambas rivales.

Bajo la sombra de gallardo pino
Copas de Lesbio vino
Has de libar; y el hijo de Semele
Amador de batallas
Esquivará las mallas
De Marte, que con él juntarse suele.

No temerás aquí de Ciro odioso
Al par que receloso,
La móvil mano, líbrica, insolente;
Ni que aje el cerco bello
Que cinge tu cabello,
Ni que rasgue la túnica inocente.

ODA XVIII.

Á VARO.

Nullam, Varo, sacra vite prius severis arborem

Oh Varo, árbol ninguno
Antes que vid sagrada
De Tibur en el suelo, inoportuno
Sembrarás ó en la arada
Del buen Catilo tierra amurallada.

Porque Dios ha dejado
Las cosas poco buenas
Para el abstemio y el mortal cuidado;
Y ve que no refrenas
Por otro medio las mordaces penas.

Después de haber bebido
El vino, su delicia
¿Quién, dime, quién increpa desabrido
Á la dura milicia
O á la misma pobreza no acaricia?

¿Ni quién de tan opaco
Entendimiento fuera
En tan dulces instantes, padre Baco,
Que no te bendijera,
Ni á ti, Venus, señora de Citera?

Y porque no indiscreto
Alguno, de los dones
De Líbero abusara, no en secreto
La riña y elaciones
De los Centauros y agrias intenciones

Contra de los Lapitas,
Quedaron, que embriagados
Tras de gritarse injurias infinitas,
No pocos, de ambos lados
Cayeron por las armas traspasados.

Ni en lo oculto se guarda
El grande y justo enojo
De Evio al mirar la pretensión bastarda
De los Tracios y arrojo
Que el bien y el mal confunden sin sonrojo.

¡Cándido Basareo,
No sin que tú lo quieras
Te he de sacar turbando tu recreo,
Ni pondré en las afueras
Lo que ocultan las frondas lisonjeras!

Reprime con el cuerno
Berecintio los crueles
Panderos perseguidos por el terno
Que salva los dinteles
Del orden como indómitos corceles:

El Amor propio ciego,
La Vanagloria insana
Que yergue la cabeza sin sosiego,
Y el Secreto que explana
Su arcano, como al álveo la fontana.

ODA XIX.

Á GLYCERA.

Mater saeva Cupidinum,

Del voluble Cupido
La cruel madre, el hijo de Semele
La Tebana, y el Ocio mal venido,
¡Un amor que juzgaba fenecido
Quieren que me desvele!

Me arrobo de Glycera
Si veo la blancura inmaculada
Más pura que el blancor de la cantera
De Paros y el semblante y su manera
De mirar si es mirada.

Á su Chipre desierta
Venus deja y cae sobre mí toda
Y la antigua afición no me despierta
De narrar del Escita la reyerta
En dulce y fácil oda

Con el Parto, valiente
Al revolver el volador caballo,
U otro asunto sereno y riente
Que me separe del amor urente;
Y cedo y sufro y callo.

¡Mancebos, césped fresco
Aquí poned, verbenas, la acerrilla,
Bienial licor en cántaro grotesco!
¡Pronto vendrá al sitio pintoresco
Blanda la hostia y sencilla!

ODA XX.

Á MECENAS.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS
Vile potabís modicis Sabinum

Caro Mecenas, caballero ilustre,
De la Sabina despreciable vino
De beber has con parsimonia en pobre
Módica taza,

El rojo vino que en tinaja griega
Guardado yace y que empecné yo mismo
Cuando el teatro resonó en tu gloria
Vívido aplauso

Con tal estruendo, que del patrio río
Por la ribera y Vaticano monte
Tus alabanzas juguetón volvía

Gárrulo el eco.

Bebes Cecubo y el prensado mosto
En el Caleno: mis humildes vasos
Nunca se enfrían con licor de Formias
Y uvas Falernas.



ODA XXI.

Á DIANA Y APOLO.

Dianam tenerae dicite virgines:

Cantad, vírgenes tiernas, á Diana
Del campo soberana;
Dulces mancebos, celebrad á Apolo
De intonsa cabellera,
Y á Latona entre diosas la primera,
Y á la cual Jove excelso estima sólo.

Vosotras celebrad á la que ama
Á los ríos y rama
Del árbol, ya supere en el Algido
Helado, ó en las sombrías
Selvas del Erimanto, ya en las frías
Asperzas del Crago enverdecido.

Vosotros con iguales alabanzas,
Varones, y con danzas
Al claro Tempe sublimad, y á Delo
Patria de Cintio hermoso
Insigne por su aljaba, y cadencioso
Cuando tañe la lira, don del cielo.

Y aquél, por vuestras súplicas movido,
Del pueblo dolorido
Y del Príncipe César soberano
Alejará la guerra
Y el hambre y negra peste á la Inglaterra
Y de la Persia al límite lejano.

ODA XXII.

A ARISTIO FUSCO.

Integer vitæ scelerisque purus

Íntegro el hombre que se mira limpio
De crimen, Fusco, venenosos dardos
No necesita, ni moriscas flechas,
Ni arco, ni aljaba;

Ora atraviese las estuosas sirtes.
Ora atraviese la caucásea roca,
O las llanuras que el famoso Hidaspe
Ávido riega.

Porque á Lalage en el Sabino bosque
Cantaba, inerme, y por ignota ruta
Iba sin pena, al columbrarme huía
Pávido un lobo.

Lobos no cría la guerrera Daunia
En sus sombríos encinares vastos,
Ni el de leones madriguera ardiente
Reino de Juba.

Ponme en la zona donde nunca el árbol
Fué remecido por el aura estiva,
Lado del mundo donde niebla y viento
Frígidós reinan;

Ponme en la tierra donde casi arrastra
Del sol el carro, inhabitada zona:
A mi Lalage, dulce de habla y risa,
He de amar siempre.

ODA XXIII.

A CLOË.

Vitas hinnuleo me similis, Cloë,

Semejante al cervato
Que busca y busca en el fragoso monte
A su pávida madre, del pacato
Céfiro receloso y bosque grato,
Fijo en el horizonte

Su mirar por el miedo:
Ya porque le horroriza la llegada
De Primavera que al desnudo olmedo
De móvil fronda y tierna viste quedo
Y verde y plateada;

Ya porque le amedrenta
El caimán escamoso, azul y grácil
Que en húmidos zarzales se aposenta,
Y luego los meneas si los tienta
Cuando resbala fácil,

Y al punto le palpita
El corazón cobarde y se estremece;
La rodilla delgada le tirita.
¡Así Cloë de mí huye, así me evita!
¡Un cervato parece!

Te persigo ¡no llores!
 No por despedazarte como el fiero
 Tigre ó león del África: tus flores
 Deja y madre: en la edad de los amores
 Estás y amarte quiero.

ODA XXIV.

Á VIRGILIO.

Quis desiderio sit pudor aut modus

¿Ni quién, ni quién pudiera
 Avergonzarse, ó al crudo sentimiento
 Poner dique y manera
 Ahora que ha partido
 Del bajo mundo un sér el más querido?

¡Melpóneme sagrada,
 Á quien el Padre excelso voz sonora
 Dió y cítara acordada,
 Una canción ahora
 Me quieras inspirar desgarradora!

¿Conque á Quintilio oprime
 El sueño de que el hombre no despierta?
 ¿Dónde el pudor sublime
 La justicia y fe cierta
 En otro habrán de hallar entrada abierta?

¡Murió, murió Quintilio
 De los buenos innúmeros llorado
 Y más por ti, Virgilio!
 ¡Ay! tú sin fruto al hado
 Lo pides, pues te fué sólo prestado.

Si nuevo Tracio Orfeo
 Tañeras, y aun mejor, la dulce lira
 Por haya y pino Hibleo,
 Escuchada ¡mentira!.....
 Ya la sangre estancada no más gira

En la figura vana
 Que Mercurio á su tétrico rebaño
 Con férula inhumana
 Juntó una vez, del daño
 Sin curarse y á súplicas extraño.

¡Terrible cosa y dura!
 Pero mira que puede el sufrimiento
 Dar á la criatura
 En los males sin cuento
 É irremediables, curación y aliento.

ODA XXV.

ALERE FLAMMAM
VERITAS LYDIA.

Parcius iunctas quatunt fenestras

Muy menos que antes tus ventanas pulsan
Con recios golpes jóvenes protervos;
Ni ya tu sueño como en otros días
Férvidos rompen.

Aman las hojas el gastado quicio
Que antes giraban sin cesar abriendo;
Menos muy menos al rayar la aurora
Ávida escuchas

De algún amante el lastimoso canto:

*¡Tranquila duermes en la noche larga
Mientras yo tuyo, siempre tuyo, Lydia,
Miserio muero!*

Móvil anciana llorarás por turno
Al arrogante libertino joven
En solitario callejón y angosto,
Túrbido el Tracio

Viento al soplar con indomable saña
Cual suele, y más si el interlunio llega,
Cuando al espacio y á la tierra enluta
Lóbrega noche.

Y espoleada por amor flagrante
Y aquel deseo que importuno azuza
Terco á la bruta madre del caballo
Dárdana potra,

Ha de inflamarte la ulcerosa entraña,
No sin que exhales gemebunda queja,
Ver que la alegre juventud florida
Plácida corta

La verde hiedra de follaje limpio
Dejado el mirto del Otoño, obscuro;
Y que da al Euro de la nieve hermano
Áridas hojas.

ODA XXVI.

Á ELIO LAMIA.

Musis amicus, tristitiam et metus

De las Musas querido, la tristeza
Y el miedo á la rudeza
Entregaré del obstinado viento,
Que al punto, clamoroso
Al rudo y proceloso
Crético mar los llevará violento.

Seguro yo, tendráme sin cuidado
 Cuál rey en el helado
 Polo bajo las Osas es temido;
 Ni al triste Tiridates
 Qué miseros combates
 Temeroso dejaron y aturdido.

¡Dulce Pimplea, que amas las bullentes,
 Intactas, limpias fuentes,
 Con flores recogidas en la falda
 Abierta del collado,
 À mi Lamia de grado
 Entretéjele rústica guirnalda!

Sin tu favor no alcanzan valimiento
 Mis honores: aumento
 Dará á las nuevas cuerdas soberanas
 Éste que ahora viene
 Y al que ajustar conviene
 El Lesbio plectro, á ti y á tus hermanas.

ODA XXVII.

À SUS AMIGOS.

Natis in usum laetitiae scyphis

Propio es de Traces de cultura escasos
 Tirarse con los vasos
 Para el uso creados y alegría.
 ¡Fuera de aquí la bárbara costumbre,
 Que á Líbero rubor y pesadumbre
 No menor que las riñas causaría!

¡Cuánto discrepan del alfange Medo
 El grato vino y ledo
 Y lámparas! Callad la gritería
 Desacorde, mis caros compañeros,
 Y mantened vosotros los primeros
 Fijos los codos en la mesa impía.

¿Queréis que á fuerza beba yo mi parte
 Del Falerno y con arte?
 Que de Megila Opúntil el hermano
 Revele cuál herida venturoso
 Le mantiene y cuál otra pesaroso
 Le trae, que le abrió dardo inhumano.

¿No admitís? Pues engáñase el que piensa
 Con otra recompensa
 Obligarme á beber. Sea quien fuere
 Tú amada, vergonzosos tus amores
 No son aunque te abrasen. Pecadores
 Por harto ingenuos fuimos: hablar quiere.

¿Qué tienes? di. Te atiende de buen grado
Mi oído amurallado.

¡Ah! ¿qué me cuentas.....hombre miserable!

¡De Caribdis luchar con el escollo!.....

¿Cómo entrar pudo en tan cerrado embrollo,
De otro amor digno, un joven tan amable?.....

¿Qué sagaz hechiceracuáles magos

Con venenos aciagos.....

¿Qué dios te librá? Con sogá fiera

Te liga; tienes impedido el paso;

Y dado que el mismísimo Pegaso

Te salve de esta tríplice Quimera.

ODA XXVIII.

ARQUITAS Y UN MARINERO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Te maris et terrae númeroque carentis arenae

Marino.—¡Oh Arquitas, de los mares,
De la tierra y la arena que no tiene
Número, medidor, en parvos lares
De exiguó polvo sobre mil azares
La playa te contiene,

La Matina ribera,
Y de nada, oh desdicha, te ha servido
Las mansiones buscar del alta esfera
Y que tu ánima el polo recorriera
Si ahora estás rendido!

Arquitas.—Y murió el parricida
De Pélope, rey Frigio, padre rudo
Que á su mesa á los númenes convida,
Y Titón que en las auras larga vida
Muy lejos gozar pudo;

Y Minos que llamado
Fué para entrar de Jove en el secreto;
Y el Tártaro mantiene aprisionado,
A Pitágoras otra vez bajado
Al Orco nada escueto,

Por más que aseguraba
Que los tiempos de Troya había visto,
À la par que su esendo esclavaba,
Y que á la negra muerte sólo daba
Nervios y cutis, listo

Maestro y muy prudente
En lo eterno y en cosas naturales.
Mas.....¡Sólo hay una noche indeficiente!
¡Sólo una vez se baja esa pendiente
Por todos los mortales!

Al torvo Marte fiero
Las Furias, diversión de otros á costa
Ofrecen: y se absorbe el mar severo
Àvido al náuta; el vil sepulturero
En morada harto angosta

003275

Á trémulos ancianos
En tropel y á mancebos aposenta;
De mendigos las testas y tiranos
Á Proserpina viénenle á las manos,
Y ninguno la ahuyenta.

Á mí rápido el Noto
Compañero de Orión ya en el ocaso,
En las ondas Ilíricas, piloto,
Me sepultó con hórrido alboroto
Y me detuvo el paso.

Pero tú, navegante,
Un puñado de vaga leve arena
No rehuses con frígido semblante
Á mis huesos y cráneo que asomante
Vese en la playa egená.

¡Y así las Venusinas
Dulces selvas veanse meneadas,
En vez de las Hesperias azulinas
Olas sobre las cuales hoy caminas
Por Euro amenazadas,

Inmune tú quedando!
Y fluyan sobre ti bienes sin cuento
Del justo Jove y de Neptuno blando
Protector y custodio venerando
De la sacra Tarento.

¿Qué, mármóreo y huraño
Me oyes y no precaves negligente
La fraude, para ti funesto engaño,
Y que será después, de negro daño
Á tu prole inocente?

Y tal vez aquí mismo
La pena que reclama la justicia
Reportes y de cuitas al abismo
En que yo estoy te lleven tu egoísmo
Y suerte no propicia.

Ni quedará mi ruego
Sin ser oído; siempre que se atienda
Como se debe, no hallarás sosiego;
Ni ha de extinguirse el expiatorio fuego
Por pacífica ofrenda.

¡Ay, por más que te anima
El afán de correr á tu destino,
No tendrás gran demora: á mí te arrima;
De arena tres puñados ponme encima
Y sigue tu camino!



ODA XXIX.

Á ICCIO.

Icci, beatis nunc Arabum invides

Mueven, Iccio, tu envidia
 Las dichosas riquezas de la Arabia;
 Y forjas acre lidia
 Llevado de la rabia
 Al rey Sabeo á quien ninguno agravia.

Ya anudas la cadena
 Para el horrible Medo. ¿Á qué consorte,
 Muerto el esposo apena,
 Que su viudez soporte,
 Traerás aunque bárbara, á tu corte?

¿Qué mancebo galano
 De la nobleza, ungidos los cabellos,
 Tu copa tendrá ufano
 Y adestrado en los bellos
 Paternos arcos, enemigos cuellos

Á clavar con saeta
 De la Tartaria?.....¿Quién negar podría
 Que la fuente secreta,
 Veloz, sonora, fría
 Á las arduas montañas volvería

Y el mismo Tíber claro,
 De Sócrates las obras y Panecio
 (Que guardabas avaro,
 Compradas á buen precio,
 Traídas de otras partes con aprecio)

Al oír que trocarlas
 Intentas por lorigas españolas?
 Por más que ahora parlas,
 Iccio, piensa á tus solas
 Que prometiste y la promesa violas.

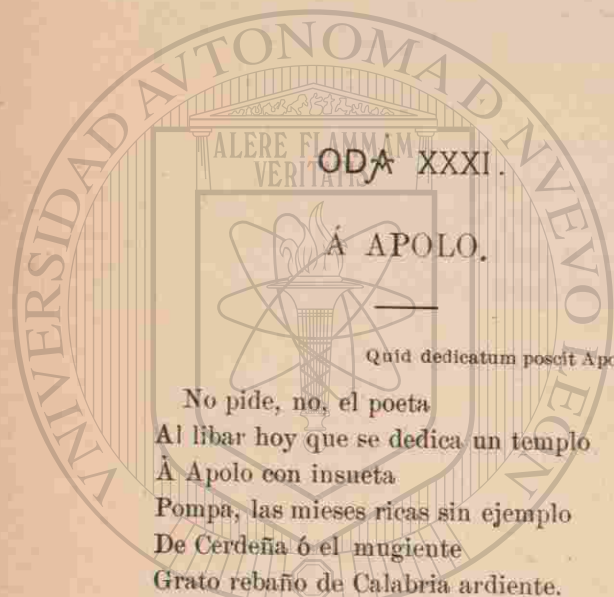
ODA XXX.

Á VENUS.

O Venus, regina Gnidi Paphique

Reina de Pafos y de Gnido, oh Venus,
 Deja tu Chipre y la mansión escoge
 De mi Glicera que al llamarte ofrece
 Múltiplo incienso.

Contigo vengan, el Amor insano,
 Las Gracias, suelta la fulgente zona,
 La ninfa, el púber que sin ti se muestra
 Áspero, y Hermes.



No pide, no, el poeta
Al libar hoy que se dedica un templo
A Apolo con insueta
Pompa, las mieses ricas sin ejemplo
De Cerdeña ó el mugiente
Grato rebaño de Calabria ardiente.

No ruega y pide el oro
Corusco, ni el marfil antiguo indiano
Ni los campos, tesoro
Que adormecido el Liris soberano
Cubre con manto verde
Y poco á poco le socava y muerde.
En el lagar las uvas
Con hoz cortadas que forjó el Caleno,
Pisen junto á las cubas,
Por gracia, los que ven, de un hado bueno
Bermejas sus campiñas
Enredadas en pámpanos y viñas;

Y beban de oro en taza
Los confortantes vinos adquiridos
Con cálculo, arte y traza,
Los mercaderes ricos bien queridos
De dioses, que en cuantía
Truecan por ellos rica mercancía,

É impunes, sin temores,
Van tres ó cuatro veces en el año,
A hielos y calores
Insensibles, en pos de dulce engaño,
La húmida lona suelta,
Al Atlántico mar dando la vuelta.

Sírvanme de sustento
A mí las verdes, gruesas aceitunas;
Acrezcan mi contento
Las gratas achicorias oportunas,
Y las ligeras malvas
De tiernos tallos y de flores albas.

¡Oh de Latona hijo!
Dame, para gozar de aquestos bienes!
Con paz y regocijo,
Fuerzas cabales y robustas sienes.
¡No la vejez impía
La lira arranque de mi mano fría!



ODA XXXII.

A SU LIRA.

Poseimur..... Si quid vaeui sub umbra

Si algo á la sombra sin fatiga un tiempo
Canté contigo, que por todo este año
Viva y por muchos, suplicado, oh lira,
Ruégote cantes

En nuestra lengua al ciudadano Lesbio
Que fué el primero que pulsó tus cuerdas;
Ora en la lid, al ruido de las armas
Milita bravo,

Ora del mar en la mojada orilla,
Ligada y quieta su abatida nave,
Cantaba á Baco y á las doctas Musas,
Cándida á Venus

Y al niño blando que consigo siempre
Lleva, y á Lico por sus negros ojos
Y su cabello, cual los ojos, bruno,
Plácido y bello.

¡Salve de Febo sin igual decoro,
Lira agradable, del supremo Jove
En los banquetes que á los dioses altos
Próvido brinda,

Dulce consuelo en mis trabajos rudos,
Que pronta y fácil en mi ayuda vienes
Cuando te invoco en la prescrita forma,
Gózate, salve!

ODA XXXIII.

A ALBIO TIBULO

Albi, ne doleas plus nimio, memor

Albio mio, no llores nada cuerdo
Movido del recuerdo
De la cruel Glicera; y ya no entones
Ternísima elegía
Queriendo averiguar por qué la impía,
Lesa la fe, prefiere á los garzones.

Lycori la gentil de frente escasa,
Se consume, se abrasa
En el amor de Cyro; y él prefiere
Á Foloë la altiva,
(¡Misterios del amor!) pero ella es viva
Y debemos creer que antes prospere

Tal afición entre la cabra y lobo
Pullés en este globo,
Que Foloë al torpe adúltero complazca.
De este modo imagina
Y siempre imaginó Venus Ciprina;
Pues no hay ocupación que más le plazca,

Que juntar formas y ánimas impares
Y enviarlas á los lares
Con dura atadas y tenaz cadena
En bárbara alegría.
À mí mismo y en no lejano día,
Con mejor hado, en hora más serena
Con grillos apresóme de albas flores
En sus gratos amores
La liberta Myrtala, más amarga,
Más acre que los mismos
Del Adriático túrbidos abismos
Cuando á la curva Calabresa embarga.

ODA XXXIV.

Á SÍ MISMO.

Parcus Deorum cultor, et infrequens,

Por mientras de la ciencia delirante
De frente vi el semblante
Con poco tino errando en sus escuelas,
De los dioses el culto
Abandonaba estulto:
Hoy al volver atrás cambio las velas.

Porque á menudo en su honda lejanía
Vibra el Padre del día
Corusco fuego y rasga la gris nube,
Y aviva á sus alados
Caballos que espantados
Bufan al par que el carro baja y sube;

Y treme de terror la inmoble tierra
Con el río que yerra
Y la Estigia y el sótano profundo
De Ténaro y odiado,
Y el límite apartado
Del Atlántico, término del mundo.

Puédelo Dios y puede sin fatiga
Trocar en vil ortiga
El encumbrado roble; y al erguido
Doblarle la cabeza
Sacando con presteza
À clara luz lo nada conocido.

Gózase á instantes la rapaz fortuna
Casi siempre importuna,
Sin que la atore el foso ó baluarte,
Entre el estruendo y lloro
Arrancar un tesoro
De súbito y ponerlo en otra parte.

ODA XXXV.

A LA FORTUNA DE ANCIO.

Oh Diva gratum quae regis Antium,
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

¡Oh Diva que al dulce Ancio y floreciente
Siempre riges presente
Para elevar al hombre de la escoria
Donde yace abatido,
O bajar al soberbio que ha subido
Y convertir en funeral su gloria!

Te anhela de los campos el colono
Empobrecido, prono
Con fervida oración y el que fatiga
Al piélago Carpacio
Y en Bitínica nave entró reacio,
Por ser tú de la mar reina y amiga.

Áspero el Dacio, el fugitivo Escita
Témeme, y los imita
La ciudad, la nación, el Lacio fiero,
De los bárbaros reyes
Las madres, los tiranos con sus leyes
Y su purpúreo manto placentero.

La columna que está, con pie injurioso
Nunca en día ominoso
Te plazca derribar; no amotinado
El pueblo quiera armarse
Y comience el imperio á fraccionarse
Cuando el pueblo las armas ha dejado.

Siempre de ti delante, la sañuda
Necesidad y cruda
Irá llevando en la bronceína mano
Grandes clavos y cuñas;
No faltarán los ganchos, crueles uñas,
Ni el derretido plomo é inhumano.

La Esperanza y la rara Fe inviolada
Con lienzo albo velada,
Te veneran; y aquesta no rehusa
Ir en tu compañía
Si enemigo el vestido truecas pía
Y la rica mansión dejas confusa.

El vulgo infiel, perjura la ramera
Unidos vanse fuera;
Los amigos ahuyéntanse engañosos,
Dejando de continuo
Secas, sin hez las cántaras de vino,
Pues no conllevan yugos onerosos.

Al César que dirígese á Inglaterra,
Extremo de la tierra,
O casta Diva, acorre y guarda sano,
Y al enjambre reciente
De jóvenes temibles del Oriente
Á los pueblos y al índico Océano.

¡Ay, que á nosotros cáusanos afrenta
La cicatriz sangrienta
Y de nuestros hermanos el delito!
¡O edad nefanda y dura!
¿De qué nos libertó nuestra cordura?
¿Qué, sin tocar dejó nuestro delito?

¿Dónde detuvo, dónde la audaz mano
El vil joven é insano
Por temor á los dioses? ¿y qué aras
No violó? ¡Ojalá en nuevo
Yunque las armas (Diva, á ti me elevo)
Contra el Escita y Árabe forjaras!



Á PLOCIO NUMIDA.

Et ture et fidius iuvat

Agrádame este día
Con incienso y laúd y de un becerro,
Con la debida sangre fresca y pía
Vertida por el hierro
Sagrado sobre el césped de algún cerro,

Á los dioses custodios
Aplacar de Numida, quien ahora
De la remota España, libre de odios,
Tras no breve demora,
Con salud ha llegado bienhechora,

Ósculos él recibe
Que retorna cortés á sus amigos;
Y á nadie se le mira tan proclive,
De ello siendo testigos
Aun el techo, columnas y postigos,

Que al dulce Lamia y caro:
Por no olvidarse de que en la puericia
Fué de ambos uno el pedagogo y faro,
Ni de que la propicia
Toga entrambos cambiaron con delicia.

¡Qué día tan glorioso
No quede sin señal! Con greda marca
La piedra que destino, presuroso;
Y cuida no ande parca
El ánfora sacada, en la comarca:

Y que no se conceda
Á los ágiles pies descanso alguno,
Según Salia costumbre. Se le veda
Á Damalis que al tuno
Alegre Baso que asomó oportuno,

Vencer audace quiera
En beber á gallette mucho vino;
Y en las mesas las rosas entrevera
Con vivaz opio fino
Y lirio, no durable, peregrino.

En Damalis maligna
Pondrán todos la turbida mirada;
Mas, ella torpe y de su amante digna
Con éste irá ligada
Como hiedra del árbol afianzada.

ODA XXXVII.

A SUS AMIGOS.

Nunc est bibendum, nunc pede libero

Llegado es el instante, amigos míos,
De beber, y con bríos
Y desatados pies herir el suelo;
Y con Salios manjares
De adornar de los Lares
El almohada con piadoso anhelo.

Crimen fuera el sacar antes de ahora,
De donde se roboran
Bodega antigua, de Cecubo el vino,
Mientras al Capitolio
Amenazó y al solio,
De Cleopatra el sueño peregrino.

De indignos hombres con su grey odiosa
Y enferma, inhábil osa
El triunfo esperar, aunque impotente,
Fiada en su fortuna
Que aun antes de la cuna
Con dulce rostro miraba riñente.

Mas, templó su feroz desasosiego
La nave que del fuego
Única salva; y trueca los furores
Que le ocasiona el rico
Licor Mereotico,
El César en certísimos temores;

Quien, por cazarla, vuela con los remos
De Egipto á los extremos
En viaje presuroso desde Italia
(Cual buitre á las palomas
O á la liebre en las lomas
Nívosas, el flechero de Tesalia)

Y aherrójar beligeró y terrible
À ese monstruo temible,
Que más gloriosa muerte sólo anhela;
Y que del hierro el filo
Plácida vió en su asilo,
Cual héroe, y no fugaz dióse á la vela.

Y que su alcázar reducido á escombros
Sin linaje de asombro
Contempla altiva con mirar sereno;
Que irritó á las serpientes
Cuyos agudos dientes
Le inocularon el fata! veneno.

Más brava, por conforme con su sino,
Por su instinto dañino
Llegó á envidiar á la enemiga trabe
La gloria desmedida
De llevarla prendida
Cual vil esclava que morir no sabe.

ODA XXXVIII

A SU PAJE.

Persicos odi, puer, adparatus;

Odié, mancebo, el aparato persa;
Me desagradan las coronas leves
Que con corteza de gallardo tejo
Míranse atadas.

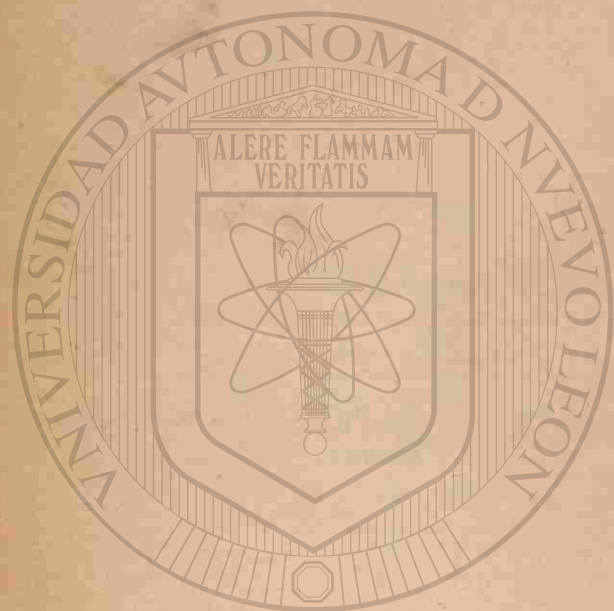
No, no persigas á la tarda rosa
En el rincón en donde nace y muere;
Que nada añadas al modesto mirto
Férvido anhelo.

No á ti, que sirves, te conviene otro árbol
Que el mirto humilde, cual ni á mí servido,
Que bebo y bebo cabe el pie de tierna
Lúbrica parra.

libro segundo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ODA 1.

A ASINIO POLIÓN.

Motum ex Metello consule civicum,

¡Polión insigne, que del triste reo
Atiendes al deseo
Y al de la Curia si eres consultado,
A quién el lauro tierno
Ciñó de honor eterno
Por el triunfo dalmático logrado!

Una empresa acometes peligrosa
A la par que azarosa;
Y que fácil tu planta se desliza
No ves irreflexivo,
Sobre del fuego vivo
Que te encubre engañosa la ceniza,

Al enarrar desde que fué Metelo
Cónsul, de aqueste suelo
Las revueltas civiles, de la guerra
Las causas, y los vicios
Y los nada propicios
Cambios con que la suerte nos aterra,

Las nuevas amistades peligrosas
De príncipes y odiosas,
Y el arma reluciente y fratricida
Que mírase manchada
Con sangre aun no expiada
Y en líneo débil clavo suspendida.

Mas, deje un poco la severa musa
Trágica sin excusa
El teatro, á que habrá de volver luego
Que hubieres del Estado
Las cosas arreglado
Y el cargo asumas y el coturno griego:

Siento ahora que atruenas mis oídos
Con minaces sonidos
De bocinas recorvas y el estruendo
De trompetas sonoras,
Y de armas brilladoras
El siniestro fulgor que susto horrendo

Al caballo fugaz que se encabrita
Produce y la machita
Faz del équite alumbra y descompone;
Y á los grandes caudillos
Que me parece oillos
Á quien honroso polvo obscuro pone;

Y á la universa tierra sojuzgada,
Menos el alma alzada
De Catón invencible. Airada Juno
Enemiga y cualquiera
De los dioses que fuera
El protector del africano bruno,

Inulta aquella tierra abandonaron
Ínvitos y entregaron
Á su saña, de antiguos vencedores
Cual víctima á los nietos
Que inmolaron discretos
De Yugurta á los manes vengadores.

¿Cuál campo hoy más fecundo no germina
Con la sangre latina
Regado? de los montes ¿cuál no atesta
Las batallas impías
Con tantas huesas frías?
Y cuál no resonó la voz funesta

Por el medo escuchada, que pronuncia
Y al universo anuncia
La ruina de la Italia? cuáles lagos
O qué salvajes ríos
Rápidos ó sin bríos
Ignoran de la guerra los estragos?

¿La color de qué mares no cambiaron
Y en púrpura trocaron
De los ítalos tristes las matanzas?
Y nuestra sangre rica
¿Qué playas no salpica
Testigos de tan miserables mudanzas?

Calla, musa procaz, torna á tu empleo:
De Simónides ceo
Deja el duro cantar. Sobre el tomillo
En la dionea gruta
De dulce paz disfruta
Un plectro meneando más sencillo.

ODA II.

A CRISPO SALUSTIO.

Nullus argento color est avaris

Crispo Salustio, del metal que esconden
Las viles tierras, enemigo, el uso
Recto á la plata, que color no tiene,
Fúlgida torna.

De Proculeyo vivirá por siglos
Largos el nombre conocido, porque
A sus hermanos protegió cual padre
Próvido y tierno.

Ágil la fama que por siempre vive
Ha de llevarle á singular altura
Con firme vuelo sin temer que un día
Súbito falte.

Mayor el reino, que si á Libia extrema
Con Cádiz juntas y las dos Cartagos
Te están sujetas, te será, si domas
Tu ávido instinto.

Crece indulgente para sí la dura
Hidropesía, ni la sed se extingue
Si el mal no deja y el humor acuoso
Pálido al cuerpo.

No el de la plebe, su dictamen propio
La virtud sigue, en verdad no cuenta
En el de aquellos que llamó felices
Número escaso

A Fraatés, que al solio que de Ciro
Fué retornara; y desenseña al pueblo
De aquellas que antes como sabias tuvo
Pérfidas frases,

El reino dando y la diadema firme
Y el lauro propio al que insensible pasa
De oro entre acervos sin que en ellos clave
Ínvido el ojo.

ODA III.

A DELIO

Aequam memento rebus in arduis

¡Oh Delio, condenado
Como todo nacido á muerte cierta,
Igual y sosegado
El espíritu, acierta
Siempre discreto á conservar, despierta!

Así en las arduas cosas
Que suele presentar la suerte impía
Como en las venturosas,
Refrena la osadía
De insolente y efímera alegría:

Ora apures la copa
Del padecer, el tiempo de la vida;
Ora con viento en popa
Sobre la verdecida
Gramma tenaz de margen escondida,

Tranquilo, reclinado
Los días pases de mayores fiestas
Mirando de buen grado
Las notas sobrepuestas
Del falerno en las cántaras repuestas,

En donde hirsuto pino
Y el haya prócer tienden su ramaje
Y ofrecen de contino

En dulce maridaje
Sombra, frescor y tácito hospedaje;

En donde fugitiva
Trepida el agua de ávido riachuelo,
Que retuerce y aviva
El paso con anhelo
Entre la hierba, retratando el cielo.

— Á este lugar el vino
Y ungüentos lleva y las amenas flores
Del rosal peregrino,
Que ostentan sus primores
Y mueren de la vida en los albores;

Mientras la instable suerte
Lo tolera y la edad que nunca pára
Y el triple nada fuerte
Negro hilo que prepara
La deidad triple á que el Erebo ampara.

Te alejarás, no hay duda,
De los bosques comprados, de la casa,
De la villa greñuda,
Que de un lado á otro pasa
Del flavo Tíber la corriente crasa;

Y el odiado heredero
Abarcará gozoso y diligente
Los bienes por entero;
Aunque seas pudiente
Y del antiguo Inaco descendiente,

O pobre, miserable,
De la ínfima extracción y al raso vivas,
Del Orco inexorable

Verás las fugitivas
Aguas entre las víctimas votivas;

Que todos circuidos
Por él estamos: nuestra suerte rueda
En la urna donde olvidos
No caben, ni hay vereda
Por do escapar y donde nadie queda.

Más tarde ó más temprano
Ese destino embárcanos superno
En el esquife vano
De Caronte, que alterno
Ha de llevarnos al destierro eterno.

ODA IV.

Á JANTIA.

Né sit ancillæ tibi amor pudori,

Nunca te afrentes, Jantia, por tu origen
 Del limpio amor de pobrecilla esclava,
 Que de Brisea se prendó mucho antes
 Tésalo Aquiles.

Y antes movió, de Telemón nacido
 Á Ajax el rudo, la sin par cautiva
 Tecmesa, á su amo, con su hechizo y noble
 Plácida forma.

De Atreo el hijo, de la fama en medio
 Que daba el triunfo al vencedor glorioso,
 Cuando postradas en la tierra fueron
 Bárbaras turbas,

Cuando arrancado de entre vivos Héctor
 Y se entregaban los iliacos muros
 Á los soldados, á Casandra bella
 Lúbrico rapta.

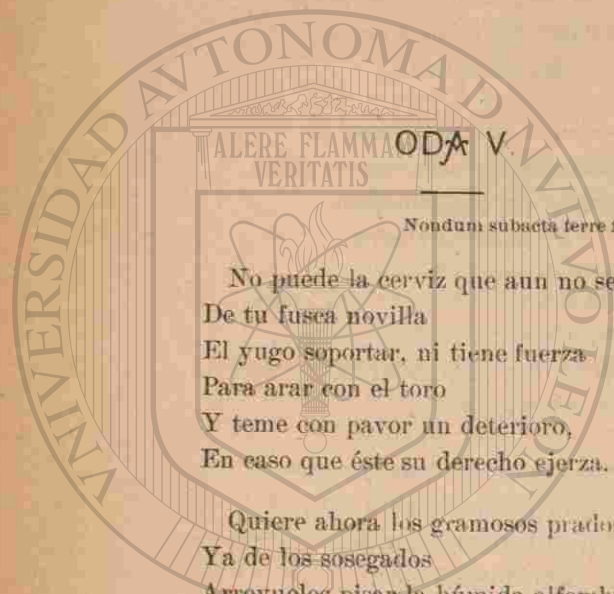
¿Sabes acaso si de Fili rubia,
 Á ti su yerno, los dichosos padres,
 Honra cumplida, sin igual decoro,
 Máximo ofrezcan?

De claros reyes su feliz prosapia
 Es, no lo dudes, con razón se queja
 É inconsolable sus inicuos hados
 Miserable llora.

Ella, créeme, no por ti escogida
 Fué para esposa de entre impura plebe,
 Ni era creíble que jamás naciera
 De ímproba madre

Una tan fiel y tan contraria al lucro.
 Su rostro, brazos, el conjunto entero,
 Su talle listo de ciprés gallardo,
 Íntegro elogio.

No sospechosa la alabanza juzgues
 De quien ya en breve cerrará el octavo
 Lustro y para ello á apresurarse empieza
 Rápido el tiempo.



Nondum subacta terre fugum valet

No puede la cerviz que aun no se humilla
De tu fusca novilla
El yugo soportar, ni tiene fuerza
Para arar con el toro
Y teme con pavor un deterioro,
En caso que éste su derecho ejerza.

Quiere ahora los gramosos prados:
Ya de los sosegados
Arroyuelos pisar la húmida alfombra
De alba menuda arena,
Y calmar el anhélito, la pena
Que le trae el calor, bajo la sombra;
Ya retozar con ágiles novillos.

Violetas y tomillos
Quebrantando al correr, con grave planta,
Y llena de alegría
Meditar que en vigor y lozanía
A sus iguales todos se adelanta.

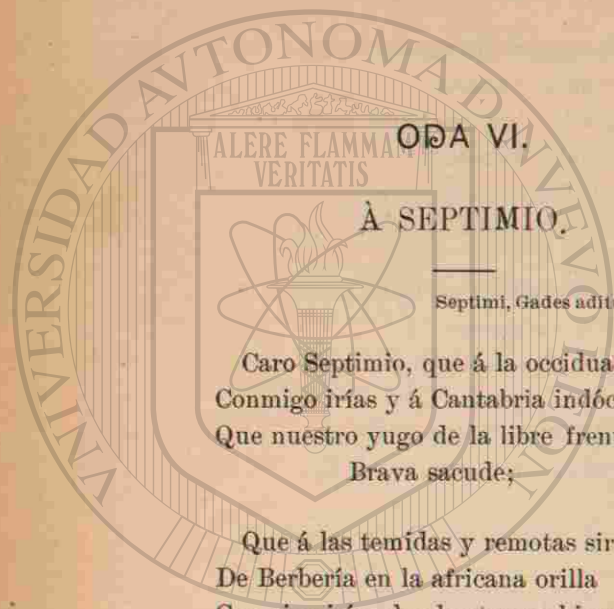
Refrena el apetito que te muerde
De la uva coger verde:
Ya Otoño te dará gratos racimos,
Lívidos y morados

Los unos y los otros nacarados
Distintos en color, todos opimos.

¡Ella te seguirá sin que la llares
(Pues los años infames
Quitan á ti la edad que danle á ella!)
Ya, ¡a de torva frente,
Un esposo, Lalage, diligente
Buscará más que Clori y Foloë, bella.

Su hombro blanco así brilla, cual la luna
De noche en la laguna
Y en el piélago insomne, plateada
Riela y triste y pura.
Del Guidio Gyges la gentil figura
Le es inferior por todos celebrada;

Y al que, si de doncellas en el coro
Interpusieras, de oro
Y ungida la flotante cabellera,
Por su ambiguo semblante,
Entiendo que ni huésped, ni danzante
El noble sexo distinguir pudiera.



ODA VI.

À SEPTIMIO.

Septimi, Gades aditure mecum et

Caro Septimio, que á la occidua Cádiz
 Conmigo irías y á Cantabria indócil
 Que nuestro yugo de la libre frente
 Brava sacude;

Que á las temidas y remotas sirtes
 De Berbería en la africana orilla
 Conmigo irías donde eternas hierven
 Líbicas ondas;

Tíbur fundado por colono griego
 ¡Ojalá sea mi postrer asilo,
 Y de mis ansias, viajes y milicia
 Término sea!

Donde si acaso las inicuas Parcas
 Morar me vedan, al Galeso río
 Iré delicia de la grey que lleva
 Dúplices pieles;

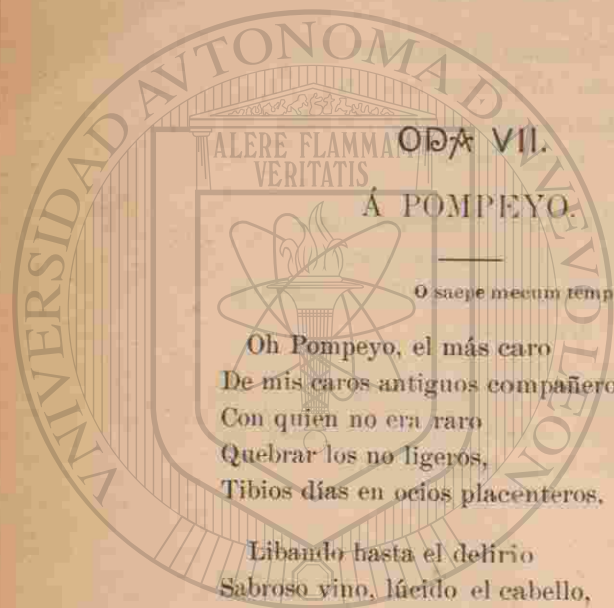
É iré á las selvas y feraz campiña
 Donde reinaban en edad remota

Los laoonios, su gentil caudillo
 Siendo Falanto,

Rincón ninguno de la tierra vasta
 Me ríe tanto, do la miel no cede
 À la de Himeto, do venció á Venafro
 Pingüe la oliva;

Donde Favonio primaveras largas
 È inviernos tibios generoso ofrece;
 De Baco amigo, donde Aulón, no envidia
 Uvas falernas.

Aquel alcázar y lugar dichoso
 À entrambos llaman; con debido llanto
 Do la favila de tu amigo el vate
 Cálida riegues.



ODA VII.
A POMPEYO.

O saepe mecum tempus in ultimum

Oh Pompeyo, el más caro
De mis caros antiguos compañeros,
Con quien no era raro
Quebrar los no ligeros,
Tibios días en ocios placenteros.

Libando hasta el delirio
Sabroso vino, lúcido el cabello,
(Untado del asirio
Del malobatro bello)

Al que fresca guirnalda pone el sello;

Á menudo conmigo
De todo lance al último llevado,
Cuando para su abrigo
Qual jefe le fué dado
Al ejército Bruto fortunado:

¿Quién, ilustre Quirite,
Quién magnánimo diónos tal consuelo?
Que lo inquiera permite:
¿Quién te volvió del suelo
Patrio á los dioses é italiano cielo?

Contigo y á tu lado
Fuí en Filipos, de donde en celerada
Fuga, el broquel dejado,
Salí con honra ajada
Al verse nuestra fuerza quebrantada.

Y nuestros jefes bravos
Con la barba sellar la torpe tierra.
Á mí de nimbos flavos
En medio, el de la guerra
Dios Mercurio solícito me encierra,

Pese á los enemigos;
Á ti la ola absórbete de nuevo
Y á mares nada amigos
Y hervorosos, mancebo.
Llévate insana de otros en relevo.

Á Júpiter le paga
El banquete por voto prometido:
De mi laurel que embriaga
Con olor bien sabido
De lado á descansar al pie tendido

Ven; y de tu milicia
No más te acuerdes larga y fatigosa;
Ni dejes sin caricia
La taza, que oficiosa
Mi mano para ti llenó, espumosa.

Llena las copas, llena
Las lisas copas del masico añoso
Que borra toda pena;
Vierte ungüento precioso
De las conchas que guárdanse en reposo.

¿Quién de hacer las guirnaldas
Se cuida de apio y arrayán cogido
Aun mojado, en las faldas
Del collado florido?
¿Y quién será por Venus escogido
Para rey del banquete?
Beberé con la misma destemplanza
Que al edono compete.
¡Beba pues, sin tardanza
El que á un amigo recibir alcanza!

ODA VIII.

À BARINA.

Ulla si iuris tibi pelerati.

Si del perjurio reportaras daño
Porque llevaras diente negrecido,
Barina, ó en la uña si tuvieras mancha,
Crédulo fuera.

Mas, con falsía prometerte sueles
Y luego juras y más que antes brillas;
Y te revela la afición de incautos
Jóvenes tiernos.

À las cenizas de tu madre frías,
À puros astros que en el cielo ruedan
Y aun á los dioses que inmortales viven
Pérfida engañas.

La misma Venus que te escucha ríe;
Ríen las ninfas y el feroz Cupido
Que en piedra roja la saeta ardiente
Férvido aguza.

Es para ti la juventud que hoy crece
De servidores lúcida falange;
Y de su impía soberana el techo
Miseros guardan

Los anteriores. Por sus hijos temen
À ti las madres, el vetusto avaro
Por su caudal, y la casada nueva
Mágica tu aura.

ODA IX.

À VOLGIO.

Non semper imbres nubibus hispido.

No siempre, Volgio amigo,
Envía sobre campos erizados
Y en crudo desabrigo
Grata lluvia el nublado,
Ni siempre al Caspio azota el cierzo airado.

Y no en los meses todos
Del Armenia á la costa el hielo inerte
Oprime; en períodos
El Aquilón convierte
Al roble en esqueleto ó le da muerte.

Mas tú al quitado Miste
Urges siempre con flébiles cantares,
Ya siga Héspero triste
De ocaso en los aduare
Al sol, ya le huya en los titonos mares.

Recuerda que el anciano
Que tres edades habitó en el suelo,
No alimentó inhumano
De por vida su duelo
Por Antílico, todo su consuelo;

Ni sus padres queridos
De Troilón lloraron la temprana
Vil muerte con gemidos
Eternos, ni la hermana
Griega exhaló por siempre queja vana.

Deja ya de lamentos
Aunque blandos, por causas tan longevas;
Unamos los acentos
Por más que no te atrevas,
Y ambos cantemos las victorias nuevas

De Augusto César fuerte,
Y al río Eufrates y al Nifate helado,
Por la contraria suerte
Hoy aqueste agregado,
Cual lo fué el otro, al mundo subyugado

Y que en señal de duelo
Sus turbias aguas lánguido volteá;
Y cómo en pobre suelo
El gelono campea
Y en exiguas praderas galopea.



ODA X.

À LICINIO.

Rectius vives Licini, neque altum

Mejor, Licinio, vivirás si el dorso
Del mar no oprimes, ni temiendo cauto
Procela ruda, la arriesgada orilla
Nimio frecuentes.

Seguro evita quien amó la dulce
Mediocre vida, del vetusto techo
El desaliño, y envidiado alcázar
Sobrio desdeña.

Más por el Noto se miró batido
El pino alzado, con mayor estruendo
Las torres ceden, y al excelso monte
Hieren los rayos.

En la desgracia la fortuna espera,
Y en la fortuna la desgracia teme
Juicioso el hombre: al deformante Invierno
Jove reduce

Y él mismo aleja. Si hoy te oprime el duelo
No ha de ser siempre; ya con blanda lira
Despierta Apolo á la callada musa,
Tiende ya el arco.

En los pesares animoso y fuerte
Mostrarte debes; y tú mismo, sabio
La vela acorta, si te soplan suaves
Vientos dichosos.

ODA XI.

Á QUINTO HIRPINO.

Quid belloosus Cantaber, et Scythes,

Deja por tu alma, deja caro Hirpino
De pensar de continuo
Qué es lo que fragüe el cántabro guerrero,
Ni qué el bárbaro escita,
Cuyo arrojo limita
Cual barrera el Adriático severo.

Ni tremas porque miras azorado
Lo que hayas acopiado
Para el uso, que el tiempo llega y pasa:
Si nunca se aposenta,
Con poco se contenta
En vida tan instable como escasa.

La leve juventud huye y se esconde,
Sin que adivines donde,
Con la hermosura: y la vejez sedienta
Al dulce amor risueño
Y al pronto fácil sueño
Con su anheloso respirar ahuyenta.

No siempre ostentan las vernaes flores
Unos mismos colores,
Ni tan solo una faz mostró la luna.
¿Por qué, dime, indiscreto
El eterno secreto
Escarbas con labor nada oportuna?

¿Por qué no de ese plátano vecino
Prócer, ó de este pino
Echados á la sombra deleitosa,
Nuestro cano cabello
Ungido con el bello
Zumo oleoso de purpúrea rosa,

Ó del asirio nardo con la esencia,
Por mientras la presencia
Del fiero mal nos deja, no bebemos?
Pues si Evio de buen grado
Se tiende á nuestro lado
Las roedoras penas no tememos.

¿Qué joven listo habrá que prontamente
En la cercana fuente
Los cántaros sumerja del falerno,
Donde á la par que enfríe
Á trechos los rocíe
La linfa que huye con murmullo eterno?

¿Qué joven listo habrá que á Lyda esbelta
Al par que desenvuelta
Llame de casa?..... pronto, corre y mira
Que atado en nudo bello
Cual Lacena el cabello,
Venga trayendo de marfil la lira.

ODA XII.

Á MECENAS.

Nolis longa ferre bella Numantiae.

No por piedad pretendas
Que de Numancia fiera las batallas,
Ni del crüel Aníbal las contiendas
Y púnicas murallas,
Ni de Sicilia el lago
Teñido con la sangre de Cartago,

Ni á los lapitas rudos,
Ni al bebedor Hileo, ni al temido
Escuadrón de terrígenas forzudos
Por Hércules corrido
Y que tuvo alarmada
Del antiguo Saturno la morada,

Á la armonía suave
De la cítara adapte, buen Mecenas:
Tú en la historia dirás pedestre y grave
Las bélicas escenas,
Mejor y de buen grado,
Del César, en estilo sublimado.

Y allí de los vencidos
Reyes, describirás que van delante
Llevados por la vía al carro uncidos,
La faz amenazante,
Pues que aun doblado el cuello
Muestran del odio y del rencor el sello.

Excítame la musa
Á cantar de Licynia mi señora,
La blanda voz, armónica, difusa,
La mirada incensora,
De su pecho la llama
Que tu leal amor de esposo inflama:

Y su danzar honesto,
Su discreción, y su aire y bazarria
En los círculos, donde el brazo enhiesto
Ni á vírgenes confía,
En la sacra mañana
De las célebres fiestas de Diana.

¿Trocarás por ventura
De tu Licynia un rútilo cabello
De Aquemenes el rico por la hartura,
Ó por el oro, bálsamo y camello
De Frigia, ó por las prendas
Que acopia bronco el árabe en sus tiendas,

En aquellos instantes
En que se hurta ligera á tus caricias
Ó te aparta, cual suelen los amantes,
Con repulsas ficticias
Porque anhela en la esencia
Víctima aparecer de la violencia?

ODA XIII.

CONTRA UN ÁRBOL QUE AL CAER
IBA Á OPRIMIR AL POETA.

Ille et nefasto te posuit die,

¡Árbol inútil, en nefasto día
Te sembró y con impía
Mano te cultivó, quienquiera él sea,
En daño de sus nietos
Y afrenta de los setos
Y para oprobio y ruina de mi aldea!

Creo yo que á su padre malhadado
La cerviz le ha cortado,
Y que de noche, con rencor inmenso,
De aposentos oscuros
Baño los negros muros
Con sangre de su huésped indefenso.

De Colcos la ponzoña, cuanto alcanza
De crimen, de matanza,
De maldad, leño vil, la humana mente,
Manejó el que bravío
Te trajo al campo mío
Porque cayeras sobre mí inocente.

Por más que advierta el hombre, no hay prudencia
Que evite una emergencia
En cada hora: el navegante osado
Ante el Bósforo treme
Tan sólo y no más teme
La perniciosa ceguedad del hado.

Del parto que huye, la veloz saeta
Al militar inquieta:
Y teme el parto la cadena ingrata
Del italiano fuerte;
Mas, la imprevista muerte
Canta llega y á todos arrebita.

¡Cuán cerca estuve, cuánto del sombrío
Estigio reino impío
De Proserpina, y de oír la sentencia
De Aeaco temerosa
Y de ver la dichosa
Mansión de los que guardan la inocencia!

Y de escuchar á Safo que la lira
 Lesbia tañe y suspira
 Quejosa de sus jóvenes paisanas,
 Y á ti, divino Alceo,
 Ornamento y recreo
 De Apolo y de las musas soberanas:

¡De verte menear el plectro de oro
 En el excelso coro
 Cuán cerca estuve, y muy sobre la tierra
 De oírte á tus iguales
 Narrar tus duros males
 En la fuga, en los mares, en la guerra!

Á éste y á aquella escuchan admirados
 Los manes y extasiados
 En solemne silencio; y sólo oído
 Pone ávido al destierro
 De tiranos y al hierro
 De la saeta, el vulgo desabrido.

¿Y es de admirar, cuando la enorme bestia
 De cien rostros, modestia
 Ostentando, la oreja oscurecida
 Muestra al Orco doblada,
 Y atiende alborozada
 Al bello canto que á escuchar convida?

¿Si enlazadas á la áurea cabellera
 De la Euménide fiera
 Hallan las sierpes sin igual dulzura,
 Si de oírle al recreo
 Tántalo y Prometeo
 Posponen su dolor y desventura?

La voz al percibir de estos poetas
 El arco y las saetas
 Olvida Orión, y paz á los leones
 Da en los prados boscosos,
 Y á los linceos medrosos
 De vida y libertad deja los dones.



ODA XIV. Á PÓSTUMO.

Eheul fugaces, Póstumo, Póstumo,

Oh Póstumo, los años
 Resbalan fugitivos ¡trance fuerte!
 De la vejez ¡ay Póstumo! los daños
 No amengua tu piedad, ni los amaños
 De la indomable muerte.

No, y aunque cada día,
 Trescientos bueyes, trémulo de espanto,
 Degüelles en su altar con mano pía,
 No te hurtarás, amigo, á la porfía
 De Plutón ni por llanto.

De Plutón que al triforme
 Audaz Gerión y á Ticio malhadado
 Reprime en pena de su culpa enorme,
 Dentro la honda horrisona y disforme
 Del Aqueronte helado,

Que de cruzar tenemos
 Cuantos á costa de improbas labores
 Á la boca ¡oh dolor! el pan llevemos:
 Seamos reyes y á otros dominemos,
 Seamos labradores.

Al rudo Marte en vano
 Evitaremos, y del Adria ronco
 La ola crespá; en el Otoño insano
 Sin fruto esquivaremos del tirano
 Austro el silbido bronco.

Hemos de ver, no hay duda,
 Del lánguido Cocito la corriente
 Errante y negra, y á la prole cruda
 Del fiero Dánao, y la tarea ruda
 De Sísifo doliente.

La casa y á tu esposa
 Dejarás tan querida, el campo y mieses;
 No la que siembras arboleda umbrosa,
 Breve señor, te seguirá á la fosa,
 Excepto los cipreses.

Tu heredero más justo
 Libará los licores que almacenas
 Bajo cien llaves, el palacio augusto
 Con un vino regando más robusto
 Que el de las salias cenas.



ODA XV.

CONTRA EL LUJO DE SU SIGLO.

Iam parca aratro iugera regiae

Las casas, hoy, reales
 Angostos surcos dejan al arado;
 Y vense los cristales
 De estanques mil por uno y otro lado
 Amplios más que el Luerino dilatado;

Al aéreo verde olmo
 Ha de vencer el plátano infecundo;
 Y subirán á colmo
 Las tiernas violas y arrayán facundo,
 Y el numeroso ejército fecundo

De hierbas y de flores
 Que adulen el olfato en los hogares,
 Y mágicos olores
 Den al antiguo dueño en sus alares
 Á trueque de los ricos olivares.

Se librárá del filo
 Y del golpe del hacha, adelgazado
 El laurel que tranquilo
 Ha de ensancharse en la espesura y prado
 De mil y mil renuevos rodeado.

No se ajusta, por cierto,
Este vivir á los decretos sabios
De aquel Rómulo experto.
De aquel Catón intonso en cuyos labios
Posaba la elocuencia sin resabios;

Ni de nuestros mayores
Sobrios nos arreglamos á la norma:
Un privado menores
Rentas tenía; el fisco en otra forma
Iba, como el antiguo anal informa.

Y pórtico ninguno,
De diez pies si alcanzaba á la medida,
Á no ser de un tribuno,
Mirar podía en noche obscurecida
De las Osas la luz entelerida.

Un césped, se ordenaba,
Coger y aprovechar si turbó el paso;
Del ornato cuidaba
De los pueblos el fisco; y fuera atraso
El ara con su dios dejar al raso.

ODA XVI.

À GROSFO.

Otium Divos rogat in patenti

Descanso, Grosfo, de los dioses altos
El que navega por el mar Egeo
Cuitado implora si á la luna esconde
Lívida nube;

Si inquieto busca con turbados ojos
En cielo obscuro la polar estrella
Que indique el rumbo y le conduzca al puerto,
Pávido nauta;

Descanso imploran los furiosos tracios
En rudas lides, y descanso el medo
Que al hombro lleva por mayor decoro
Lúcida aljaba.

Pero el descanso que jamás se compra
Ni con las gemas que atesora el Indo
Y ni con oro, ni con rica y grave
Púrpura noble.

Porque ni el lujo ni el licor adusto
La turba espantan de cuidados fieros
Que tumultúan y del techo en torno
Rápidos vuelan.

El hombre parco, sosegada vida
Lleva con poco, si en su mesa pobre
Aquel salero que sirvió á su padre
Límpido esplende.

Que no interrumpen los temores vanos
El sueño leve que en su torno gira,
Ni su reposo la codicia torpe
Rápida corta.

¿Por qué, esforzados, nuestros rudos tiros
Ay! dirigimos á región lejana
Cuando sabemos que la fútil vida
Rápida corre?

¿Por qué dejamos la nativa tierra
Por otro suelo bajo sol extraño?
Qué, por ventura el que á su patria esquivo
Se huye á sí mismo?

Sube el cuidado en la ferrada nave
Y más ligero que el ligero ciervo
Y más que el Noto que las nubes rompe
Sigue al jinete.

Gócese el alma con el bien de ahora
Sin inquietarse por el mal futuro;
El duelo temple, que ¡por todos lados
Nada hay dichoso!

Hurtan y amenguan al preclaro Aquiles
Temprana muerte y á Titón los años:
Y tal vez dióme, lo que á ti el destino
Niégate crudo.

Por ti se apacen abundantes greyes,
Por ti se apacen mugidoras vacas;
En las cuadrigas, y por ti, relincha
Ágil la yegua.

Á ti te cubren reteñidos paños
En roja tinta de muricea concha;
Y á mí tan sólo, la inmutable Parca
Próvida dióme

Un campo angosto y de la musa griega
Algún talento y su donaire y gracia;
Y cual merece, despreciar al necio
Vulgo envidioso.

ODA XVII.

Á MECENAS ENFERMO.

Cur me querellis exanimas tuis?

Mecenas, gran decoro,
Firme columna de mi casa y bienes
¿Por qué por qué, te imploro,
Con tus quejas me tienes
Exánime y los duelos no sostienes?

Mira que es cosa ingrata
 A los dioses, por más que tú lo quieras,
 Y que á mí me maltrata
 Y acosa muy de veras
 Sólo el pesar en que antes que yo mueras.

Si fuerza irresistible,
 Parte de mi alma, de mí sér te arranca,
 Vivir me es imposible:
 ¡Ah! ¡deje puerta franca
 El destino á la parte que en mí estanca!

Si ya no he de quererme
 Ni persuadirme de que vivo entero,
 Si he de sentirme inerte,
 Ese día prefiero
 Que sea para entrambos el postrero.

No infiel soy, ni perjuro:
 Si avanzas tú el primero, yo, sin amos,
 Te mé asocio, lo juro:
 A los últimos tramos
 Te seguiré dispuesto: ¡vamos, vamos!

No logrará arrancarme
 De tu lado la ignívoma Químera,
 Ni por miedo alejarme,
 Si á este mundo volviera,
 Del centimano Gyas la estampa fiera;

Que así lo ha decretado
 Y place á la Justicia poderosa;
 Y lo ve de buen grado
 La Parca temerosa
 Con voluntad perfecta y oficiosa.

- Aunque de Libra el signo
 Alumbrara tal vez mi nacimiento,
 Ó el de Escorpión maligno,
 Ó el, de Hesperia tormento,
 Capricornio brumal y macilento.

Tu estrella con la mía
 En el espacio azul conforme rueda:
 Si opuesto relucía
 Júpiter con luz leda
 Al cruel Saturno y alumbrar le veda.

Y si detuvo el ala
 Del hado, cuando el pueblo numeroso
 Por tres veces se exhala
 En aplauso ruidoso,
 En el teatro pleno, y jubiloso,

Me habría á mí borrado
 Del número de vivos con certeza,
 El tronco malhadado
 Que sobre mi cabeza
 Se descuajó del Noto por fiereza.

Si no con mano blanda
 Hubiera Fauno el golpe detenido,
 Porque en las selvas anda
 Llenando el cometido
 De cuidar á los que Hermes se ha escogido.

Recuérdalo: una ofrenda
 Votaste rica y levantar un templo;
 Yo, del hato una prenda,
 Que pobre me contemplo,
 Medito herir de pobres para ejemplo.

ODA XVIII.

CONTRA LOS AVAROS.

Non ebur neque aureum

En mi casa no esplende
Marfil bruñido, ni de cedro y oro
El artesón trasciende;
Ni de Himeto sonoro
Labrada trabe préstale decoro

Columnas oprimiendo
En el confín del África entalladas;
Y de Átalo no siendo
Pariente sus moradas
Me apropio y sus riquezas allegadas.

De mis pobres clientes
Las humildes y púdicas esposas,
Para mí, complacientes
No tejen y afanosas
De Laconia las púrpuras preciosas.

Una benigna vena
De ingenio y gratitud en mi se halla;
Á mí, pobre, sin pena
El rico la muralla
Por verme deja, y mi estro le avasalla.

No á los dioses fatigo
Pidiendo más; ni á importunar me inclina
Al generoso amigo
Avaricia mezquina;
Soy feliz con mis campos de Sabina.

El día es empujado
Por otro día; aménguase y convierte
La luna; y olvidado
De la cercana muerte,
Mármoles labras de cántera inerte.

Del sepulcro te olvidas
Por alzar un palacio; y no contento
Con las tierras asidas
Que tienen firme asiento.
Sobre la mar fabricas avariento;

Sobre la mar que fiera
Á Bayas lame con tremendo ruido;
Y en desviar la ribera
De donde siempre ha sido,
Te esfuerzas arrogante y presumido.
¿Qué mucho que acrecientes
Tus labores, si borras con esmero
De los dueños pacientes
El vecino lindero
Por allegarte un surco, pendeciero?

La mujer y el amado
Esposo dejan el caliente nido,
Y al hijo no aseado
Del seno mal prendido
Transponen y al penate ennegrecido.

Para el amo avariento
Y acaudalado, en la infeliz morada
Del Orco turbulento
Y rapaz, separada
No hay aula que le aguarde y reservada.

¿A dónde vas? ¿a dónde?
Igual la tierra, en la mansión temida
Al miserable esconde,
Y para allí convida
De reyes á la prole envanecida.

Satélite severo
Del Orco, á Prometeo malogrado,
El infernal barquero
Con oro cohechado
No quiso reducir á aqueste lado.

Á Tántalo orgulloso
Este aprisiona; y vengador reprime
Al linaje famoso

De Tántalo sublime
Y que padece sin descanso y gime.

Y alguien ora le implore,
Ora en secreto sometido al hado
Alguien sin tasa lloré,
Se da por invitado
Para aliviar al pobre desgraciado.



ODA XIX.

Á BACO.

Bacchum in remotis carmina rupibus

Sobre apartadas y musgosas peñas
Vi á Baco entre las breñas
(Creedlo gentes pósteras) tendido
Y que á las ninfas versos enseñaba
Y que aprendían ellas y aplicaba
El caprípedo sátiro el oído.

¡Evoé! ¡Yo siento trepidar la mente
Por el susto reciente,
Y aunque de Baco lleno muy turbado
El corazón que salta de alegría!
¡Evoé! ¡Perdona, Liber, temería.....
Perdona, por tu tirso que es pesado!

Cantar me es permitido á las bacantes
Porfiadas é inconstantes,
Y del vino la fuente y el riachuelo
Abundoso de leche, y la miel cana
Recordar hoy que de los troncos mana
Ahuecados y esmalta el verde suelo.

Y que hable me permite de la hermosa
Diadema de su esposa
Felice, y que se ostenta en el espacio
Nuevo astro entre los astros y recreo,
La ruina de la casa de Penteo
Extrema, y muerte de Licurgo el tracio.

Tú domeñas á ríos seculares,
Tú á los índicos mares,
Tú embriagado en las cumbres apartadas,
Sin daño las madejas destejidas
De las bacantes siempre enfurecidas
De crótalos religas con lazadas,

Tú al de gigantes escuadrón impío
Que escalando el vacío
Probó á subir de Jove á la morada,
Con la uña de león y horrible boca
Volviste atrás á Reco que á su loca
Ambición contra el Padre abrió la entrada.

Y aunque se afirma que eres para danzas,
Para juegos y chanzas
Más adecuado, y no para la guerra
Bastante idóneo, en todas partes brillas
Porque en la lucha al iracundo humillas
Y de tu lado el miedo se destierra.

Te vió con cuernos de oro, nada fiero,
Adornado, el Cerbero
Blandamente meneando la cola
Que acariciar la tierra parecía;
Y con trilingüe boca te lamía
El pie al irte y daba cabriola,



ODA XX.

À MECENAS.

Non usitata, nec tenui ferar

Yo, biforme poeta, buen Mecenas,
Á las auras serenas
Iré con niveas y robustas alas;
No acá tendré más vida;
Superior á la envidia desabrida,
De los palacios dejaré las salas.

Que no á mí, de misérrima ascendencia,
No á mí, á quien por clemencia
Tu amigo llamas con sin par halago
Me abatirá la muerte;
Ni dentro el cerco cenagoso y fuerte
Ha de encerrarme el estigino lago.

Ya, ya siento del muslo á los tobillos
Los ásperos anillos
De áspera piel; y en cisne, por las sumas
Extremidades siento
Transmutarme; y que brotan ciento á ciento
En mis hombros y dedos leves plumas.

Ave canora, más veloz que Icaro
 De Dédalo hijo caro,
 Del Bósforo gimiente el agua pura
 Veré y playas insanas
 Y las remotas sirtes africanas
 Y del boreal polo la llanura.

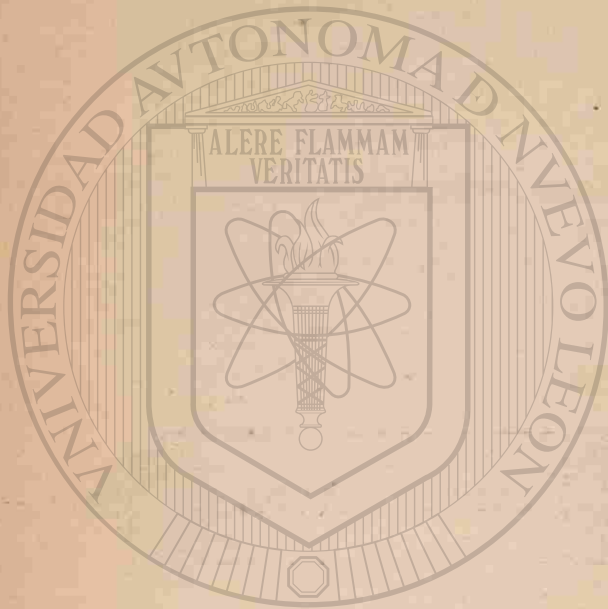
El cóleo, el dacio de engañoso porte,
 Que á la marsa cohorte
 Pretende no temer, y el gelón fiero
 Me verán deseosos,
 Y aprenderán mis versos armoniosos
 El culto galo y el perito ibero.

¡No tenga, no, mi funeral inútil
 Endecha vana y fútil,
 Ni torpe lloro y quejas!: los clamores
 Evita precavido,
 Oh Mecenas; y deja, te lo pido,
 Por vanos del sepulcro los honores.

libro tercero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ODA I.

Odi profanum vulgus et arceo.

Odié siempre con odio soberano
Al vulgo vil, profano
Y le ahuyento. ¡Callad! ¡Soy sacerdote
De las hijas de Febo,
Y un cantar dulce y nuevo
Que cuadre á la niñez, del pecho brote!

Alárgase el imperio de los reyes
Temidos, á sus greyes;
Y á ellos gobierna Jove esclarecido,
Que al mover de la ceja
Rige todo y maneja,
Por haber al Terrígena vencido.

Sucede que un varón muy más experto
Que el otro, en surco abierto
Sus arbustos arregle numerosos;
Y, que al Marcio sucede,
Baje un noble y se quede
Con los sufragios que compró onerosos.

Á éste, por las costumbres se le aclama
Mejor y por la fama;
De aquel va en pos, le oprime, le fatiga
Sin dejarle, no ocioso,
Ni un punto de reposo,
De clientes, jamás, la turba amiga.

Mas.....sortea á los altos y á los bajos
Sin que admita agasajos,
Con igual ley, la muerte necesari
Que mueve todo nombre
Ya de mujer, ya de hombre
De niño ó anciano, en la urna funeraria,

Á quien encima la cerviz impía
Le pende la hoja fría
De nuda espada, dulces no le saben
De Sicilia las viandas,
Ni espere que las blandas
Avecillas los párpados le graven;

Ni de la docta cítara el acento
Le pondrá soñoliento:
El dulce, sosegado y no mezquino
Sueño nunca desdeña
La choza ribereña
Y humilde del agreste campesino;

Ni la oreada vega do retoza
Entre juncos y broza
El céfiro batiendo el ala pura,
Ni aquella do palpita
Fresca el aura y se agita
De Tempe ameno plácida llanura.

Al que desea sólo cuanto basta,
No le inquieta la vasta
Negra extensión del tímido océano.
Ni el ímpetu potente
De Arcturo en su occidente,
Ni de las Híades el nacer insano;

Ni ve asustado en la feraz campiña
Verberada la viña
Por hibernal y saltador granizo,
Ni el árido ó riente
Fundo que siempre miente
Porque el humus le cubre, ó por calizo;

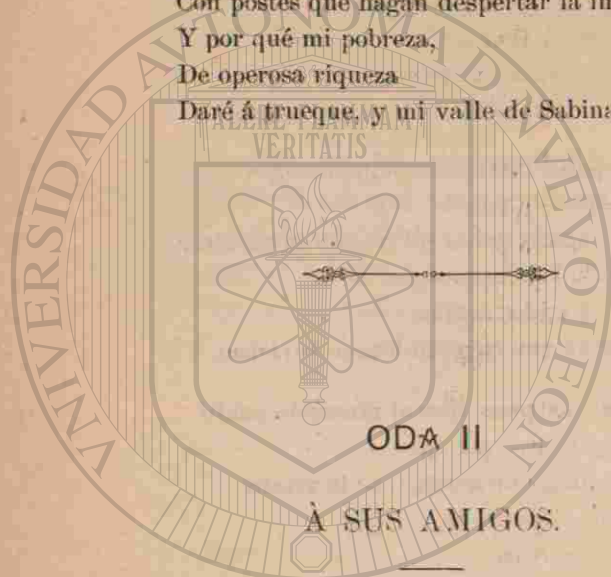
Ni el árbol infructífero que inculpa
Por su falta de pulpa
Ya á las aguas, ya al sol que alumbra eterno
Abrasando los campos,
Ya á los frígidos ampos
De la nieve que riega el brusco invierno.

Sienten los peces que el hinchado ponto
Va encogiéndose pronto
Por las moles que arrojan de la altura:
¡Con ripió el asentista,
Acorde el egoísta
Amo con sus peones, los tortura!

¡Ah, qué el Temor con la Amenaza sube
Hasta la blanca nube
Si el amo sube allá!; las puertas francas
Halla doquiera; treme
Con su peso el trirreme
Y ágil le lleva el équite á las ancas.

Si al hijo del dolor, la piedra frigia
Tan sólo le prestigia
Sin curarle, y la púrpura, el brocado
Más que el astro, brillante,
Y el falerno espumante
Y de la Persia el costo ponderado,

¿Para qué levantar audace y listo
Un atrio nunca visto
Con postes que hagan despertar la inquina?
Y por qué mi pobreza,
De operosa riqueza
Daré á trueque, y mi valle de Sabina?



Angustiam amice pauperiem pati

El robusto mancebo, amigos míos,
Que gusto sienta y brios
Para arrostrar la vida del soldado
Agria desde que empieza,
A sufrir la pobreza
Con su estrechez aprenda resignado.

El caballo revuelva con pujanza,
Y de la aguda lanza
Por el manejo muéstrese temible;
Y lidie y no repose
Y siempre, siempre acose
Al parto por feroz aborrecible.

Noches y días pase á la intemperie
En la eterna congerie
De hechos que traen duda y sobresalto;
Que á trueque, la matrona
Del rey que la corona
Porta contraria, desde alcázar alto

Le espíará con la hija casadera,
Que de aquesta manera
Romperá con hondísimo suspiro:
¡Ah, mi real esposo,
En guerras si animoso
Poco versado, en peligroso giro

No atice sólo con pasar la mano
A ese león tirano,
Al que subleca de imprevisto la ira,
Y luego le abalanza
En medio á la matanza
Con tal denuedo que terror inspira!

¡Es dulce y decoroso ir á la muerte
Por la patria! Al inerte.
Al que le huye y el pudor no escalda
Persigue y aprisiona
Por siempre, y no perdona
De imbele juventud corva ni espalda.

Enemiga de sórdida repulsa
A sí misma se impulsa
La Virtud y con honra pura brilla;
No las segures deja
Ó empuña, ni forceja
Con el aura vulgar que la mancilla.

La Virtud, al feliz abriendo el cielo
Que en premio á su desvelo
No merece morir, sigue otra vía
Ignota: tiende el ala,
Sobre el vulgo se exhala,
La tierra deja cenagosa y fría.

El silencio segura recompensa
Tendrá. Por mi defensa,
Quien descubrió de Ceres eleusina
El sacrificio arcano,
Morar conmigo en vano
Intentará, ni en casa á mí vecina;

Ni surcará bajo la azul esfera
En góndola ligera
Conmigo el mar. Á veces despreciado
Jove padre del día,
Acá en la tierra impía
Al íntegro mezcló con el malvado.

Mas, en muy raras veces el castigo
(Y el mundo es buen testigo)
Al culpable dejó siempre en su asiento;
Que aunque vaya delante,
Él mírale constante
Y le sigue y le sigue con pie lento.



ODA III.

Iustum ac tenacem propositi virum

Al que es tenaz y justo
Nunca apartar consigue de su intento
De airadas turbas el mandato injusto,
Ni el colérico acento
Del tirano que entrégale á tormento,

Ni el Austro proceloso,
Del Adria inquieto indómito caudillo,
Ni la mano de Jove poderoso
Que lleva por anillo
El rayo ardiente de sangriento brillo.

Si cayera en pedazos
El hondo firmamento convertido
Con sus estrellas y nublosos trazos,
Por el escombro herido
Impávido muriera y sin gemido.

Por esta arte divina
Pólux logró y Alcides vagabundo
Incrustarse en la esfera cristalina,
De donde dan al mundo
Fuego apacible y nítido y fecundo,

En medio de los cuales
 Augusto soberano se coloca
 Reclinado en las gramas eternas,
 Y con purpúrea boca
 El noble néctar venturosó toca.

Por aqueste camino,
 Con razón á los cielos te elevaron
 Tus tigres, padre Baco peregrino,
 Que el cuello doblegaron
 Al yugo y carro, y dóciles tiraron.

Por esta angosta vía,
 De Marte en los caballos el guerrero
 Quirino con astucia y bizarria
 Al insomne Cerbero
 Burlando huyó del Aqueronte fiero.

Después que amiga Juno,
 Del celestial concilio con anuencia,
 En momento el más grato y oportuno,
 Con sublime elocuencia
 Habló así de los dioses en presencia:

“Un juez de mal agüero
 “Y adúltero y una hembra vagabunda
 “Á Ilión.á Ilión convierten en ligero
 “Polvo, que la errabunda
 “Aura esparce y los campos infecunda,

“Por más que de antemano
 “Fué sentenciada á universal ruina
 “Con todo el pueblo y su caudillo insano
 “Por mí y la cecropina
 “Casta Minerva en época mezquina,

“Cuando Laomedonte
 “De la honra con ofensa y el decoro
 (“Es fuerza que al origen me remonte)
 “Rehusó dar el oro
 “Ganado por dos dioses de este coro.

“Mas, ¡ay, qué ya no suena
 “El nombre inicuo del infame, impuro
 “Huésped vil de la adúltera Lacena,
 “Ni de Priamo perjuro
 “De Héctor con el valor, la casa y muro.

“Á los pugnaces griegos
 “Quebranta y vence! Aléjase la guerra,
 “Por nuestras iras y tumultos ciegos
 “En la ferace tierra
 “Movida, y hoy por los desiertos yerra.

“Al viento mis enojos
 “Por complacer á Marte dar prefiero;
 “Y á mi nieto, motivo de sonrojos,
 “Nacido en día fiero
 “De troyana Vestal, recibir quiero.

“Y veré de buen grado
 “Que tienda acá las deslumbrantes alas;
 “Que libe el néctar en el quieto estrado
 “De los dioses, con galas
 “Que sólo vense en las etéreas salas;

“Que gobiernen dichosos,
 “Mas desterrados, do la suerte quiera,
 “Si entre el Ilión y Roma procelosos
 “Los mares no atempera
 “Favonio y los mantiene de ribera;

"Y siempre que de Priamo
 "Huelle y de Paris el salvaje reno
 "La tumba, y su manida tenga el gamo
 "Y crías entre el heno
 "Sin que le lata de temor el seno.

"Yérgase el Capitolio
 "Por años y años solo y refulgente;
 "Y de los medos el romano solio,
 "Ya vencidos, la frente
 "Abata y los gobierne ferozmente.

"Y lleve el nombre claro
 "Hasta las costas últimas, horrores
 "Sembrando fiero sin hacer reparo,
 "Hasta donde menores
 "Del África separan rugidores

"Los mares á la Europa;
 "Y hasta do hinchado el fecundante Nilo
 "De tiempo en tiempo con su linfa arropa
 "Las tierras y el sigilo
 "Siempre guardando, aléjase tranquilo.

"Y para ser más grande
 "No anhele el oro oculto; por buscarlo
 "No con pavor del monte el guijo ablande,
 "Que es muy mejor dejarlo
 "De la tierra en la entraña, que sacarlo

"Y de servir al hombre
 "Imponerle la ley pesada y dura,
 "Que vil y avaro con maldad sin nombre
 "Llevado de la usura
 "Aun el oro sagrado se procura.

"De la tierra el extremo,
 "Que jamás toleró ser explorado
 "Á barca frágil y delgado remo
 "Para ver donde airado
 "Con sus fuegos el sol enciende al prado

"Y donde la neblina
 "Se levanta, y en donde los rocíos
 "Que con la leve lluvia vespertina
 "Refrescan los estíos,
 "Á ese domeñen los romanos bríos.

"Mas, aquesta ventura
 "(Nunca jamás lo olviden los romanos
 "Guerreros) que mi labio les augura,
 "Se cumplirá, si vanos
 "En demasía y con exceso humanos,

"Fiados en su dicha,
 "Por el amor de su primera raza
 "De ellos la voluntad no se encapricha
 "En procurar con traza
 "De Troya restaurar el templo y plaza.

"Si reviviera Troya
 "La fúnebre corneja lo diría
 "De lo alto de arruinada claraboya;
 "Y luego tornaría
 "De su derrota el tormentoso día,

"Yo misma conduciendo
 "De héroes á la falange victoriosa
 "Que han de cumplir de Troya el hado horrendo,
 "Yo Juno, yo la diosa
 "Hermana del gran Júpiter y esposa.

“Si tres veces, de bronce
 “El muro por Apolo se levanta,
 “De mis griegos el ímpetu le tronce
 “Tres veces, y con tanta
 “Fuerza que no halle obstáculo su planta.

“Y la mujer, tres veces
 “Cautiva llore el bienestar perdido
 “Que henchida de dolor paga con creces;
 “Llore al muerto marido,
 “Llore al hijo al destierro conducido.”

¿Á dónde, musa mía,
 Á dónde vas? tu lira juguetona
 Sonar no puede aquí sin osadía:
 Retrocede temblona
 Y tu impotencia sin rubor pregona,

Y repetir no intentes
 Las magníficas frases, el acento
 De los númenes sabios y potentes;
 Y esquivas con gran tiento
 Lo que reclama número y aliento.

ODA IV.

Á CALIOPE.

Descende coelo, dic age tibia

Reina Caliope, del tranquilo cielo
 Desciende al bajo suelo,
 Y con la tibia ensaya en este día,
 Ó con voz argentina,
 Ó cítara divina
 De Febo y lira, larga melodía.

La oís?.....la oís? ¿Me engaña por ventura
 Una amable locura?
 Paréceme escucharla.....y me parece
 Que yerro en los piadosos
 Bosquecillos umbrosos
 Que ama el agua y el céfiro estremece.

Cabe la margen del pullés Volturmo
 Que sale taciturno
 De la Pulla mi patria, (¡dulce tierra!)
 Ya de jugar rendido,
 El sueño apetecido
 Que aporta volador, mis ojos cierra.

Era muy niño: allí de entre las pomas
 Las torcaces palomas
 Con recientes hojitas me cubrieron;
 Que fué cosa admirable
 Para el colono instable
 Y agrícolas felices, que eligieron

Siempre morar en el sombroso nido
 Por nubes circuído
 De la excelsa Aqueroncia, ó en las praderas
 De Bancia amarillento.
 Ó del suave Ferento
 Y humilde en las llanuras placenteras;

Y mirarme dormir niño animoso,
 Á la víbora y oso
 Sin temer, de los dioses protegido
 Y del sol resguardado
 Por el laurel sagrado
 Que al pie se alberga de arrayán florido.

Oh musas, vuestro soy: ahora ascienda
 Por la torcida senda
 De la Sabina, ahora á la Preneste
 Prefiera por helada,
 Ó á Tíbur levantada,
 Ó el tibio manantial de Baya agreste.

De vuestras fuentes por gustar y danzas
 Burlé las asechanzas
 En Filipos de milite vencido;
 Y dejóme con vida
 La encina maldecida
 Y en la onda siciliana escollo erguido.

Siempre, musas, seréis mis compañeras:
 Ora las olas fieras
 Del Bósforo atraviése navegante,
 Ora cruce viajero
 El arenal severo
 De la siria ribera y sofocante;

Ya atrevido penetre en la Bretaña
 Que bárbara se ensaña
 Con los extraños, ya visite al trace
 De extirpe salvajina
 Que alegre con la equina
 Sangre su sed ardiente satisface;

Ó bien conozca al rápido gelono
 De la Escitia colono
 Tan diestro en manejar el arco y flecha,
 Bien, de peligros libre,
 Dejado el ronco Tibre,
 Se abra mi quilla por el Caspio brecha.

Vosotras musas, en la pieria gruta
 Por vid y helecho hirsuta
 Recreáis al almo César, si al soldado,
 Porque Marte se aleja,
 En ocio blando deja
 Con los hijos del bosque sosegado.

Y vosotras de Júpiter reflejo,
 Acertado consejo
 Fáciles dáis de vos á quien le implora,
 Y gozo señalado
 Por el don otorgado
 Demostráis con sonrisa seductora.

El alto Jove, padre omnipotente
Que gobierna prudente
La inmoble tierra, el piélago ventoso,
Á reinos y ciudades,
Á dioses y á heredades
Del mortal que se yergne codicioso,

En otro tiempo sepultó iracundo
En el antro profundo,
Bien lo sabemos, con presteza y brío
Del titán insolente
Á la turba demente
Vibrando un rayo que surcó el vacío.

De aquella juventud púsole miedo
La protervia y denuedo
Que fiaba en sus fuerzas orgullosa,
Y en las de sus hermanos
Que pretendieron vanos
Sobre el Olimpo encaramar el Osa.

Mas ¿qué, Tifeo y Mimas arrogante
Y aquel amenazante
Porfirión de aladísima estatura,
Qué, Reto desdichado
Y el crecido Encelado
Que enormes troncos arrojó á la altura,

Qué pudiera este ejército forzado
Contra el sonante escudo
De Palas? Á ella se agregó Vulcano
Aguerrido; y corona
El triunfo la onatrona
Juno, esposa del Padre saberano.

Á ésta juntóse Apolo el patareo
Que lleva por arreo
El arco al hombro con surtida aljaba;
El que amable y riñente
De Castalia en la fuente
La intonsa cabellera siempre lava;

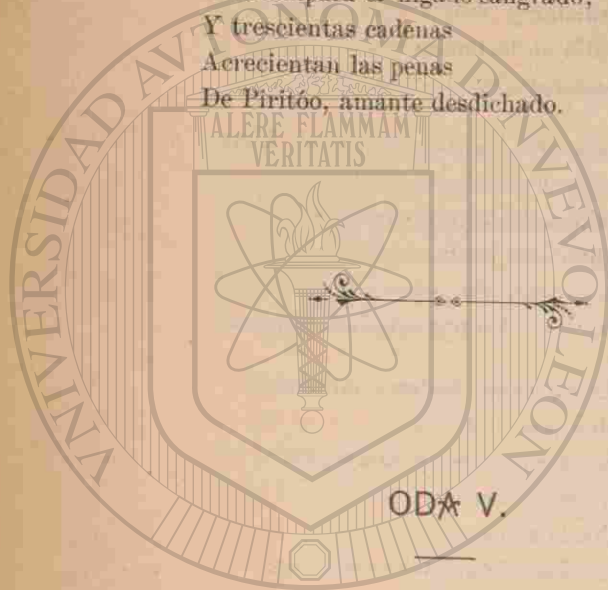
El que en los bosques de la fértil Licia
Su mansión y delicia,
Y de Delo en la selva do naciera,
Por los hombres loado,
Querido y venerado
Siempre y por siempre sin rival impera.

¡La fuerza ruda empleada sin seso
Se arruina por su peso!
Á la fuerza que se ata y se domina
Los númenes acrecen;
Pero ellos la aborrecen
Si á toda clase de maldad se inclina.

De aquestas mis sentencias es testigo
Aquel Gyas enemigo
Y aquel Orión que á la intangible Diana
Se le atrevió imprudente
Y que herido en la frente
Fué al punto por saeta soberana.

La tierra inerte llora sobrepuesta
Á la turba funesta
Y audaz de monstruos que en el Orco mora;
Sus hijos desgraciados
Bajo el Etna encerrados:
¡Y al Etna el veloz fuego no devora!

Ni, guarda fiel de Ticio deshonesto,
El buitre deja el puesto
Y desampara el hígado sangrado;
Y trescientas cadenas
Acrecientan las penas
De Piritoo, amante desdichado.



Coelo tonantem credidimus Iovem

Por los etéreos y coruscos truenos,
Que Jove en los serenos
Espacios reina siempre confesamos;
Y que Augusto cual dios será tenido
Por haber sometido
Al britano y al persa, no dudamos.
¿Qué viva con la bárbara consorté
Y Roma lo soporte,
Rudo marido el milite de Craso,
Y ¡del Senado, oh leyes mancilladas,
Oh costumbres trocadas
Con poca reflexión, con juicio escasol)

Y que por la miseria y las fatigas
Entre armas enemigas,
Las de sus mismos suegros, encanezcan
Bajo el cetro ominoso del rey medo
Sin menguar su denuedo
Marso y pullés, y tábitos perezcan

De la toga y escudos (no os asombre)
Olvidados, del nombre
Romano ilustre y del nativo idioma,
Del fuego sacro que eternal se apresta
En el templo de Vesta.....?
¡Y viven Jove y la ciudad de Roma.....!

Así lo vió la inteligencia clara
De Régulo, con rara
Habilidad aquellas condiciones
Vergonzosas y pérfidas, humano
Al repudiar de plano
Por ser de torpe ejemplo á las naciones

Y latinos del siglo venidero,
Si inflexible y severo
El Senado á demanda compasiva
El oído elemento no aplicaba
Y sereno miraba
A la ígnea juventud morir cautiva.

Yo vi, decía Régulo al Senado,
Nuestro pendón clavado
De Cartago y las armas en el templo,
Quitadas sin matanza
Al soldado que avanza
Con frialdad, con desmayo sin ejemplo;

*Y vi llevar los brazos á la espalda
Con sogá que los balda
Atados, á los libres-ciudadanos;
De par en par las puertas por seguras,
Y con mies las llanuras
Que la guerra usó por nuestras manos.*

*¿Y se espera que torne más valiente
El soldado indolente
Con oro redimido? ¡Fiero daño
Añadiréis á la maldad! de grana
Si es teñida la lana
Aunque se lave, el tinte queda al paño.*

*Si el valor verdadero abrió las alas,
Á sus antiguas salas
No ha de volver, al pecho del cobarde:
La sin ventura aprisionada cierva
Si los lazos enerva,
Huye de su victoria haciendo alarde.*

*Y qué ¡merece el nombre de valiente
El soldado inocente
Que se creyó del pérfido enemigo?
¿Y en nueva lid se venga en los ribazos
Pánicos, quién los brazos
Encordelados tuvo por castigo*

*De su miedo á la muerte? ¡Ah, qué no sabe
Éste en caso tan grave
Donde buscar la vida, y con la guerra
Mezcló la paz! ¡oh mengua! ¡oh gran Cartago,
Más grande en el estrago
É ignominiosa ruina de mi tierra!*

*Se dice que en la frente vergonzosa
Rehusó de su esposa
Y los pequeños hijos su consuelo,
El ósculo de amor cual vil esclavo;
Que humilló el rostro flaco
Y la viril mirada hincó en el suelo*

*Por mientras del consejo no antes dado
Como autor, al Senado
Perplejo con ardides afirmaba;
Y entre amigos leales y llorosos
Con pasos presurosos,
Hombre insigne, al destierro caminaba.*

*Y aunque sabía cuánto con el yugo
El bárbaro verdugo
Le preparaba, no de otra manera
Al pariente que le era pesadumbre
Y á la vil muchedumbre
Que pedía que á Roma no volviera*

*Hábil de sí alejó, cual si de clientes
Pródigos y pacientes
Dejara terminados los negocios
Con favorable y última sentencia,
Y fuera por decencia
Á las florestas á pasar sus ocios.*



ODA VI.

A LOS ROMANOS.

Delicta maiorum, inmeritis lues.

Sin culpa has de pagar tarde ó temprano.
Los delitos, romano,
De tus mayores, mientras no repares
Las casas derruidas
De los dioses y estatuas denegridas
Por el humo sagrado, y los altares.

Te juzgas (y por esto sin segundo
Imperas en el mundo)
Inferior á los dioses, y contento
Les rindes la cabeza:
Este el principio fué de tu grandeza;
Á esto y no más se debe tu incremento.

Muchos males los dioses irritados
Por verse despreciados
Enviaron ¡ay! á la luctuosa Hesperia:
Las tropas de Pacoro
Y Moneses ajar nuestro decoro
Lograron y traernos la miseria.

Por tentar, inconsultos los agüeros,
Acometerlos fieros
Nuestros bríos domaron singulares;
Y altivos nuestra presa
Huelgan hoy de añadir con mano aviesa
Á sus pequeños, míseros collares.

El fiero etiope y el robusto dacio,
Que son terror del Lacio.
Uno por la saeta voladora
Y el otro por la armada,
Ya por guerras civiles sojuzgada
Arruinaron del mundo á la señora.

Nuestros siglos en crímenes fecundos
Trocaron en inmundos
El casto lecho y nudos conyugales,
Las familias y casas;
Y de fuentes tan pútridas y crasas
Refluyen sobre el pueblo enormes males.

Alégrase la virgen casadera
Si le enseñan la fiera
Jónica danza; y en edad temprana
Se quema en los ardores
De incestuosos y lúbricos amores,
Y con falsos afeites se engalana;

De las bodas levántase aturdida
Á buscar en seguida,
Ante su dueño, á jóvenes amantes;
Y sin pudor y ciega
Por el placer, no sabe á quien se entrega,
Si en sitios alumbrados, si distantes.

Vendida, que no presa de un engaño,
Á mercader extraño
Se allega y sigue, adinerado y necio,
O de español navío
Al disoluto capitán impío
Que su desorden paga á muy buen precio.

La juventud cobarde y presumida
De estos padres nacida,
No teñirá con sangre de Cartago
El piélago; tampoco
Á un Pirro matará, ni á un grande Antioco.
Y ni á un Annibal de la Italia estrago.

Sino antes bien, los hijos procreados
Por rústicos soldados,
Que á voltear las glebas erizadas
Con la reja sabina
Aprendieron, en donde aun los conmina
La madre, si no surten con brazadas

De leños el hogar, cuando del monte,
Tocando el horizonte,
La sombra cambia el sol, ya que se aleja
En su carro de fuego,
Ya que convida á todos al sosiego
Y el buey cansado el fértil yugo deja.

El tiempo volador ¿qué no aminora
Con mano dañadora?
Son nuestros padres menos generosos
Que sus padres; peores
Nosotros, y en los años ulteriores
Hijos engendraremos más viciosos.

ODA VII.

Á ASTERIE.

Quid fles, Asterie, quem tibi candidi

¿Por qué lloras, oh Asterie, inconsolable
La ausencia de tu amable
Gyges leal, que ya restituído
Te será por el blando
Favonio en asomando
La Primavera, y sano, enriquecido?

Llevado aqúeste por el Noto horrible,
Al mostrarse visible
La Cabra tempestuosa, hacia el Epiro,
Pasa insomne las frías
Noches, lágrimas pías
Vierte y exhala hondísimo suspiro.

Si de Cloë su huésped, el astuto
Mensajero, sin fruto
Le tienta y dice: que es muy desgraciada,
Que en tus mismos amores
Se quema y sus ardores
Se avivan, que se encuentra desolada;

Si dice, cómo la mujer de Preto,
(Cual si fuera un secreto,)
Pérfida engaña al crédulo marido,
Y la muerte del casto
Belerofonte en fasto
Día apresura un crimen sólo urdido;

Y que Peleo cerca de la muerte
 Estuvo, porque fuerte
 Resistió casto á Hipólita magnesa;
 Y le refiere historias
 Reales ó ilusorias,
 Redes donde el pecado hace su presa,
 ¡Esfuerzo inútil! Muéstrase más sordo
 Desganado y vilordo
 Que de los mares de Ícaro las peñas;
 Si da oído á las voces,
 Huyen éstas veloces
 Y él queda en paz. ¡Tú sola le domeñas!

Mas, ¡cuidate!..... Refrena el mal deseo:
 No el vecino Enipeo
 Tu amor ocupe más de lo debido;
 Aunque en el Marció no otro,
 Mejor revuelve un potro,
 Ni á nado cruza el Tíbre reteñido.

La casa cierra al declinar la tarde
 Á guisa de cobarde,
 Sin que te asomes por mirar la vía;
 Desoye á quejumbrosa
 Flauta, y de quien hermosa
 Te llame ó dura, siempre desconfía.



ODA VIII.

Á MECENAS.

Martis caelebs quid agam kalendis,

Oh sabio, que hablas y á la par escribes
 Los dos idiomas, por ventura admiras
 Lo que de marzo en las calendas haga
 Célibe siendo:

Qué signifiquen las variadas flores,
 Qué la acerrilla de estoraque llena,
 Qué las que tremen sobre el césped vivo
 Fúlgidas brasas.

Un voto, sabe, cuando el árbol prócer
 Con grave riesgo se me vino encima,
 De dulces viandas y albicante chivo
 Hícele á Baco.

Aqueste día aniversario viene
 Á despegar la rispida corteza
 Con pez clavada al cuello de la antigua
 Ánfora tosca,

Que no muy lejos del fogón se yergue,
 Y desde que era por la vez segunda
 Tulo Volcacio celebrado cónsul,
 Chúpase el humo.

Bebe cien vasos por tu amigo ileso
De aquel peligro, plácido Mecenas;
Y arder dejemos vigilante el alta
Lámpara pingüe,

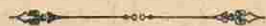
Hasta que dore del vecino día
El sol las cumbres; lejos de esta casa
La gritería, lejos los rabiosos
Impetus fieros.

Hacia atrás echa los cuidados graves
De la ciudad: Cotison fué vencido
Con su legión, y lucha entre los suyos
Bárbaro el medo;

Sirve al imperio de la España altiva
El de las costas habitante bronco,
Al fin atado con cadena tarda
Cántabro rudo;

Ya los escitas sin pujanza y bríos
El arco llevan con la cuerda floja,
Y retirarse de los campos duros
Tímidos piensan.

Tú, cual privado, negligente vive;
No más te aflijas porque el pueblo sufra;
Deja lo serio, y los presentes dones
Rápido afianza.



ODA IX.

Á LYDIA.

Donec gratus eram tibi.

Horacio.

Mientras te fuí querido
Y otro ninguno tu albicante cuello
Con el brazo enlazaba presumido,
Viví en reposo bello
Y más que el persa rey feliz por ello.

Lidia.

Mientras á otra no amaste,
Ni á Cloë, infiel, preferiste á Lidia,
Mi nombre más que el de Ilia sublimaste;
De aquella á quien envidia
La romana y no abaja la perfidia.

Horacio.

La tracia Cloë ahora,
Entendida en la cítara y el canto,
Me manda como á siervo, es mi señora;
Muriera sin quebranto
Si ella la vida conservara en tanto.

Lidia.

Con haz mutua me abrasa
Cálais, el hijo del Turino Ornito:
Si dos veces el hierro me traspasa,
No daré un solo grito
Si á él preserva el oráculo bendito.

Horacio.

¿Y qué sucedería,
Prendido en ambos el amor primero,
Ligados con cadena férrea y pía,
Y si á Cloë severo
Echara, á Lidia dándomele entero?

Lidia.

Aunque muy más hermoso
Èl sea que un lucero y tú más leve
Que el corcho y más feroz que el proceloso
Mar adriático alevé,
En fuego convirtiérase la nieve.

ODA X.

À LYCE.

Extremum Tanaim si biberes, Lyce,

Aunque bebieras, Lyce, del remoto
Tánais frígido é ignoto
Con varón iracundo desposada,
De mí se dolería
Tu corazón al verme noche y día
Al lado de tu reja bien cerrada,

Afrontar los terribles Aquilones,
Qué ¿no el oído pones
Al rumor de las puertas conmovidas
Y de árboles y plantas
Que estridentes se azotan con ser tantas
Y por gigantes muros guarecidas,

Y al caer de la nieve blanda y fría
Que Júpiter envía
Sobre la ya venida en más sereno
Tiempo, con que la acrece?
Depón, oh Lyce, el caño que aparece
En tu semblante, y del amor ajeno.

¡No sea que huya la versátil suerte
Y vengas cual yo á verte!
Pues no fuiste nacida de Toscana
En las vegas brillantes
Para verdugo ser de tus amantes
Y esquivar cual Penélope tirana.

Y aunque no te domeñan ricos dones,
Ni de tristes garzones
Que te aman, la color de seca viola,
Y ni del preferido,
Que en el ánima fué por Piéria herido,
El desamor inícuo te desola.

Escucha á quien te ruega: sé más blanda
Que la coscoja panda,
Menos feroz que de África el odiado
Reptil. Á tus umbrales
No estaré, ni las lluvias celestiales
Recibirá por siempre mi costado.

ODA XI.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS MERCURIO.

Mercuri, (nam te dociles magistro

Oh buen Mercurio, (pues que tú el maestro
Fuiste de Anfión, quien ablandó las piedras
Con sus cantares,) tú también, oh docta,
Plácida lira,

Las siete cuerdas resonando fácil,
Muda al principio y de figura ingrata,
Hoy en las mesas de los ricos dulce
É inclitos templos,

Un son apresta á la obstinada Lyde,
Sones que obliguen á poner oído
Á Lyde indócil que á impetuoso amante,
Célibe aleja,

Cual de tres años la robusta potra
Que en valles amplios solitaria vive
Y brinca alegre y coceando al viento
Guárdase intacta.

Atraer puedes y llevar contigo
Á fieros tigres y silentes selvas
Y de arroyuelos detener el rónico,
Rápido curso.

Cerbera estigio que la grande puerta
Del aula cuida á tus encantos cede,
Aunque coronen su cabeza horrible
Túmida hidras,

Y aunque le mane podredumbre negra
De las tres bocas y feto exhale;
É Ixión y Ticio en sus tormentos rudos
Invitos rieron;

Y á las Danáides absorbieron tanto
Tus melodías, que por breve tiempo
Sin linfa y seco el remojado siempre
Cántaro vióse.

Conozca Lyde la maldad y penas
De las Belides y sus lentos hados
Y la vasija desfondada y grave
Pávida mire,

Penas que duran en el Orco mismo.
¡Estas impías.....(¿más hacer pudieran?)
Estas impías.....dan á sus esposos
Hórrida muerte!

Digna una sola de portar la tea
Nupcial y noble en los futuros siglos,
Con lucimiento á su perjuro padre
Vívica engaña.

Fué la que dijo á su novel consorte:
“¡Álzate pronto, perdurable el sueño
“No se te abraze donde menos temes,
“Álzate pronto!

"Burla á tu suegro, á mis hermanas burla,
 "Harto culpables, que al marido hieren
 "Uno tras otro y los sangrados cuerpos
 "Bárbaras trozan,
 "¡Ay! cual leona á los hallados toros.
 "Más blanda que ellas, yo no habré de herirte
 "Ni he de tenerte de por vida en bajo,
 "Lúgubre encierro.
 "Áteme el padre con cadena dura
 "Porque piadosa le salvé la vida,
 "La amable vida al infeliz esposo,
 "Miserio humano;
 "Ó que me embarque en averiado esquite
 "Y haga que sea conducida al punto
 "A los distantes arenosos campos
 "De África horrenda.

"¡Ve tú, ve luego por do el pie te lleve.....
 "Y el aura.....y Venus.....y la noche amiga!
 "¡Huye, no tardes, con seguro, eterno,
 "Próspero augurio!

"Y cuando muera, de mi amor la historia
 Flébil y extraña que mi afán memore,
 "Enternecido, en el funéreo y hosco
 "Túmulo graba."



ODA XII.

Á NEOBULE.

Miserarum est, neque Amori dare ludum, neque dulci

Propio fué de mujeres miserables
 No gozar las amables
 Delicias del amor; lavar, por mengua
 De vino, poco cual en parco río,
 Las rudas penas; y temer del tío
 El azote amargoso de la lengua.

Ya el niño tierno de Citérea alado
 El cesto te ha quitado,
 Neobule; y de la urdimbre de Minerva,
 Fatigosa labor, Lipáreo el Hebro
 Te libra y con dulcísimo requiebro
 Su amor ya para siempre te preserva.

El hombro ungido por lavar declina
 En la onda tiberina:
 Le cede en cabalgar Belerofonte:
 ¿Quién en el pugilato le venciera?
 ¿Y quién jamás le iguala en la carrera
 Si va hasta donde arranca el horizonte?

Diestro sigue en la ubérrima planada
 Á la grey agitada
 De ciervos que huyen de la aguda flecha;
 Y al jabalí escondido
 En el alto plantel y verdecido,
 Veloz acosa sin dejarle brecha.

ODA XIII.

A LA FUENTE BANDUSIA.

ALERE FLAMMAM VERITATIS
O fons Bandusiae, splendor vitæ,

Oh fuente de Bandusia, más brillante
Que el cristal deslumbrante,
Digna del vino dulce y exquisito,
En flores de oro y grana
Coronado, mañana
He de ofrecerte un pávido cabrito.

Un cabrito, á quien túrgida la frente
Por el pitón naciente
A la lucha de amor destina en vano;
Porque éste, inofensiva
Prole de grey lasciva,
De rojo teñirá tu seno cano.

No entibiará tu linfa placentera
Canícula severa;
Tú siempre das gratisima frescura
Al toro fatigado
Por el fecundo arado
Y al hatillo que vaga en la llanura.

Entre las nobles fuentes serás noble,
Si canto el fresco roble
Que encima crece de las cavas peñas
Donde gélida naces
Y tus aguas locuaces
Borbotan espumosas y risueñas.

ODA XIV.

A LOS ROMANOS.

Herculis ritu, modo dictus, ó Plebs,

Oh pueblo, el César de quien hoy se dice
Que se ha ceñido con el verde lauro,
Que sólo á costa de la propia vida
Cómprase á veces,

De España llega vencedor á Roma
Como tornara en los pasados siglos
De aquellas costas el guerrero insigne
Hércules bravo.

Salga á su encuentro la leal consorte
Que siempre y sólo á su marido ama,
Después que ofrezca sacrificio al justo
Próvido númen;

Salga la hermana del caudillo claro,
Vengan ceñidas con las vendas sacras
Las de hijos é hijas que con vida tornan
Trémulas madres.

¡Mancebos fuertes, jóvenes honestas
Que habéis la copa del amor libado
No profráis palabras ominosas
Férvidas, duras.

Este en verdad aplaca mis temores
Alegre día para mí festivo,
No temeré tumultos de la necia
Rápida plebe,

Ni del sicario la repuesta daga,
Si es el señor del universo mundo
El grande César. Marcha sin demora,
Tímido esclavo,

Ve y el ungüento y las guirnalda busca;
Y la vasija que el conflicto marso
Recuerda trae, si es que al vagabundo
Milite inicu,

Vil Espartaco, alguna le burlara;
Y dí á Neera, la de voz aguda,
Que venga pronto y la mirrada trenza
Préndase en nudo.

Y ve al instante, por si el mal portero
Inoportuno al estorbar la entrada
Te demorare con pesquisas necias;
Márchate al punto.

¡Ay, que el cabello emblanquecido amansa,
Al litigioso y de la guerra amante!
Yo era muy otro en la del cónsul Planco
Época dulce.



ODA XV.

CONTRA LA ANCIANA CLORI.

Uxor pauperis Ibycl.

¡Del infeliz Ibico
Esposa vil, pon dique á la malicia
De que se ostenta rico
Tu cerebro y propicia
Al desorden te ofrece y estulticia!

Cercana ya á la muerte
Por la edad, los deleites juveniles
Deja, y júzgate inerte;
Y en los frescos pensiles
No dances entre vírgenes sutiles;

Ni seas tú la nube
Que opaque á las flamígeras estrellas,
Ó el humazo que sube:
Brillan Folœe y las bellas,
Y tú por lo ridículo descuellas.

Más á la hija conviene
Asaltar de los jóvenes las casas,
Cual Bacante que viene
Audaz sin ley ni tasas,
Pues para ella los tímpanos son brasas.

Hoy apresaa á la hija,
De Noto joven el amor primero
Que incesante la aguija
A eoger el sendero
De novel cabra en el florido otero.

No es para tí la rosa
De púrpura y grátisima fragancia,
Ni la cítara suave y deleitosa,
Ni agotar con jactancia
La llena copa que el mancebo escancia.

De la noble Luceria
El vellón busca límpido, esquilado,
Como una mujer seria,
Y llévale á tu lado
Y carmena y refuerce de buen grado.

ODA XVI.

Á MECENAS.

Inclusam Danaen turris aënea.

Bien librarán á Dánae peregrina
La torre metalina
Y de aéreo roble las robustas duelas
De nocturnos desmanes,
Y los feroces canes,
Ahulladores y tristes centinelas,

Si Júpiter y Venus al euitado
Acrisio acobardado
Que de la virgen custodió el decoro,
No burlaran con tino
Abriéndose camino
Al convertirse el dios en lluvia de oro.

Este metal los ánimos suaviza
Y sutil se desliza
Entre las guardias; caprichoso gusta
De triturar la peña
Y para ello se empeña
Del rayo en superar la fuerza augusta.

La casa se arruinó, por lo usurero,
Del argivo agorero
Que ya en escombros la absorbió la tierra;
Y domefió á naciones
Y á reyes por los dones
El mácedo Filipo y no en la guerra,

De sus naves atados á los palos
Quedan por los regalos
Los fieros capitanes. La fatiga
Á medida que aumenta
El oro, se acrecienta
Y de haber más y más el hambre hostiga.

¡Con grán razón, salir de mi pobreza
Y erguida la cabeza
Muy visible mostrar he aborrecido,
Oh Mecenas, decoro
El más noble y tesoro
De nobles caballeros, bien querido!

Cuanto alguien menos cede á la codicia
Tanto más le acaricia
Celeste don. Al campo, voy desnudo,
De los que nada anhelan;
Y antes de que me expelan
El de los ricos dejo campo rudo.

De la cosa dejada muy más dueño
Seré que si domeño
En mis graneros cuanto á la crudeza
Arranca del boscoso
Terruño el laborioso
Pullés, mendigo en medio á su riqueza.

El que gobierna á el África fructuosa
No sabe cuan dichosa
Es mi vida del bosque en la espesura.
Al mirar el riachuelo
Que lame el verde suelo
Con agua fresca, transparente y pura,

Y esta selva de surcos limitados
Por mi mano sembrados
En donde el trigo riego con medida;
Y luego crece y dora
La mies. ¡Aquel ignora
Que mi vida es más quieta que su vida!

Y aunque no de Calabria las abejas
Me brindan las bermejas
Celdillas de sus cándidos panales,
Ni se envejece el vino
En el cántaro fino
De Formias para mí, ni en pastizales

Gállicos, que se estiman los primeros,
Se apacén los carneros
Que me dan suaves, plácidos vellones,
La importuna pobreza
El paso no endereza
Hacia mis cortas, quietas posesiones.

Si más de aquesto necio ambicionara
Nunca me lo negara,
Mecenas, tu bondad. Si la avaricia
Reprimo diligente
Pagaré puntualmente
Los pequeños tributos de justicia,

Más que si el reino Heliático juntara
Con los de Lidia avara
Campos opimos: al que mucho anhela
Mucho le falta; ocioso
Le es todo, á quien gustoso
Da Dios con parca mano y por él vela.

ODA XVII.

A ELIO LAMIA.

Aeli, vetusto nobilis ab Lamo.

Elio, del Lamo antiguo descendiente
Noble, (si no es que miente
De nuestros fastos la sabida historia:
Que los Lamos primeros
Y nietos, herederos
Son del nombre de un rey, timbre de gloria)

De aquel grande monarca eres nacido;
De quien se dice ha sido,
Dentro el muro de Formias, el tirano
Que gobernó ampliamente
Y en donde su corriente
Arrastra lenta el Liris soberano.

Mañana, sabe, si es que no me engaña
Vivaz corneja huraña
De tormentas y lluvias agorera,
De hojas vestirá el prado
El turbión provocado
Por Euro, y de alga inútil la ribera.

Por mientras puedas junta, junta tuero
Que mañana el severo
Genio suavizarás con dulce vino
Y un lechón de dos meses
Con tus criados, que á veces
Entran como hoy en ocio repentino.

ODA XVIII.

A FAUNO.

Faune, Nympharum fugientium amator,

Fauno, amador de las fugaces ninfas,
Mi curva linde y abrigados valles
Manso atraviesa y á la grey que aun mama
Integra dejes

Al ausentarte; si novel cabrito
En tu honra muere fenecido el año,
Si baña el mosto la que á Venus sigue,
Diáfana copa,

Si oliente fuma por copioso incienso
Que arde sobre ella envejecida el ara,
Todo el ganado en el gramal sedoso
Lúbrico trisca

Cuando tus nonas de diciembre llegan;
Festivo el pago en la llanura blonda
Entra en descanso al desuncir sus torpes,
Lánguidos bueyes:

Discurre el lobo con la oveja audace,
Te riega el bosque sus agrestes frondas,
Y da en la tierra con el pie el labriego
Tríplice golpe.

ODA XIX.

A TELEFO.

Quantum distet ab Inacho

Cuanto diste de Inaco
 Aquel buen Codro por la patria muerto
 Nos cuentas, y de Eaco
 El origen incierto
 Y de Ilión sacra el exterminio cierto;

Y callas, hartos omiso.
 En qué precio compramos la tinaja
 Del quío; y ni un aviso
 Nos das del que trabaja.
 Para el agua entibiar, llegando raja;

Ni del que ofertar quiera
 Su casa, la hora, cómo y sin falsía,
 En donde yo pudiera
 Al terminar el día
 Del Abruzzo evitar el aura fría.

En culto, noble efebo,
 Dame una copa, de la luna llena;
 Y otra que al labio llevo,
 (¡La media noche suena!)
 En su honra, y la otra, del augur Murena.

De las tazas el vino
 Mezclarse puede en tres ó en nueve vasos
 Si se apuran con tino.
 El poeta los pasos
 De las musas siguiendo en todos casos

Por ser estas impares,
 De inspiración sagrada poseído,
 De copas cuatro pares
 Y una más, aturdido,
 Al paje pide blando y comedido.

La Gracia juntamente
 Con sus nudas unánimes hermanas
 En libar no consiente
 Más de las tres cercanas
 Copas, por precaver riñas tiranas.

Loquear hoy me place.....
 ¿De la flauta de Frigia los acentos
 Hubo quien amordace?.....
 ¿Por qué estando contentos
 Flauta y lira suspéndense á los vientos?
 Yo las manos ociosas
 Siempre torvo miré y en odio rico:
 Esparce frescas rosas:
 Que el ruido insano á Lico
 Envidioso, quebrante á fuer de pico

Y á la moza vecina
 Inadecuada para Lico anciano.
 Á ti Rode divina,
 Oh Telefo, no en vano
 Desea ver en tiempo no lejano;

Á ti, el joven de obscura
Selvosa y reluciente cabellera,
Como la estrella pura
De la tarde severa:
Á mí el amor me abrasa de Glycera.



ODA XX.

Á PIRRO.

Non vides quanto moveas periclo,

¿No, Pirro, consideras
El peligro inminente á que te expones
Al transponer las fieras,
Á pequeños leones,
(¿Dónde cobraste aquestas aficiones?.....)

É hijos de leona
De melena, garruda y africana
Que por jamás perdona
Que á su prole galana
Ni por caricia toque mano humana?

Tras el rudo combate
De ella huirás, protervo y atrevido
Raptor, el disparate
Lamentando abatido
Cuando ella deje el asolado nido

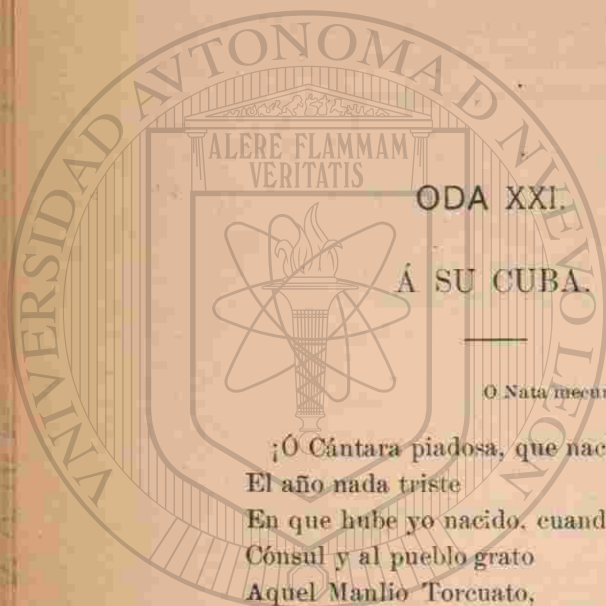
Y busque en la caterva
De jóvenes, y airada se abra paso
En su desdicha acerba,
Á Nearco, no escaso
De valor y destreza por acaso.

Vendrá la horrenda lucha;
¿Qué sabes tú si á ti la mayor parte
(Aunque te duela, escucha:)
Quien el botín reparte
Otorgue, ó á el otro con justicia y arte?

Mientras tú la saeta
Veloz embebes en el arco, el diente
Ella afila y aprieta;
De la lid inclemente
Árbitro, y que la nítida yacente

Palma con el pie nudo
Huella, se narra; y siente regocijo
En que el ambiente mudo
Sobre el hombro prolijo
No el cabello fragante deje fijo,

Sino que lo desparza,
Como por siempre le llevó Nireo,
Esbelto cual la garza,
Y aquél á quien dicteo
Jove raptó del Ida, con rodeo.



O Nata mecum consule Manlio,
 ¡Ó Cántara piadosa, que naciste
 El año nada triste
 En que hube yo nacido, cuando era
 Cónsul y al pueblo grato
 Aquel Manlio Torcuato,
 En época de paz y placentera!

Ya sea que suscites quejas blandas
 Á la hora de las viandas,
 Ya sea que produzcas dicho agudo,
 Ora traigas furores
 Y dementes amores,
 Ora entremetas fácil sueño y mudo,

Eres muy digna de perder tu asiento
 Y entrar en movimiento
 En tan buen día: guardas el masico;
 Sea cual sea el nombre
 Y la causa y el hombre
 Que tuvo de empegarte, pobre ó rico,

De la troje descende; ostenta el vino
 Más suave, pues Corvino
 Así lo manda, el cual, aunque empapado
 En las sobrias, divinas
 Socráticas doctrinas,
 Torvo y feroz jamás te ha desdeñado.

Y aun se dice que aquel Catón primero
 Tan docto, tan austero,
 Á menudo.....(¿será vil osadía?).....
 Con vino generoso,
 Callado y no ostentoso,
 Su virtud calentaba seca y fría.

Tú muchas veces das tormento amable
 Al de genio intratable;
 Sólo tú logras revelar del sabio
 El tormento sentido,
 Ó el secreto escondido
 Cuando tu vino le suaviza el labio.

Tú das confianza y fuerza al que padece
 Ó agitado perece,
 Y añades brío al pobre desgraciado.
 Detrás de ti no hay reyes
 Irritados, ni leyes,
 Ni poder en las armas del soldado.

Alargará Lleo tu regocijo,
 Si alegre con el hijo,
 Cántara, Venus diva llegar pudo
 Á tiempo y con las pías
 Gracias, siempre tardías
 En desatar el triple antiguo nudo;

Y si las pingües lámparas colgadas
Mantiénense y cebadas
Hasta que Febo al estampar sus huellas
Las desluzca y apague
Y elevándose amague
Al escuadrón de fúlgidas estrellas.

ODA XXII.

A DIANA.

montium custos nemorumque, virgo.

Virgen, de montes guardadora y selvas,
Diosa triforme, que llamada escuchas
El triple ruego y de la muerte á joven
Púérpera libras;

Tuyo es el pino de mi villa gala,
Que entre los otros la cabeza asoma,
Y al que yo bañe al terminar el año,
Férvido y pío,

Con roja sangre de lechón silvestre,
Que ya medita en el breñal obscuro
Abrir al sesgo con el diente corvo
Súbita herida.

ODA XXIII.

A FIDYLE.

Coele supinas si tuleris manus

Si las palmas al cielo
Llevas tendidas, Fidyle dichosa,
Cuando la luna con el mismo anhelo
Inicia su carrera, y si piadosa
En rústicos altares
Frutos é incienso ofreces á los Lares,

No dejará sedienta
Tu vid fecunda el Áfrico dañino;
Ni tu creciente mies verás sangrienta
Porque en ella el tizón se abrió camino;
Las crías en Otoño
Linfá tendrán y plácido retoño.

La votiva ternera
Que se apacienta en el Algido cano,
Entre bosques de encinas y rastrera
Coscoja, ó rumia en el gramal de Albano,
Dejará al dar la vida
La segur del pontífice teñida.

Pero tú, que coronas
En frágil arrayán y hosco romero
Las agrestes deidades, cuando abonas
Tus angostos terruños en febrero,
No cifras tu esperanza
De ovejas en la mísera matanza.

Si una inocente mano
Toca el ara, al Penate ablanda luego
Con el farro piadoso, ó con el grano
De blanca sal que escápase del fuego.
Más pronta y suavemente
Que el rico con la víctima mugiente.

ODA XXIV.

CONTRA LOS AVAROS.

Intactis opulentior

Aunque al tirreno mar por artificios
Con propios edificios
Desalojaras y aun al Adria vago,
Por ser poseedor del gran tesoro
Intangible de Arabia y gemas y oro
De la India dulce halago,

Si en la cabeza te hince el vil destino
Su garfio adamantino,
Del alma no echarás el miedo fuerte,
Ni del erguido cuello el embarazo
Que te fatiga,.....¡el impalpable lazo
Con que te ata la muerte!

Viven mejor los rústicos escitas
Llevando sus casitas
Errabundas, conforme á su costumbre,
En carros, y el colono de la Dacia
Que en terrenos sin límites se espacia
Sin temer servidumbre,

En terrenos libérrimos, hirsutos
Por sazonados frutos,
Por blondas gramas y copioso trigo,
Que sólo gusta de labrar un año
Y acaba su labor, y sin engaño
El vicario su amigo

Le alivia y en la misma forma lleva
La fecundante esteva.
Allí, inocente la mujer y sana
Al mísero entonado que carece
Del amor de la madre, compadece
Y le calienta humana.

Y no porque al hogar llevara dote,
Del marido en azote
Se trueca y gobernalle altiva quiere;
Ni avivada de amor inieuo y nuevo
Á nítido y adúltero mancebo
Se entrega y le prefiere.

Allí la dote rica y estimada
Es la virtud honrada
De los padres; y sólo le intimida
La castidad que por alianza excluye
Á otro varón; y quien del riesgo no huye
Le paga con la vida.

¡Ah! quien intente desterrar la impía
Matanza y la osadía
De la rabia civil, si acaso anhela
De las ciudades padre ser llamado
Con estatua y de pósteros loado,
Recoja el amplia vela

Atrevido, á la indómita codicia.
Porque ¡oh ciega estulticia!
¡Aborrecemos la virtud presente
Que á nuestros fieros vicios causa enojos
Y cuando no la miran nuestros ojos
La buscamos ausente!

¿Y á qué fin exhalar tristes querellas
Si dejamos las huellas
De la culpa, y la culpa sin castigo?
¿De qué sirven, de qué las leyes vanas
Si en las muelles costumbres nada sanas
El crimen halla abrigo?

¿Si ni del mundo la apartada zona
Donde hierve y se entrona
El calor, ni del Bóreas el costado
Remoto y por la nieve endurecido,
Al audaz mercader han conseguido
Alejar desterrado?

Vence el marino al piélagos terrible
Con astucia indecible;
Por oprobio tenida la pobreza.
Á ejecutar lo que se quiere obliga
Y á padecer en todo y de la amiga
Virtud nos endereza

Á desertar del áspero camino.
Ó subamos con tino
Al Capitolio á donde se nos llama
Por voces mil que resonando acrece
El eco, y por la turba que parece
Que nos ayuda y ama,

Ó sin demoras en el mar cercano
Con nuestra propia mano
Arrojemos la gema peregrina,
El jaspe, el mármol, el inútil oro,
Vil materia motivo del desdoro
Y de esta enorme ruina.

Si el ser malvados en verdad nos pesa,
Arranquemos la aviesa
Raíz de la avaricia, del dañado
Origen; que nos sirva la experiencia
Para imbuir á la tierna inteligencia,
De buen ó de mal grado,

En estudios más sanos y severos
Aunque no placenteros.
Ingenio y rudo sostenerse el niño
No sabe en el caballo, se le abraza
Por el cuello y retírale á la caza
Su afición y cariño.

Si se le observa, mírase que el juego,
Ya sea al troco griego,
Ya, si place mejor, por conocidos
De preferencia inclínase á los dados,
Aunque con pulso trémulo arrojados,
Por la ley prohibidos,

Mientras su padre agítase perjuro;
 Con cálculo seguro
 Al socio engaña y húrta el dinero,
 Al socio y huésped, por dejar mañana
 Una riqueza, perdición temprana
 De su indigno heredero.

Y de este modo, en términos fatales,
 Acrecen los caudales.
 Solícito inquirir he pretendido,
 Y aun hoy la duda acósame y asalta:
 ¿Por qué no satisface, ó qué le falta
 Á un caudal reducido?

ODA XXV.

Á BACO.

Quo me Bacche, rapis tui

¿Á dónde, padre Baco,
 Dónde me llevas de ti mismo lleno?
 Á qué bosque opaco,
 Á cual antro sereno
 Soy conducido sin temor ni freno?

¿En qué musgosa gruta
 Procurando del César el decoro
 Cuando el cielo se enluta,
 Oído mi sonoro
 Canto será que al soberano coro

De fúlgidas estrellas
 Le sublime y de Jove en el Senado
 Le haga estampar las huellas?
 Algo diré no hablado
 Por otro alguno, nuevo, inusitado.

Que no de otra manera
 En la cumbre se pasma la Bacante
 Que está la noche entera
 Insomne, al ver delante
 Al Ebro rumoroso y centellante,

Y á la Tracia remota
 Cándida por la nieve y duro hielo,
 Y de Rodope ignota
 Que elévase hasta el cielo
 Por bárbaros hollado, el fértil suelo.

Agrádame desviado,
 Silencioso, admirar la verde orilla
 Y el bosque levantado
 Que jamás amancilla
 El pie del hombre, y solitario brilla.
 ¡Oh rey de las Nayades
 Y las Bacantes, éstas tan forzudas
 Que si tú las invades,
 Insanas y ceñudas
 Fresnos arrancan con las manos rudas!

Nada diré pequeño,
 Nada de lo común entre mortales
 Y que juzgan risueño,
 En versos usuales
 De inspiración con míseros raudales:

Que es amable el peligro,
Dulce, muy dulce, oh Baco, para quienes
Con paso nada pigro
Siguen al que perenes
Corona en verdes pámpanos las sienes.

ODA XXVI.

Á VENUS.

Vixi choreis nuper idoneus

Me absorbió en los peldaños
Primeros del vivir, la placentera
Danza y con gloria milité no hace años:
Hoy de esta que del tiempo y sus amaños
Pared ruda y severa
El costado siniestro
Guarda de Venus cándida y marina,
En la guerra difunto queda mi estro
Con la que al aura suspendida nuestro
Cítara peregrina.

Aquí, aquí la luciente
Antorcha deponed y el fácil arco,
Oh jóvenes protervos, de inminente
Riesgo para las puertas que prudente
Cerró su dueño y parco.

¡Oh venerada diosa
En Chipre y Menfis dé la nieve tracia
Libre por siempre, oh reina poderosa,
Con azote superno á Cloë odiosa
Hierre una vez por gracia!

ODA XXVII.

À GALATEA.

Impios parrae regnentis omen

Lleve al impío de la parra el canto
Con mal agüero y la preñada perra
Y flava loba, y que á encontrarle acuda
Zorra parida.

Su vía rompa cual volante dardo
Túmida sierpe y al rocín le asuste.
¿Qué temer puedo, si naí adivino
Próvido y hábil?

Antes que torne á los cerúleos lagos
Présaga el ave de inminente lluvia,
Vendrá rogado del risueño oriente
Gárrulo cuervo.

¡Vive dichosa donde más te agrade,
Oh Galatea, no me olvides, cural
No la corneja, ni el siniestro pico
Turben tu paso.

Miras ahora que declina y treme
Orión ruidoso; conocido tengo
Al Adria obscuro, y del Iapigo blando
La honda perfidia.

De los contrarios las mujeres é hijos
La saña sufran del naciente Noto
Y el oleaje que á la nuda azota
Túmida playa.

Europa así, del fementido toro
Se confiaba, y al mirar que hierve
El mar en monstruos, la color perdida,
Palpa el engaño.

Y la que ha poco recogiendo flores
Para las ninfas por los prados vaga,
Sólo veía en noche tan oscura
Olas y estrellas.

Y cuando á Creta la de cien ciudades
Llegaba, dijo: "Padre, de hija el nombre
"Dejé al partir, y á tu piedad ultraja
"Ciego delirio.

"¿De dónde á dónde por desdicha vine?
"Morir tan sólo no es condigna pena.
"¿Lloro despierta mi afrentosa culpa?.....
"¿Soy inocente?

"¿Me burla acaso la mentida imagen
"Que trae el sueño por la puerta ebúrnea?
"¿Mejor me ha sido transponer los mares,
"Ó cortar flores?

"Si alguien me diera, que en furores ardo,
"Al toro infame que me fué querido.....
¡Ah! rompería con filoso hierro
"Cruda sus astas.

"Dejé sin tino los paternos lares;
"Sin tino tardo en aportar al Orco;
"Si un dios me escucha, sepa que vagara
"Entre leones.

"Antes que ocupe mis mejillas bellas
"La palidez, ó su vigor perdido
"La víctima haya, quiero ser hermoso
"Pasto de tigres.

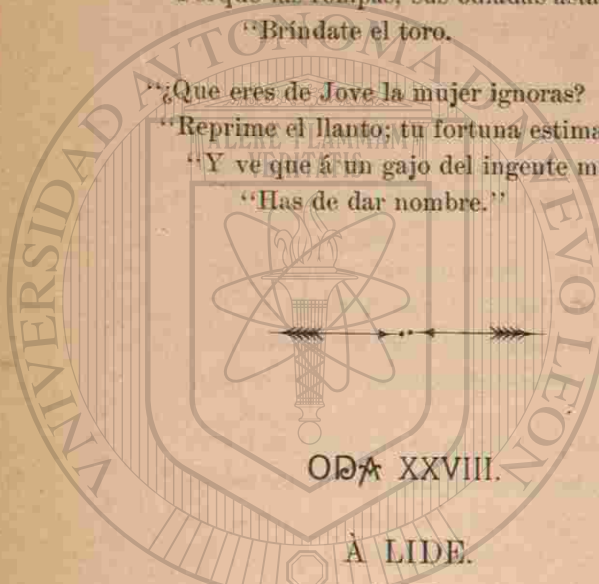
"¡Ah, vil Europa! tu lejano padre
"Te urge infelice; dí ¿por qué no mueres?
"De ese quejigo con aquesa banda
"Cuélgate al punto.

"Ó si te place soportar la muerte
"Entre peñascos y quebradas rocas,
"Entra, bien puedes, entra en la borrasca;
"Échate al ponto..

"De noble sangre, sólo que prefieras
"Á fuer de esclava manejar el huso
"En pueblo extraño, y del varón de tu ama
"Ser concubina."

Pérfida Venus las amargas quejas
Presente oía con burlona risa,
Y á su regazo con el arco flojo
Iba Cupido.

Y cuando la hubo á su placer burlado,
 "Templa, le dijo, tus injustas iras;
 "Porque las rompas, sus odiadas astas
 "Bríndate el toro.
 "¿Que eres de Jove la mujer ignoras?
 "Reprime el llanto; tu fortuna estima;
 "Y ve que á un gajo del ingente mundo
 "Has de dar nombre."



ODA XXVIII.

À LIDE.

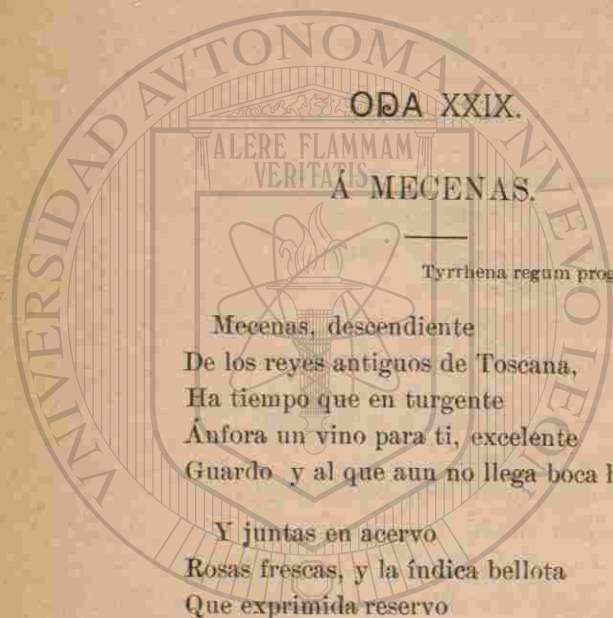
Festo quid potius die

¿Qué puedo hacer más grato y oportuno
 Hoy, día de Neptuno?
 Saca, ágil Lide, saca y haz violencia,
 El cecubo sabrido
 Que encierras escondido,
 Á tu notoria amurallada ciencia.
 Sientes que ya es pasado el mediodía
 Y de la troje fría
 Aun no bajas el ánfora, cesante
 Desde el cónsul Bibulo,
 Cual si con disimulo
 Resistiórase el sol á ir adelante.

Ora en sáficos dulces, ora en yambos,
 Cantaremos entrambos:
 Yo á Neptuno y las verdes cabelleras
 De las Nereides vagas;
 Á ti, la que te pagas
 De con primor herir las placenteras

Rígidas cuerdas de la lira corva,
 Debido es que te absorba
 La titania Latona, y de Diana
 Veloce las saetas
 Que á la espalda sujetas
 Porta aquella hermosura sobrehumana.

À la reina de Gnido y la Cyclada
 Al cerrar la velada
 Cantaremos, que á Pafo ábrese brecha
 En góndola tirada
 Por cisnes de nevada
 Pluma. La noche pide alguna endecha.



ODA XXIX.

A MECENAS.

Tyrrhena regum progenies, tibi

Mecenas, descendiente
De los reyes antiguos de Toscana,
Ha tiempo que en turgente
Ánfora un vino para ti, excelente
Guardo y al que aun no llega boca humana,

Y juntas en acervo
Rosas frescas, y la índica bellota
Que exprimida reservo
Para con su óleo afragantado, acerbo
Tu cabellera ungir que al aura flota.

Húrtate á la tardanza;
No te resignes á mirar de lejos
De Tíbur lo que alcanza
La vista, ó á Esula, ó el monte en lontananza
De Telegón, y apenas en bosquejos.

La abundancia enfadosa
Deja un poco y la torre por ti alzada
En que la nube posa;
Ya no admires el humo en que reposa,
Ni el ruido y prez de Roma venturada.

Á ricos siempre grato
Fué el alternar; y mírase á menudo
Que el limpio insulso plato
Y de los pobres el hogar pacato
De tapices y púrpura desnudo,

Desarrugan la frente
Por el dolor y afanes trabajada.
Mira: el padre fulgente
De Andrómeda mostró su luz latente
Y ya Proción osténtase irritada;

Y del León fogoso
Asoma el signo; meses más serenos
Ya ofrece caluroso
Temprano al levantarse el sol hermoso
Trayendo á zaga los primeros truenos.

Debajo se querella
Rudo el pastor del plátano marchito,
Ó bien sigue la huella
De su lánguida grey que ya resuella
Con fatiga, buscando el arroyito

È hirsutos espinales
Del agreste Silvano; vense mudos
Los agrios carrizales
De la ribera, do ni los australes
Vientos mecen los árboles desnudos.

¡Y tú de Roma en tanto
Por acrecer te esfuerzas el decoro,
É inquietas con quebranto
Qué los bactrianos, qué los seres, cuánto
Apreste el hijo del Tanáis sonoro!

¡Cuán sabio Dios oprime
Con su pesada noche y tenebrosa
En silencio sublime
Los futuros sucesos y reprime
Con risa al que temblar por nada osa!

Equitativo, justo,
Ordenar bien no olvides lo presente;
Ve lo demás sin susto,
Que pasa, como pasa el Tibre augusto
Cuando su linfa corre lentamente

En ciertas ocasiones
Que encerrado en su cauce, el mar toscano
Busca sin elaciones,
Y otras rápido innúmeros peñones
Corroídos arrastra al oceano,

Y troncos que arrebatá,
Y la choza y la grey que envuelve y junta
En cólera insensata,
No sin pasmo del monte que desata
Tal clamor que el oírlo descoyunta;

Y del alta vecina
Selva que al bronco trueno se estremece,
Que se yergue y se inclina
Si el diluvio las siembras extermina
Y los ríos flexibles enfurece.

De sí vivirá dueño
Aquel que siempre al terminar un día
Decir pueda risueño:
Vivi. La esfera envolverá con ceño
Mañana el Padre en parda nube fría

Ó en rayos del sol claro;
Pero no hará jamás que no haya sido
Lo que fué, sin reparo,
Ni nunca deshará por caso raro
Lo que trajo una vez el tiempo ido.

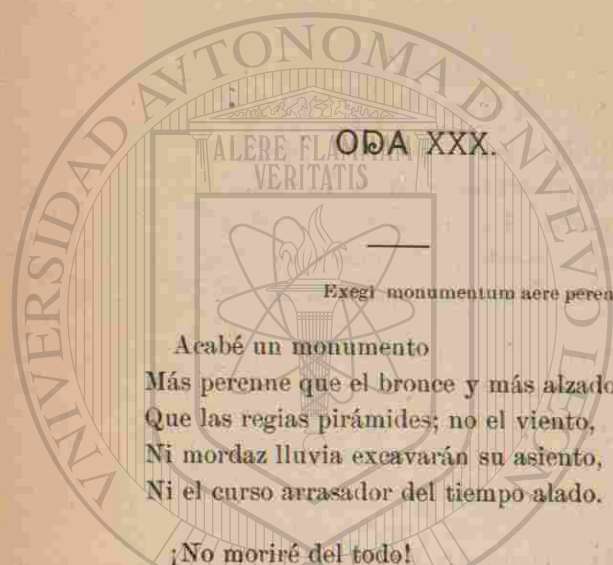
Benigna la fortuna
Y con su empleo crudo satisfecha,
Se divierte importuna
Y tenaz en abrir salida alguna
Á los vanos honores que otro acecha.

Si enmarida conmigo,
Alábola; si vuela acelerada,
Con mi virtud me abrigo;
Le vuelvo lo que dió; y amo y bendigo
Á la pobreza que á mí me indota.

Pues no á mi genio place,
Cuando al empuje de Áfrico sañudo
Rechina y se deshace
El mástil, esperar el desenlace
Con misera plegaria por escudo

Y pactar por un voto,
Que no la cipria y tiria mercancía,
De algún piélago ignoto
Del Austro por excesos y del Noto,
Entre en el seno cual riqueza mía.

Entonces, sin apuro
Con el auxilio de birreme barca,
Por el Egeo obscuro
El aura ha de llevarme tan seguro
Y Pólux con su hermano, como en arca.



Acabé un monumento
 Más perenne que el bronce y más alzado
 Que las regias pirámides; no el viento,
 Ni mordaz lluvia excavarán su asiento,
 Ni el curso arrasador del tiempo alado.

¡No moriré del todo!
 Del funéreo ataúd la parte noble
 De mi sér huye por extraño modo;
 Y he de ver alargarse el período
 De mi vida, ceñido en lauro y roble.

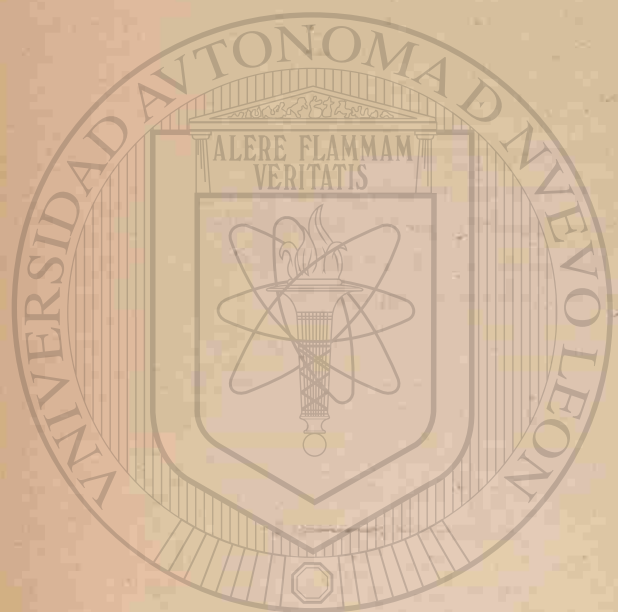
Seré, mientras airosa
 Cobije al mundo del romano solio
 La bandera temida y gloriosa,
 Y mientras con la virgen silenciosa
 El pontífice ascienda al Capitolio.

Me veré ennoblecido
 Donde resbala túmido el Ofanto
 Con temeroso y asordante ruido,
 Y donde riega el Dáuño empobrecido
 Agrestes pueblos sin verdor ni encanto,

Por haber el primero,
 Aunque de humilde y misero linaje,
 Vertido fiel con amoroso esmero
 Versos colios al latín austero
 Dándoles rico y áulico ropaje.

Melpómene, tu gloria
 Por mis afanes, gózate, hoy empieza;
 Viva conserve el mundo tu memoria;
 Y ciñe en prenda de ínclita victoria
 Con el délfico lauro mi cabeza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



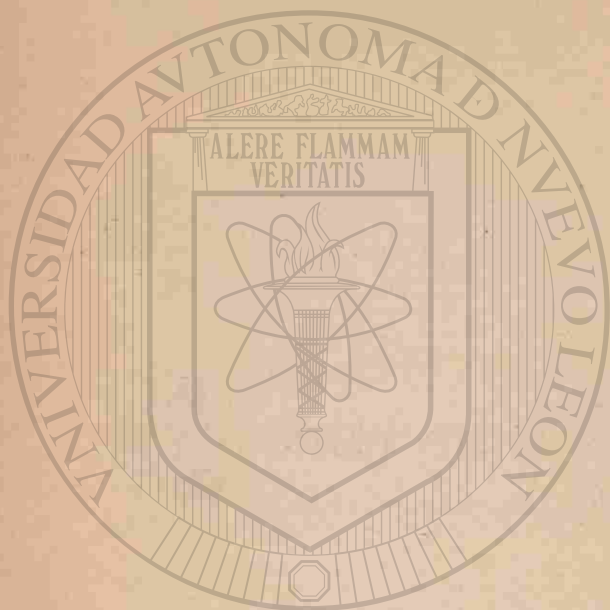
UANL

Libro cuarto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ODA I.

Á VENUS.

Intermissa, Venus, diu

Por largo tiempo ausente
 Tornas, Venus, de nuevo á la batalla.
 Te suplico, te ruego ¡sé clemente!
 No como en días de Cinara ardiente
 Tengo el mismo vigor, la misma talla.

Deja, de los Cupidos
 Madre crüel, tan desastroso empeño
 Por doblarme á tus goces fenecidos
 Ya en mi décimo lustro: mis sentidos
 Palpan del tiempo el fuvibundo ceño.

Ve ligera en buena hora
 Á donde eres de jóvenes llamada
 Por eterno rogar con voz sonora.
 De tus cisnes el ala voladora
 Cual púrpura oriental abrigantada,

Haz que te lleve al punto
 De la casa de Paulo á los festines,
 Que allí no hay duda encuéntrase el conjunto
 De lo que anhelas: Máximo es trasunto
 De tus caros antiguos paladines.

Es noble y comedido,
Defensor elocuente de los reos,
En cien artes maestro distinguido;
Y ampliamente, lo tengo así creído,
Ha de mostrar al mundo tus trofeos.

Y si vencido queda
Su émulo vil y pródigo y potente,
Y él te mira burlón con risa leda,
Cabe el lago de Albano, en la arboleda,
Bajo techo de cidro reluciente,

Bella estatua marmórea
Te erigirá, do el humo del incienso
Perenne suba á tu nariz corpórea
Y tanto, tanto que ni el mismo Bórea
Logre turbarle por copioso y denso.

Con supremo deleite
De la flauta y la lira el blando acento
Escucharás y el canto sin afeite,
Que como en agua súbese el aceite
Ha de vencer al músico instrumento.

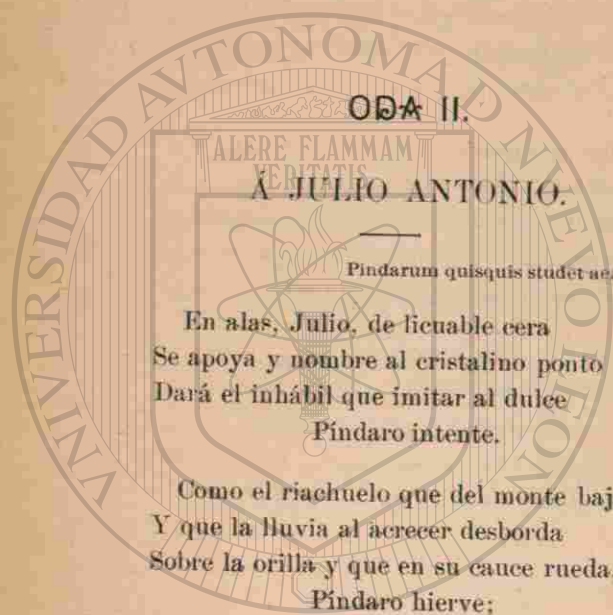
Y dos veces por día,
De los salios siguiendo la costumbre,
Herirán con denuedo y alegría
Las vírgenes y niños á porfía
Con pie cándido el suelo; y la techumbre.

Resonará las voces
Que bendigan tu nombre soberano.
De amor lúbrico hostíganme los goces,
Del mutuo amor las dudas son atroces
Verdugos, la esperanza un juego vano.

Ya para libar vino
No acepto desafíos, ni mis sienes
Corono en hiedras y en laurel divino
Y en las flores recientes que mezquino
Riega el abril del campo en los andenes.

Mas ¡ay! ¿por qué una gota
De ardiente lloro surca mi mejilla?
Mi facundia habitual, ¿por qué se agota
Sin que deje á mi lengua ni una nota
El súbito silencio que la humilla?.....

¡Oh Ligurino duro
Cuanto voluble! en el nocturno sueño,
Ya te miro venir, ya me apresuro
Por seguirte en el Marcio ¡engaño puro!
O del Tibre en las ondas ¡vano empeño!



En alas, Julio, de ficuable cera
Se apoya y nombre al cristalino ponto
Dará el inhábil que imitar al dulce
Píndaro intente.

Como el riachuelo que del monte baja
Y que la lluvia al acrecer desborda
Sobre la orilla y que en su cauce rueda,
Píndaro hierve;

Y es siempre digno del laurel de Apolo,
Ora introduzca en ditirambos suaves
Nuevas palabras y de ritmos use
Sueltos de reglas;

Ora á los dioses y á los reyes, hijos
De dioses cante, que con muerte aciaga
Á los Centauros y Quimera horrible
Justos castigan;

Celebre aquellos que la palma olímpica
Cual dioses, claros á su casa torna,
Ó al púgil diestro y al ligero y noble
Équite cante;

Y á entrambos honre con mejor memoria
Que cien estatuas, en sus versos dignos,
Ó al joven plañía que á la esposa triste
Fué arrebatado;

Y su denuedo, robustez y fuerzas,
Y sus costumbres de la edad dorada
Lleve á los astros, y del negro y crudo
Orco le libre.

Una aura, Antonio, poderosa, etérea
Lleva en sus alas al tebano cisne
Cuando se cierne donde el alta nube
Rápida gira;

Mientra, el instinto remedando y modo
De la matina susurrante abeja
Que del tomillo las delgadas mieles
Liba del bosque

Por las orillas con trabajo inmenso,
Aquí, á la margen del rociado Tíbur
Bajo los sauces, operosos cantos
Mínimo entono.

Á César noble cantarás, poeta,
Con mejor plectro, si en laurel ceñido
La vía sube y cual trofeo sigue
Rudo el sicambro.

Nada más grande ni mejor que el César
Dieron los hados y benignos dioses,
Ni darlo pueden, aunque al mundo vuelvan
De oro los siglos.

Tú, canta, canta los dichosos días
De Roma y juegos, por haber logrado
Que torne Augusto y que el desierto foro
Se abra á los juicios.

Un eco, entonces, de mi voz humilde
(Si es que algo digo que escucharse pueda)
Ya vuelto el César, sonará: *¡Sol bello,
Digno de gloria!*

Mientras triunfante la ciudad recorres,
¡Viva, mil veces clamaremos, viva!
Y ofreceremos á los dioses justos
Másculo incienso.

Tú, con diez toros y con diez terneras
Que sacrifiques, cumplirás tu voto;
Á mí, tan pobre, presentar me es dado
Sólo un novillo

Quitado ha poco á la mugiente madre,
Y que entre hierbas se apacienta largas
Y que en la testa con primor los cuernos
Curvos remeda

De tenue luna en el tercero día
De la creciente; y que es de piel lustrosa
Y leonada, que manchó tan sólo
Cándida estrella.



ODA III.

Á MELPÓMENE.

Quem ta, Melpómene, semel

À quien ves tú con célica mirada,
Melpómene sagrada,
Al punto de nacer, no hará famoso
Púgil el istmio juego;
Ni llevarále en griego
Carro, cual vencedor, corcel airoso.

Ni al Capitolio, bélica victoria
Le mostrará con gloria
Como á ínclito caudillo, coronado
En el laurel de Delos,
Porque hubo en sus desvelos
À índico rey y tímido abajado.

Sino antes bien: las aguas cristalinas
Que bañan las colinas
De Tívoli feraz, de erguido roble
Y de palma altanera
La rubia cabellera,
En cólicos versos le harán noble.

De Roma, la primera en excelencia,
La clara descendencia,
De los vates se digna en los serenos
Coros anumerarme;
Dejan ya de envidiarme
Y el diente roedor me hiere menos.

¡Oh Piérde, que riges con decoro
De esta mi lira de oro
El meliflúo, gratísimo sonido,
Oh tú, que á mudos peces
Pudieras dar á veces
La tierna voz de cisne dolorido!.....

¡Lo debo todo á ti! Si al pasar quedo
Me apuntan con el dedo
Como á quien tañe de agradable modo,
El vivir sosegado,
Y el agradar, si agrado,
Á ti, Piérde, á ti lo debo todo.

ODA IV.

ALABANZAS DE DRUSO.

Qualem ministrum fulminis alitem

Como al ave divina
Del rayo vengador ministradora
(Á quien excelso Jove que domina
Á los dioses cual rey, justo decora
Al fiarle las graves
Ínfulas del gobierno de las aves,

Después de muy probada
Su lealtad, del rubio Ganimedes
En la metamorfosis celebrada)
De musgoso peñasco y de las redes
Del nido echaron fuera
El vigor patrio y juventud primera,

Extraña á las labores
De la vida; y los céfiros vernaes,
Alejados los nimbos tronadores,
Á la medrosa, á hacer esfuerzos tales
Enseñaron, que al suelo
Sin dar los ojos, descogiera el vuelo;

Sobre imbele rebaño
El ímpetu vivaz, como enemiga
Después lanzóla; y lleva ahora el daño
Por amor del sustento y la fatiga
De la guerra, á flexibles
Luchadores dragones y temibles;

Ó como al león tierno
Destetado, de entre algas florecientes
Cabrilla ufana á la que apunta el cuerno
Ve, al presentir que por aquellos dientes,
Hoy débiles, herida
Más tarde perderá la dulce vida,

Vindélicos y Retos
Á Druso el grande vieron asombrados
Desde sus chozas y campestres setos
Á raíz de los Alpes levantados,
(Nevada y hosca sierra,)
Á toda la comarca mover guerra.

Nó es dable saber todo:

É ignoro yo de donde á estos guerreros
Venirles pudo la costumbre y modo
De por armas llevar corvos aceros,
(La robusta amazona
Segur, como la fama la pregoná,)

Ni averiguarlo quiero.

Mas, por siglos y en amplias extensiones
Del vencedor con el mirar severo
Á pueblos domeñaban y naciones;
Y hoy que doblan la frente
Ante un joven magnánimo y valiente

Vencidos, muy despacio

Meditan lo que alcanza el buen talento,
La índole, de uno que nació en palacio;
Y el amor paternal de Augusto, atento
Á las inclinaciones
De los mancebos ínclitos Neronés.

El fuerte, por el fuerte

Es engendrado; yérguense el novillo
Y el ágil potro sin temer la muerte,
Y altivos muestran el paterno brillo:
Á tórtola que gime
Nunca ha empollado el águila sublime.

Un natural hermoso

Crece por la cultura; la esmerada
Educación al pecho vigoroso
Robustece; si mírase humillada
La virtud, con presteza
El natural abate la cabeza.

Qué les debas, oh Roma,
Á los Neronés, dígallo el Metauro
Espúmeo río, dígallo la loma
Donde Asdrúbal dejó la vida y lauro,
Y aquel hermoso día
En que el Lacio otra vez resplandecía,

La tiniebla fugada,
Y único fué que se miró risueño
Por la victoria militar lograda,
Desde que Aníbal con amargo ceño,
Cual la flama en la tea,
Encima de la Italia galopea,

Ó como el Euro insano
En las ondas equita sicilianas.
De esto después, creció el joven romano
Con labores felices; vense ufanas
Por nuestro noble anhelo,
De dioses las estatuas que en el suelo

Derribadas yacían
Por el feroz cartaginés impio,
Quien, nuestros témplos que antes se veían
El viento hender, en ciego desvarío
Devastó con tumulto
Y á la profanación juntó el insulto:

“Nosotros como ciervos

“Presa de rapaz lobo, perseguimos,”

Dijo el pérfido Aníbal, “á protervos

“Que llaman sin rubor frutos opimos

“A la fuga y engaño

“Que tornan hábilmente en nuestro daño.

"Esa raza no inerte
 "De Toscana en los mares combatida,
 "Quemada Troya, en otra Ilión convierte
 "La Ausonia y de traer no se descuida
 "Con afanes prolijos
 "Dioses, padres, ancianos, y á los hijos.
 "Como la encina añosa
 "Del Algido feraz con hoces duras
 "Podada, aquesta raza así rebosa
 "En vigor; y sus raras desventuras
 "Dan base á su firmeza
 "Y su poder aumentan y riqueza.
 "No creció más robusta
 "Tronzado el cuerpo, la Hidra contra Alcides,
 "Que temió ser vencido; ni la adusta
 "Cóiquide, ó Tebas hecha por ardides
 "De Aquión, gigante horrendo,
 "Un monstruo produjeron más tremendo.

"Si en los mares le hundes
 "Torna á la superficie muy más brío; y
 "Y si con él contiendes te confundes
 "Al ver que vence al vencedor glorioso:
 "Batallas horrorosas
 "Emprenderá que narren las esposas.
 "Que ya no envíe á Cartago
 "Ampulosas noticias, no os asombre.
 "¡Murió, murió con formidable estrago
 "Quien la esperanza fué de nuestro nombre!
 "¡Acabó nuestra suerte
 "Del africano Asdrúbal con la muerte!"

No quedará obra alguna
 Que deje sin concluir la claudia mano,
 De Jove bajo la égida oportuna
 Que los defiende del furor humano.
 De guerra en caso agudo
 La ciencia militar será su escudo.

ODA V.

Á AUGUSTO.

Divis orte bonis, optime Romulae

Oh tú, nacido de los dioses buenos
 Por gracia, en los serenos
 Campos de Italia, Augusto peregrino,
 Custodio del linaje
 De Rómulo, el viaje
 Ya es largo, largo. ¡Acórtese el camino

Y ven! De Padres al concilio santo
 En la hora del quebranto,
 Al punto de partir, pálido, triste,
 Segura, pronta vuelta
 Con firme voz resuelta
 Por consolarlos téntrico ofreciste.

Á tu patria devuelve el claro brillo,
 Oh máximo caudillo;
 Que si contempla el pueblo tu semblante,
 De entrada primavera
 Florida á la manera,
 Sin nube el sol asoma y coruscante.

Cual llama con el voto, agüero y preces
 La madre muchas veces
 Al joven hijo ausente, á quien reacio
 Con hálito envidioso
 Tiene el Norte en reposo
 Tras la líquida estepa del Carpacio

Por tiempo muy mayor que el año entero
 Y lejos del primero
 Dulce hogar, siempre pone la mirada
 En la corva ribera,
 Así la patria espera
 Y al César busca triste, desolada.

Los valles cruza sin recelo el toro
 Llenos de espigas de oro
 Por Ceres y la próspera Abundancia;
 Y encima el mar tranquilo
 De los nautas asilo,
 Corre la nave y corta la distancia.

La Fe no vaga expuesta á crudo engaño
 Hoy, ni teme tal daño;
 No mancha el adulterio los hogares;
 Porque le echaron fuera
 La Julia ley severa
 Y las sanas costumbres regulares.

Hoy míranse las madres respetadas,
 Queridas y alabadas
 Porque los hijos sonles semejantes;
 Y á la culpa atrevida
 La pena merecida
 Persigue á más andar, no van distantes.

Viviendo el César ¿quién al parto evita?
 ¿Quién al helado escita?
 ¿Quién á los fieros monstruos de Germaña?
 ¿Y quién necio se aferra
 En que han de hacernos guerra
 Los mílites feroces de la España?

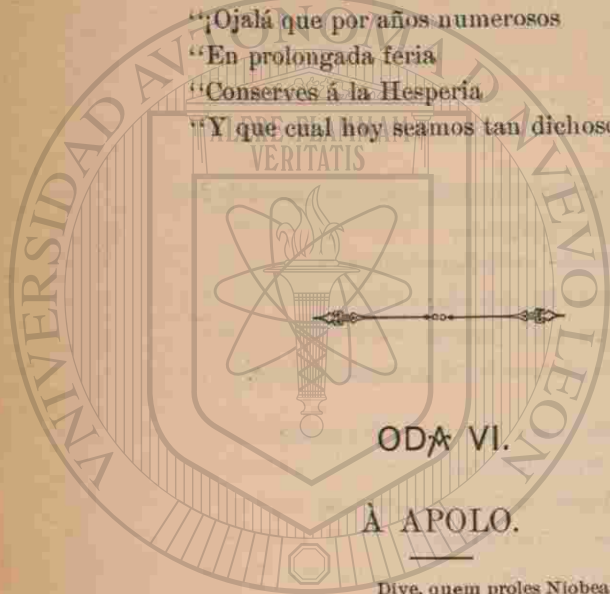
Hoy quien lo quiere, pasa en sus collados
 Frondosos y regados
 De sol á sol; en árboles sin fruto
 Purpúrea viña enreda;
 Y sin que nada pueda
 Cortarle el paso en el sendero enjuto,

Alegre torna al vino confortante;
 Con pecho palpitante
 En el festín de la segunda mesa
 Un nuevo dios te llama
 Y con preces derrama
 Dulce el licor y de libar no cesa.

Tu nombre junta al de los dioses lares
 Enfrente á los altares
 Caseros como Grécia, y con memora
 Que á Cástor y á su Alcides
 Preciados adalides,
 Honró con alabanza seductora.

De beber antes, cuando de oro y grana
 En solio á la mañana
 Nacido el sol se yergue soberano,
 Y al acabar el día,
 Allá en la lejanía
 Cuando vemos que toca el océano,

Decimos á una voz en la comarca:
 "¡Oh grande y buen monarca!
 "¡Ojalá que por años numerosos
 "En prolongada feria
 "Conserves á la Hesperia
 "Y que cual hoy seamos tan dichosos!"



ODA VI.

À APOLO.

Dive, quem proles Niobeae magnae

Dios, cuya fuerza de la triste Niobe
 Los tristes hijos á probar llegaron,
 Castigo justo de su inicua y libre
 Improba lengua,

Y Ticio impuro y de la insigne Troya
 El Pto y casi vencedor Aquiles,
 Mayor que todos y á tu lado apenas
 Milite parvo,

Aunque nacido de la madre Tetis
 Marina diosa, y que pugnaz hería
 Dardánias torres con tremenda, aguda,
 Rígida lanza;

Él, como pino por filoso hierro
 Cortado, ó bien como el ciprés por Bóreas
 Cayó á lo largo y reclinó en la tierra
 noble la frente;

Él, escondido en el caballo, exvoto
 Falso que ofrecen á Minerva sacra,
 No, á los aquivos por su daño á torpes
 Lúbricas fiestas

Dados entonces, no engañara diestro,
 Y ni al palacio del vetusto Priamo
 Entretenido en admirar las muelles
 Fáciles danzas;

Sino leal y sin doblez infame
 ¡Ah crimen! ¡ay! á los pequeños niños
 Que hablar no pueden, al vencer al rudo
 Dárdano fuerte,

Quemar osara y á los no nacidos
 Que aun se escondían en el albo seno
 De joven madre, si es que no por preces
 Férvidas tuyas

Y por clamores de Citérea diva
 Rendido el Padre de los dioses altos
 Viniera en otros, conceder á Eneas
 Válidos muros.

¡Maestro, Apolo, de la lira corva
 Que voces das á la sin par Thalía
 Y que en el Janto los cabellos de oro
 Plácido lavas.

Oh Agéio suave, conservando acrece
La fama y honra de la musa dulce
Que á Daunia agreste mi lugar nativo
Púdica ampara!

Apolo dióme de su grado el estro,
Apolo dióme de trovar el arte,
Y el nombre claro de gentil poeta
Diómele Apolo.

Virgenes puras, inocentes niños
Del amor fruto de preclaros padres
De quienes cuida la venusta diosa
Tácita Delia,

La que persigue á corredores linceos
Y ágiles ciervos con el arco adunco,
La rima lesbia conservad y el golpe
Rítmico y grato

De mi pulgar; al hijo de Latona
Ritualmente celebrad y aun á ésta
Que de faz cambia, para el campo y frutos
Húmeda y larga;

Y que veloce los fugados meses
Retorna canta á su eternal principio.
Tú, ya casada, niña hermosa, acuerda
Flébil y exclama:

*Yo al fin de siglo, en los solemnes días,
De Horacio el vate recité los versos
Á Diana gratos, gratos al divino
Délfico Apolo.*

ODÁ VII.

À TORCUATO.

Diffugere nives: redeunt iam graminis campis,

Aléjase la nieve,
Torna al campo feraz la hierba amante,
Los árboles en breve
La cabellera undante
Sueltan, y el mundo cambia de semblante;

Y menguadas sus linfas,
Se encauza el río; de una y otra hermana,
La Gracia y de las Ninfas
En consorcio, liviana
Los coros guía y en danzar se afana.

No esperes en la vida
Cosa inmortal: lo advierte el año instable
Pasando de corrida
Y la hora variable
Que el día te arrebató más amable.

Suavízanse los fríos
Con Favonio; á la dulce Primavera
Persiguen los Estíos;
Y á éstos su cabellera
Sacudiendo el Otoño lisonjera;

Y el perezoso Invierno
Viene después. Las lunas en su vago
Lucir y cambio eterno,
El lamentable estrago
Reparan prontas con celeste halago.

Nosotros, si caímos
Do el pío Enea y Tulo el opulento
Y Anco, cual polvo huímos
Que va á merced del viento,
Y cual sombra que pasa en un momento.

¿Quién sabe, ó saber puede
Si el alto Dios, del tiempo de mañana
Una hora le concede,
Sobre la suma vana
De años que hoy pierde con torpeza insana?

Lo que dieres ahora
De tu caudal con ánimo piadoso,
Huirá la escrutadora
Mirada del gozoso
Heredero que acecha codicioso.

Y cuando hubieres muerto
Una vez sólo, y Minos la sentencia
Pronuncie, nunca al puerto,
El linaje y clemencia
Te volverán, Torcuato, ó la elocuencia.

Con dolor de Diana
Á Hipólito retiene cual trofeo
La inferna sombra vana:
Ni logra abrir Teseo
Á Piritóo las puertas del Leteo.



ODA VIII.

Á CENSORINO.

Donarem pateras grataque commodus,

Á mis amigos diera
Regalos provechosos, Censorino;
Copas de verdadera
Límpida plata, en bronce y oro fino
Estatuas modeladas
Y fundidas por manos afamadas;

Yo les diera vasijas
De tres pies, galardón del héroe griego;
No por ello te aflijas:
Que si yo fuera rico, desde luego
Tendrías buena parte
En esas obras que produce el arte;

Ya de aquellos primores
Que remeda Parrasio en lisa tabla
Con disueltos colores;
Ya de un Escopas que tan sólo el habla
No da á la piedra inerte
Cuando esculpe algún dios, ó un hombre fuerte.

Mas, tal poder no tengo,
Ni tú de aquestos dones necesitas:
Que eres de ánimo luengo
Y posees riquezas infinitas.
Con los versos te arrobas,
Y yo dar puedo y valorar las trovas.

Nosotros, si caímos
Do el pío Enea y Tulo el opulento
Y Anco, cual polvo huímos
Que va á merced del viento,
Y cual sombra que pasa en un momento.

¿Quién sabe, ó saber puede
Si el alto Dios, del tiempo de mañana
Una hora le concede,
Sobre la suma vana
De años que hoy pierde con torpeza insana?

Lo que dieres ahora
De tu caudal con ánimo piadoso,
Huirá la escrutadora
Mirada del gozoso
Heredero que acecha codicioso.

Y cuando hubieres muerto
Una vez sólo, y Minos la sentencia
Pronuncie, nunca al puerto,
El linaje y clemencia
Te volverán, Torcuato, ó la elocuencia.

Con dolor de Diana
Á Hipólito retiene cual trofeo
La inferna sombra vana:
Ni logra abrir Teseo
Á Piritóo las puertas del Leteo.



ODA VIII.

Á CENSORINO.

Donarem pateras grataque commodus,

Á mis amigos diera
Regalos provechosos, Censorino;
Copas de verdadera
Límpida plata, en bronce y oro fino
Estatuas modeladas
Y fundidas por manos afamadas;

Yo les diera vasijas
De tres pies, galardón del héroe griego;
No por ello te aflijas:
Que si yo fuera rico, desde luego
Tendrías buena parte
En esas obras que produce el arte;

Ya de aquellos primores
Que remeda Parrasio en lisa tabla
Con disueltos colores;
Ya de un Escopas que tan sólo el habla
No da á la piedra inerte
Cuando esculpe algún dios, ó un hombre fuerte.

Mas, tal poder no tengo,
Ni tú de aquestos dones necesitas:
Que eres de ánimo luengo
Y posees riquezas infinitas.
Con los versos te arrobas,
Y yo dar puedo y valorar las trovas.

Los mármoles grabados
Con estudiada pública escritura
Por quien los denodados
Capitanes la negra sepultura
Dejan, y nueva vida
Cobran de sus virtudes á medida;

La fuga acelerada
De Anibal tan feroz y vehemente,
Que de Roma agobiada
Aléjase á la voz de otro valiente:
Y de la infiel Cartago
El triste incendio y horroroso estrago,

Nunca más conocida,
Nunca dejaron la alabanza y gloria
De quien de la temida
África vuelve, en signo de victoria
Con la sienes opresas,
Que las divinas musas calabresas.

Y tú, buen Censorio,
Por más que obrando bien hayas llenado
Tu glorioso destino
Y te veas de todos alabado,
Nunca tendrás laureles
Inmortales, si callan los papeles.

¿Qué sería del hijo
Claro de Ilia y Mavorte, si envidioso
Un silencio prolijo
Los méritos de Rómulo animoso
Obstinado callara
Y su valor y hazañas no enarrara?

El favor y valía
Del poeta, su lengua poderosa
È ingente valentía
Arrancan de la Estigia temerosa
Á Eaco, y de su grado
En el campo le ponen fortunado.

La docta musa veda
Que del varón que es digno de alabanza,
Con torpe mano pueda
Borrar la muerte el nombre y remembranza;
Y con él se unifica,
Le pregona, enaltece, y glorifica.

Por los vates, Alcides
De Jove en el banquete deseado
Con otros adalides
Logró verse, y del piélago irritado,
En mil peligros graves
Cástor y Pólux libran á las naves.

Y por ellos, ceñido
Baco dirceo con las verdes hojas
De pámpano florido,
En goces puros trueca las congojas
De quien se le encomienda,
Y él le conduce por dichosa senda.



ODA IX.

A LOLIO.

Ne forte credas interitura quae,

Aunque á la orilla del salvaje Aufido
Que deleita el oído
De muy lejos, miré la luz primera,
El verso que con arte
Forjé para la lira, en otra parte
Desconocido hasta hoy, no esperes muera.

Y aunque entre todos el lugar primero
Tenga el meonio Homero,
La de Píndaro docto no se excusa,
Ni la de Simonides,
Ni la de Alceo duro por sus lides,
Ni la de Estesicoro, alegre musa.

Ni ha podido borrarse en tiempo tanto
De Anacreón el canto
De otras edades; aun respira amores
De la eolia doncella
La lira y se querella
Y guarda los confiados ardores;

Ni sola ardióse cual ninguna obscena
La celebrada Helena
De su adúltero amando los cabellos
Rubios, aun ya cortados,
Ni sola de sus trajes recamados
De oro admiró los nítidos destellos

Y la pompa real y comitiva;
Ni con mirada viva
Y certera fué Teucro quien del arco
La saeta espigada
Disparó antes que otros; ni asediada
Se vió Troya una vez por modo parco;

Ni Idomeneo el grande y Estenelo
Asombraron el suelo
Únicos, por sus ínclitas batallas,
Dignos de ser cantados
Estos dos por poetas sublimados,
Sus armaduras, torres y murallas.

No Héctor el agrio, ni el feroz Deifobo
Los primeros del globo
Fueron en recibir mortal herida
Por defender la esposa
Casta, de torpe insidia y afrentosa,
Y en por los hijos arriesgar la vida.

Antes de Agamenón, muchos vivieron
Valientes, que murieron
Y ha siglos yacen, mas sin ser llorados;
Que son desconocidos
Y por la sombra siéntense oprimidos.
¡Por poeta no fueron celebrados!

¡Muy poco dista la virtud oculta
De la inercia sepulta!
No he de dejarte, no, sin alabanza,
Oh Lolio, en mis escritos;
Ni tus trabajos celaré infinitos
Que antes que olvido, piden remembranza:

Dotado estás de un ánimo prudente;
Pausado y diligente
En los negocios; rígido, inmutable
En tiempo bonancible,
Y en el dudoso ó lúgubre, impasible,
Serenó, igual, solícito y amable;

Vengador noble de la fraude avara
Que al dinero con rara
Ficción aleja y que lo absorbe todo;
Y cónsul, no de un año,
Sino de muchos, bueno y sin engaño,
Y recto juez, por admirable modo

Pospones siempre lo útil á lo honesto
Y con altivo gesto
Las dádivas rechazas del malvado;
Y entre hueste enemiga
De aduladores cruzas sin fatiga
Vencedor, bendecido y aun loado.

Tú, sábiamente llamarás dichoso
No al pudiente ostentoso;
Pues que más bien merece el grato nombre,
De bienaventurado,
El que usa cuerdamente de lo dado
Por gracia de los dioses, sabio hombre,

Y que soporta dura la pobreza
Con estoica entereza
Y huye del crimen como el peor daño;
Y sin temer la muerte
Por el amigo ó por la patria inerte
Leal se entrega al invasor extraño.

ODA X.

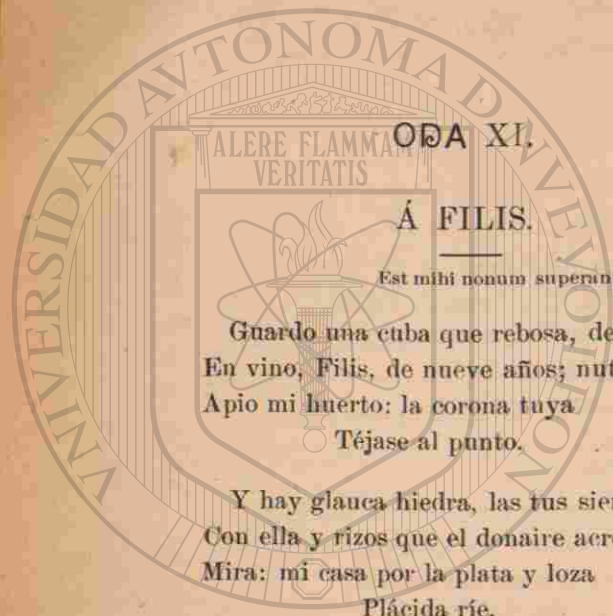
À LIGURINO.

O crudelis adhuc, et Veneris muneribus potens.

¡Joven crúel y vano
Y orgulloso de Venus por los dones!
Cuando el tu bozo rubio mires cano,
Que hoy te exalta entre todos los garzones,
Y sólo perdidizos
Juzgues los que te bañan áureos rizos,

Y la color ajada,
Más bella que de púnicos rosales
Las bellas flores, y tu faz trocada
En ríspida con síntomas fatales
Exclamarás: ¡Ay triste!.....
(Al conocer que no eres lo que fuiste,

Siempre que del espejo
Estés enfrente) ¿cuáles intenciones
Tengo ahora? ¿quédame un bosquejo
De aquellos pensamientos y emociones!
Y ¿por qué estas sencillas
Reflexiones no tienen mis mejillas?



ODA XI.

Á FILIS.

Est mihi nonum superantis annum

Guardo una cuba que rebosa, de Alba
 En vino, Filis, de nueve años; nutre
 Apio mi huerto: la corona tuya
 Téjase al punto.

Y hay glauca hiedra, las tus sienas liga
 Con ella y rizos que el donaire acrecen.
 Mira: mi casa por la plata y loza
 Plácida ríe.

Y con guirnalda de verbena obscura
 El ara vese que anhelante espera
 Ser asperjada con la sangre tibia
 De ánula ofrenda.

Todos se afanan y se estrechan todos;
 Y aquí y allá sin distinción se mezclan
 Con los mancebos las por siempre caras
 Vírgenes puras.

El fuego en lenguas se divide rojas,
 Y arremolina ennegrecido el humo
 Y el hollín prende y el negruzco techo
 Rábido lame.

Y qué zel motivo por acaso ignoras
 Del regocijo? sábelo: estos idus
 Al abril cortan, mes que se consagra
 Único á Venus.

Día solemne, con justicia sacro
 Y mucho más que mis natales propios:
 Hoy mi ventura con nacer Mecenas,
 Mi ídolo, nace.

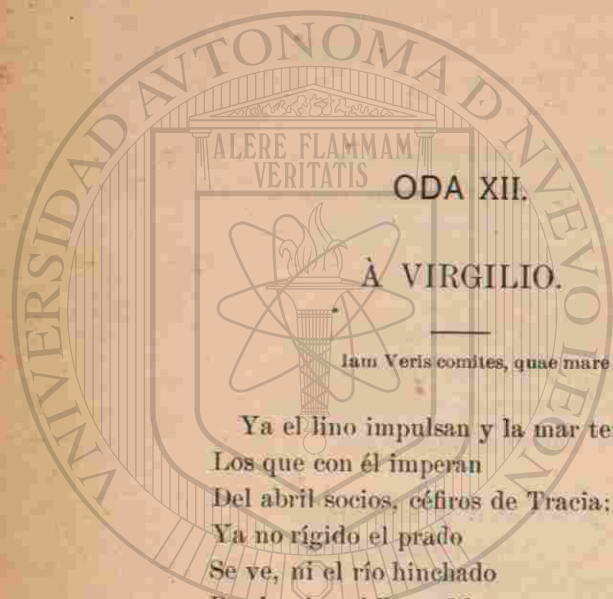
Telefo el joven á quien amas tanto,
 (No de tu alcurnia) de opulenta dama
 Cedió á la astucia y le mantiene preso
 Áurico grillo.

Del sol en medio de los rayos rojos
 Faetonte burla á la esperanza necia;
 Y nos ofrece aligero Pegaso
 Óptimo ejemplo,

Pues no soporta al terrenal ginete
 Belerofonte. Y pues que el uno y otro
 Que ames y sigas lo debido enseñan
 Pávida huyendo

Cual de un delito las impuras bodas,
 Ven, date prisa: ya de mis amores
 El fin se llega. Tras de ti á ninguna
 Févido admito.

Ven pues, y aprende mis sonoros versos;
 Cántalos luego con tu voz amable;
 Y con el canto los pesares rudos
 Tórnense en leves.



Iam Veris comites, quae mare temperant,

Ya el lino impulsan y la mar temperan
Los que con él imperan
Del abril socios, céfiros de Tracia;
Ya no rígido el prado
Se ve, ni el río hinchado
Por la nieve hiberna la voz espacia.

Gemidora por Itis se avecina
Flébil la golondrina,
Cuelga el nido y del Céerope lamenta
El bárbaro delito,
Que por odio infinito
Erró al vengar, y su indeleble afrenta.

Sobre la verde grama que retoña,
Al son de la zampoña
De pingües corderillos los pastores
Sus cánticos derraman
Que placen al dios que aman
Las greyes y de Arcadia los alcores.

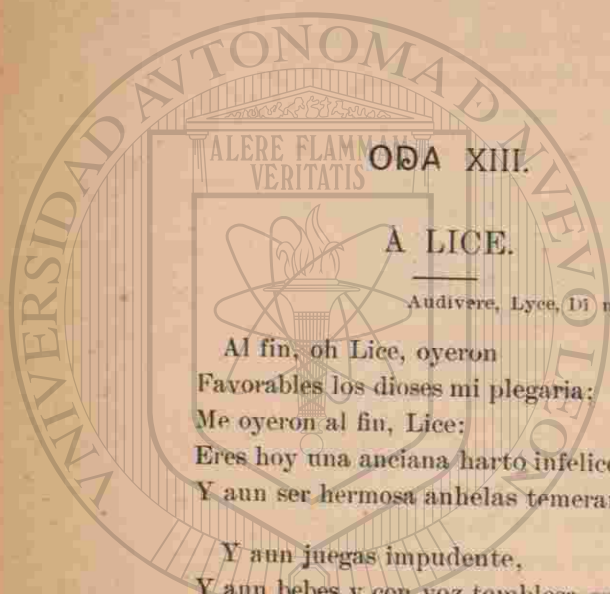
Virgilio, la estación, entre otros males,
Trae sed: y si de Cales
Libar el vino cuadra á tu decencia,
Le habrás por precio doble,
De la juventud noble
Amigo tú, de nardo por la esencia.

Un tenue vaso de ónice y gallardo
Con zumo, que del nardo
La greña atesoró florida y cana,
La cántara jugosa
Sacará que hoy reposa
En la antigua bodega sulpician.

Es no lo dudes, generoso, largo:
El sabor quita amargo
De las penas, que vanse fugitivas;
Ofrece como ciertas
Las esperanzas muertas,
Y en tropel vienen esperanzas vivas.

Si te apresuras á este rogocijo
Por venir, el cortijo
Deja y porta la grata mercancía;
Sin esa prenda de arte
No medito en bañarte
Con mi vino, aunque el áulico lo haría.

Ven sin demora; y tú que el lucro mides,
Déjalo: nunca olvides
La luz funérea que arderá en tu ocaso;
Y mezcla la cordura
Con algo de locura:
Que es dulce el delirar en algún caso.



ODA XIII.

A LICE.

Audivere, Lyce, Di mea vota, Di

Al fin, oh Lice, oyeron
Favorables los dioses mi plegaria;
Me oyeron al fin, Lice:
Eres hoy una anciana, hartos infelice
Y aun ser hermosa anhelas temeraria;

Y aun juegas impudente,
Y aun bebes y con voz temblosa cantas,
Por bebida, inconsciente

Á Cupido llamando, hoy negligente
Porque no de su sitio le levantas,

De las bellas mejillas
De la Quia tan hábil como fresca,
Que tañe á maravillas,
Que está de juventud en las orillas,
Que es en donaire y gracias gigantesca.

Inoportuno él pasa
Y nunca roza en vetusta encina;
Ni aun mira hacia tu casa,
Porque tu glauco diente y la no escasa
Ruga teme y la escarcha blanquecina.

No la esplendente grana,
Ni la rica variada pedrería
Que tu cuello engalana,
Te volverán á la época liviana
Que has llevado fugitivo el día.

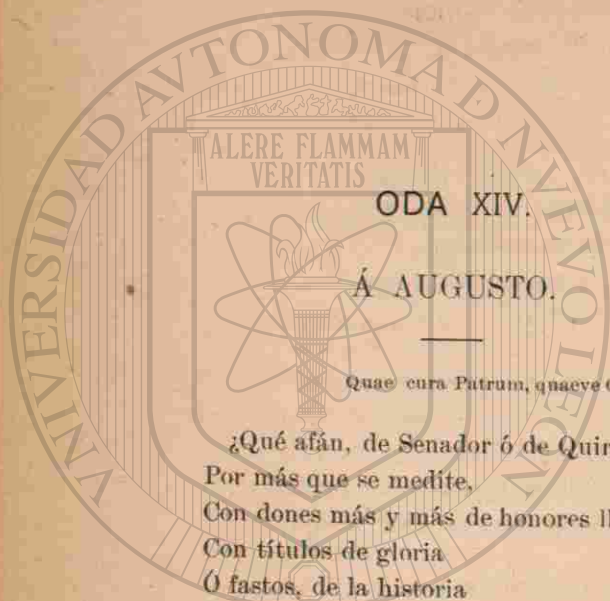
¿Á dónde, á dónde el fuego
Es ido? á dónde ¡ay triste! los colores?
Dónde el garbo, te ruego
Dímelo, con aquel desasosiego
Gentil y no el menor de tus primores?

¿Qué tienes hoy de aquella,
De aquella que inspiró pasión y encanto
Por seductora y bella,
Que en mí mismo dejó perenne huella
De odio y amor, de gozo y de quebranto,

Y que feliz me hiciera,
De aquella mi Cinara sin agravio
Para mí la primera,
Por su grata hermosura y verdadera,
Su noble hechizo, su purpúreo labio?

¡Ay, que de mi Cinara
Breve, muy breve fué la dulce vida!.....
Los hados con avara
Mano segaron su existencia cara,
(¡Tierna flor por el Noto desprendida!)

Mientras de vividora
Corneja gozas los eternos años.
De ti la bullidora
Turba ríe, llamando voladora
Ceniza de una antorcha á tus engaños.



Quae cura Patrum, quaeve Quiritium,

¿Qué afán, de Senador ó de Quirite,
 Por más que se medite,
 Con dones más y más de honores llenos,
 Con títulos de gloria
 Ó fastos, de la historia
 En los campos tan amplios cual serenos,

Qué afán pudiera eternizar ¡oh Augusto!
 Con anhelo el más justo
 Por siglos y más siglos tus virtudes,
 En las regiones donde
 Nace el sol y se esconde
 Del globo en las remotas latitudes?

¡Oh gran monarca! del guerrero Marte
 Hasta donde en el arte
 Llegas tú, los Vindélicos ha poco
 Lo supieron: su ruina
 Por no la ley latina
 Conocer y admitir, cual prueba invoco.

Porque más de una vez valiente Druso
 Al genauno se impuso,
 (Raza insociable), y al veloce breno
 Domó con tus soldados,
 Y los muros alzados
 De los nimbosos Alpes en el seno.

Trabó luego el mayor de los Neronos,
 Terror de las naciones,
 Con los crüeles retos dura guerra;
 Y después, derrotados
 Con favorables hados
 En su terruño ardiente los encierra.

Y era de verse en el combate rudo
 Á cuánto pecho nudo
 Y resuelto infirió mortal herida,
 De los que á la cadena
 Prefieren con serena
 Impasible frialdad perder la vida.

À la manera que furioso el Austro,
 Cuando el celeste Plaustro
 Nubes hendiendo al éter se levanta,
 Las olas alborota
 Indómito y azota
 Las riberas y mástiles quebranta,

Él así denodado y diligente
 Mostrábase é impaciente
 Por batir á las huestes altaneras,
 Y como buen vasallo
 Con bufador caballo
 Hollar del enemigo las hogueras.

Bicorne arremolínase el Aufido
Y sordo, enfurecido
El reino lame de la daunia Apulla
Cuando dañar medita,
Y al fin se precipita
Y el campo anega y árboles magulla.

Y Claudio así, ligero en pos galopa
De la ferrada tropa
De bárbaros que abate con anhelo;
Vencedor sin matanza,
Dos filas con pujanza
Postró (primera y última) en el suelo.

Tú de las tropas dístele el manejo;
Dístele tú el consejo
Y le diste tus dioses favorables;
Pues desde el claro día
En que abrió Alejandría
Rendida, á ti sus puertos deseables

Y palacio vacío, la fortuna
Que muy desde la cuna
Te sigue, al tercer lustro abrió salida
Á bélicos ardides,
Y acabadas las lides
Te dió alabanza y gloria merecida,

Á ti, tutela de la Italia noble,
Que coronado en roble
De Roma insigne acreces el decoro,
De Roma que es ahora
Del mundo la señora
Por su lustre preciada y por su oro,

Á ti admiran el cántabro indomable,
El medo inquebrantable,
Sediento el indio y el errante escita;
Y te oye el fértil Nilo
Que resbala tranquilo
Y mostrar sus orígenes evita;

Y el Danubio y el Tigris soberano,
É inmenso el océano
De monstruos productor, y que se ensaña
Y produce un ruido
Por los nautas temido
En las distantes costas de Bretaña.

Y te veneran con la Iberia fuerte
La Galia que la muerte
Nunca ha temido y los sicambros duros
Que tienen como fiesta
La matanza, y depuesta
Hoy el arma, se juzgan bien seguros.

ODA XV.

ALABANZAS DE AUGUSTO.

Phoebus volentem proelia me loqui

Un blando golpe con su lira Febo
Dióme porque me atrevo
Las guerras á narrar y las ciudades
Tomadas: que es la orilla
Dejar y en ruin barquilla
Del Tirreno explorar las soledades.

Tu siglo, oh César, abundantes frutos
 Dió á los campos hirsutos;
 Devolvió á nuestro Jove las banderas
 Por los partos llevadas
 Y que han sido arrancadas
 De sus puertas distantes y altaneras.

De Jano el templo que labró Quirino
 Libre ya de mezquino
 Duelo y temor de guerra, se ha cerrado;
 Y el nuevo orden erguido
 El freno ha contenido
 Á la licencia; el vicio se ha extirpado;

Y llamadas retornan de otras partes
 Las bellas nobles artes,
 Que el claro nombre y el vigor latino
 En tal grado acrecieron,
 Que á la Italia subieron
 Á la altura eternal de su destino;

Y la fama, el renombre y magisterio
 De este máximo Imperio.
 Su egregia majestad que tanto place
 Y puro el éter hiende
 Y rápida se extiende
 De donde el sol se pone á donde nace.

Siempre que el César los destinos rija
 No es dable nos aflija
 Guerra civil ó extraña, ni que ahuyente
 La paz, ó que la ira
 Que el arma sólo mira
 Enemigue á los pueblos y amedrente.

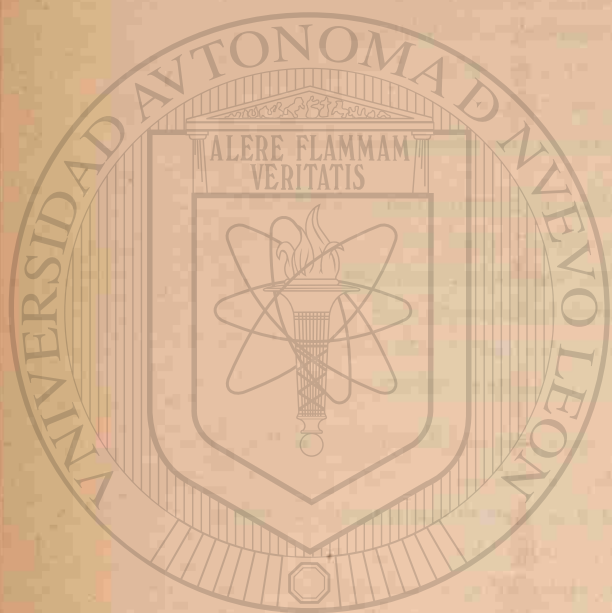
No el que la linfa bebe del Danubio
 Hondísimo, ni el rubio
 Barbárico habitante de la Dacia,
 No los tártaros crueles,
 Ni los persas infieles
 Ni el nacido en los campos de Tarmacia,

Las Julias leyes romperán. Nosotros
 En sacros días y otros
 No festivos, unánimes, en medio
 De las dulces bebidas
 Por Baco producidas
 Con el hijo y la esposa en nuestro predio,

Á los dioses después de haber orado
 Con el rito marcado,
 De antiguos la costumbre, nuestra pauta,
 Siguiendo, á fallecidos
 Guerreros aplaudidos
 Loaremos con verso y dulce flauta,

Con la flauta de Lidia, y á la Troya
 Beligera, á su joya
 Anquises, y á la clara descendencia
 De Venus alma diva,
 Que la pasión aviva
 Y á quien debe el romano la existencia.



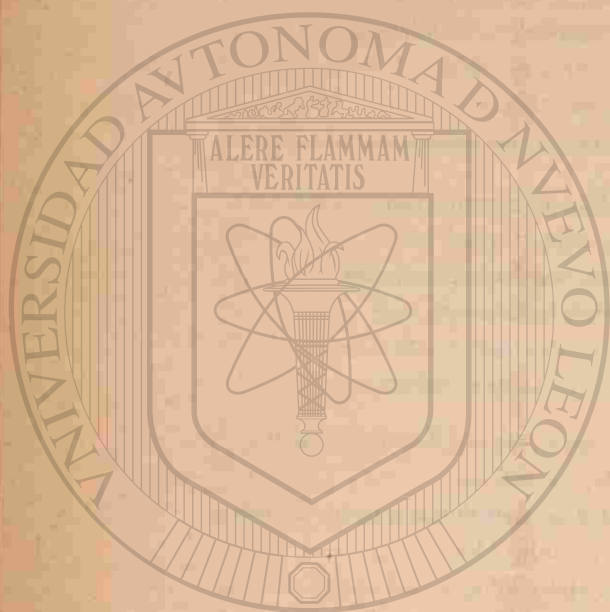


libro Quinto.

LOS VERSOS EPÓDICOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

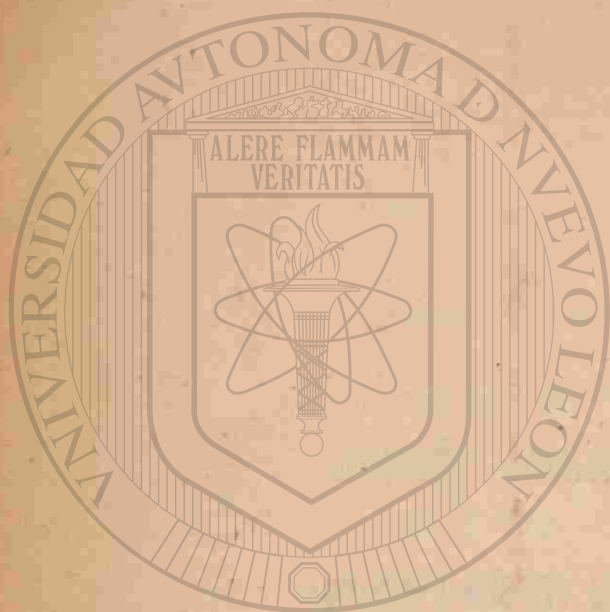


libro Quinto.

LOS VERSOS EPÓDICOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ODA I.

EPODON.

A MECENAS.

Ibis Liburnis inter alta navium.

Irás, Mecenas, caro y dulce amigo
Bajo el seguro abrigo
De alzadas torres en ecúoreas naves
Por afrontar el riesgo ocasionado
Que al César amenace, y de buen grado
Con él á unirte en los peligros graves.

¿Qué haré sin ti, si vivo de tu vida,
Si aquesta me es querida
Y aceptable y alegre y placentera
Tan solamente porque tú respiras,
Y si del negro mundo te retiras
Será me odiosa, detestable, fiera?

Y ausente tú ¿mis ocios literarios
Deleitosos por varios,
Habré de proseguir porque lo ordenas,
Si porque estás conmigo me son gratos,
Si tú escuchas absorto mis relatos
Y me alumbras, me animas y refrenas?

Y habré de someterme en mis dolores
 A estas rudas labores
 Que soportan los hombres adestrados?
 Si, lo haré: y á la Alpina cordillera,
 Del Cáucaso á la nada linsonjera
 Región y á los confines apartados

Iré de Ocaso en busca de la muerte
 Con firme pecho y fuerte.
 Me interrogas: ¿de qué servirme puedo,
 Yo imbele, débil, de salud escasa?
 De nada ó poco; pero siempre pasa
 Que entre presentes atenúase el miedo,

Mayor en los ausentes. Los desvelos
 Del ave y sus recelos
 Son muy menores por la implume cría
 Cuando ella vigilante cubre el nido,
 Aunque el crótalo suba entumecido
 Resbalando con maña y osadía,

Que cuando vuela encima de los prados
 Y los deja fiados
 Á su propio destino: y no porque ella
 Crea que el riesgo ahuyentará presente,
 Pues muy bien sabe que á la vista ó ausente
 Á más no tiene aucción que á la querella.

Estoy con gusto á militar dispuesto
 Y aquí me tienes presto
 Para esta guerra y cuantas la ventura,
 Mientras tengamos vida, torpe mueva,
 Y viva la esperanza el pecho lleva
 De alcanzar el favor por tu finura.

Y no porque mis múltiples arados
 Que yacen hoy, tirados
 Vea yo por mis ágiles novillos
 Innúmeros, ó porque mis corderas,
 De Lucania dejadas las praderas,
 Antes que muestre sus funestos brillos

La Canícula ardiente, trashumantes
 Pasen á las amantes
 Dehesas de Calabria, ó porque quiera
 Que iguale de la Túscula montaña
 Mi casita, por una nueva hazaña
 Los palacios de Circe la hechicera.

Muy más de lo que tengo merecido
 Estoy enriquecido
 Por tu bondad. En enterrar dinero
 No pensaré cual miserable avaro,
 Cual un Chremes, ni á fuer de nieto caro
 No dejaré un fogón á mi heredero.

ODA II.

A MECENAS.

Beatus ille qui procul negotiis,

- “Mil veces fortunado
 “Quien de negocios y de lucro, ajeno,
 “Como el hombre en su estado
 “Primitivo, un terreno
 “Con bueyes propios fecundiza auieno!
 “Que no el clangor le asusta
 “De bélica trompeta, ni el bramido
 “Del mar y saña injusta;
 “Y el foro desabrido
 “Evita y al magnate presumido:
 “Él, de púrpura viña
 “Con el olmo los pámpanos dorados
 “Solicito encariña,
 “Ó en valles apartados
 “De vacas apacienta sus ganados:
 “Ya empuña la guadaña
 “Y en vez de rama inútil otra injerta;
 “Ya los cántaros baña
 “De mieles, y liberta
 “Esquilando al primal, de muerte cierta.

- “Y cuando Otoño asoma
 “La cabeza en los campos, decorada
 “De frutos y áurea poma,
 “¿Cuál goza la pesada
 “Pera al cortar y la uva nacarada!
 “Por tenerte propicio
 “A ti, Priapo, con piadosa mano
 “Las lleva en sacrificio,
 “Y á ti, padre Silvano,
 “De límites tutor y soberano.
 “Ya al pie de añosa encina
 “Gusta yacer, ya encima de la grama
 “Tenaz, y cristalina
 “La fuente se derrama,
 “Y Eco del ave el sollozar reclama.
 “Y murmura el riachuelo
 “Al resbalar, de espuma salpicando
 “Sus márgenes, y el cielo
 “De paso retratando;
 “Y á sueño el ruido le convida blando.
 “Y al bramar en los cerros
 “Sañudo el Bóreas hacinando nieves;
 “Ya encierra de sus perros
 “Seguido, á los alevés
 “Fieros jabatos en las mallas leves;
 “Ya prende en los bohordos
 “De aguda enea, redes y aprisiona
 “Á los golosos tordos
 “Y á pávida orejona
 “Liebre, y á grulla que su afán corona,

“¿Quién, viviendo esta vida,
 “Los infortunios del amor prolijos
 “Y ansiedades no olvida?
 “Más, si los ojos fijos
 “Tiene la esposa en el hogar é hijos,
 “(Cual suele la sabina
 “Ó la consorte del pullés, dorada
 “Por la lumbre divina
 “Del sol) que la llegada
 “Espera del varón con llama alzada;
 “Y que aparta risueña,
 “De mimbres, á la grey, en los cercados;
 “Y las cabras ordeña,
 “Y vinos regalados
 “Ofrece con manjares no comprados.
 “Ni la ostra del lucrino
 “Me agrada más, ni el rombo y el escaro,
 “Si negro torbellino
 “Del mar de oriente avaro
 “Á nuestro golfo los arroja claro;
 “La gallina sidonia
 “Nunca me nutre más, ni más me agrada,
 “Ni la perdiz de Jonia,
 “Que de su árbol cortada
 “La redonda aceituna y sazónada,
 “Ó la verde acedera,
 “Ó la malva salubre que ama al prado,
 “Ó el cordero que fuera
 “Á Término inmolado,
 “Ó el cabrito que al lobo fué arrancado.

“En esas dulces horas
 “¡Cuánto agrada mirar que las novillas
 “Se apacen mugidoras
 “Tronzando manzanillas
 “Cabe el chozo del campo en las orillas!

“¡Y mirar que los bueyes
 “Traen al cuello el reluciente arado
 “De revés, y las greyes
 “De gañanes al lado
 “De la cabaña en escuadrón formado!”

Trocarse en ganadero
 Quiere en los idus usurero Alfio
 Dicho esto; su dinero
 Junta, y con mayor brío
 Ya en las calendas usuraba impío.

ODA III.

Á MECENAS.

Parentis olim si quis impia manu

Alguien que en otro tiempo, quebrantado
 Hubo á su infortunado
 Padre el cuello senil con mano impía,
 Sembró el ajo alcalino
 Mil veces más dañino
 Que la cicuta páfida y bravía.

¡Oh estómagos lapídeos, moledores
De inculcos labradores!.....
¿Quién ingerirme quiso tal veneno?
¿Me dieron por ventura
De víboras la impura
Sangre cocida, de mi prado ameno

Con las hierbas mezclada? ¿Tentó acaso
Por descuido, á su paso
Mis viandas, la hechicera, infiel Canidia?.....
Con ajo untó Medea
Á Jason que tantea
Enyugar á los toros con perfidia;

Á Jason que excedió á los Argonautas,
Que los primeros nautas
Fueron, en garbo y sin igual blancura,
Que dejóla pasmada;
Y de Crëusa untada
Por ella fué también la vestidura:

Y ya vengada alzóse de repente
Sobre alada serpiente.
¿Jamás pasó por la sedienta Apulla
De sus astros bajado
Vapor tan abrasado
Como éste que hoy mi corazón magulla!

No el don maligno del centauro Neso
Causara mayor peso
Ni más ardores á Hércules activo.
Ó mi dulce Mecenas,
Que á veces no encadenas
Tu genio alegre, retozón y vivo,

Si hubieres la hortaliza vil probado,
Que á besar, con enfado
La mano te dé Mirta y no la boca,
Y en alcoba lejana
Aguarde la mañana
De ti lejos, más dura que la roca.

ODA IV.

CONTRA EL LIBERTO MENA.

Lupis et agnis quanta sortito obtigit

La misma oposición que entre el cordero
Hubo y el lobo fiero,
Oh tú, habrá entre nosotros, bien quemado
Muy menos por los soles
Que por los españoles
Latigazos que ostenta tu costado.

Llevas callosos, duros los tobillos
Por los ásperos grillos;
Y aunque andas muy erguido con el traje
Que te apresta el dinero
¿Ignoras, majadero,
Que la suerte jamás trocó el linaje?

Y cuando con difícil hidalguía
Mides la sacra vía
Con la toga caudal de tres brazadas
¿En ti á los transeúntes,
Aunque á ellos no te ayunes,
Clavar no ves libérrimas miradas

De indignación, diciendo: *éste, sangrado*
Por el flagelo airado
De Triunviros á voz de pregonero,
Allá en *Falerno* ara,
Donde la tierra es cara,
Mil yugadas, y cruza muy entero

Cual los de noble altísima prosapia;
Y sigue la vía *Apia*
Caballero en ignípedas caballos,
Y ocupa asaz contento
El levantado asiento
De grandes, en su afán por igualarlos?

¿Y de qué, de qué sirve que las naves
Lleven pesos tan graves
En las planchas bronceas de la prora
En contra de ladrones,
Si éste, éste de varones
Militares tribuna vesé ahora?



ODA V.

CONTRA LA HECHICERA CANIDIA

At, o Deorum quidquid in coelo regit

“Mas.....¡oh todos los dioses que en el cielo
“Gobernáis y en el suelo
“Al humano linaje! ¿qué el tumulto
“Ciego que me rodea,
“Qué significa, qué la turba fea
“Armada contra mí, solo y oculto?

“Por los tus hijos ruégote, inhumana
“Mujer, si es que *Diana*
“Presente vió tus partos verdaderos,
“Por este rojo paño,
“Inútil ornamento que tu amaño
“No domará ni tus instintos ferros,

“Y por *Jove* potente que estas cosas
“Reprobará horriboras.
“¿Por qué, por qué me miras cual madrastra
“Ó como hirsuta bestia
“Ve al labrador que le infirió molestia
“Dándole con el hierro de la rastra?

Apenas hubo hablado el inocente
Niño con balbuciente
Lengua, impúber mirósele, desnudo
Por fuerza del vestido
En un estado tal que enternecido
Hubiera el corazón del trace rudo.

Hecho esto, manda la feroz Canidia,
Que ostenta por insidia
Entrenzados con víboras pequeñas
Los hispídos cabellos,
De la cólquica flama á los detellos
Quemar los descuajados, no de peñas

Sino de fosa y túmulos fatales,
Cabraligos, rituales
De ciprés puntiagudo y funerario
Ramas, huevos y pluma
De mochuelo, mojados con la espuma
Sanguínea del escuerzo solitario,

Y las hierbas que Yolcos y la Iberia
(Que en venenos, miseria
No conocen) frecuentes nos envían,
Y huesos arrancados
De las fauces, y apenas triturados,
De flacas perras que cachorros crían.

Entre tanto, remángase Sagana;
De la avernal fontana
Con turbia linfa el aposento riega,
El cabello pajizo
Levantado, cual muéstrase el erizo
De mar ó el jabalí que huyendo llega.

Sin reprimir remordimiento alguno
Cavaba el suelo bruno
Con grave hierro Veya, que al instante
La tierra amontonaba
Del hoyo al fresco borde, y resoplaba
Á trechos sudorosa y anhelante;

El agujero en donde sepultado
El niño desdichado
Á ser iba, dejada sólo fuera
La parte que se mira
Si en el Tibre, inexperto alguno, gira
Llevado de la barba; por manera

Que tras hórrida y bárbara agonía
Mirando día á día
Y hora tras hora renovar las viandas
Que pusiéranle enfrente,
De inedia sucumbiera el inocente
Víctima de mujeres execrandas;

Y extraer luego el árida medula
Y la substancia nula
Del hígado atrofiado por hechizo
Del vedado sustento
Á la vista, y con ellas al momento
Confeccionar de amor el bebedizo.

No faltaron en Nápoles la ociosa
Y comarca graciosa
Los que osaron creer que tomaría
En tal escena parte
La liviana, maestra en aquel arte
Y natural de Rímini, Folía;

La que del cielo arranca á las estrellas
 Con sus cántigas bellas,
 Cántigas aprendidas en Tesalia;
 La que arranca oportuna
 De su carro de hielo al alba luna
 Cuando cruza la esfera de la Italia.

Así las cosas, la feroz Canidia
 Envuelta en su perfidia,
 El pólce en la boca y con el diente
 Lívido y la quijada
 Royéndose la uña cultivada
 ¿Qué dijo, qué calló la delincuente?

“¡Oh árbitras fieles, válidas é ílesas
 “En todas mis empresas,
 “¡Oh Noche! ¡oh Diana, que el silencio impones
 “Siempre que los arcanos
 “Sacrificios se ofrecen, que no vanos
 “Mis votos sean, lluévanme tus dones!

“Ahora, ahora estad aquí presentes;
 “Verted omnipotentes
 “Ahora vuestro enojo, vuestra ira
 “Encima de la casa
 “De esa rival temida que me abrasa
 “Y que por serme hostil horror me inspira.

“Y que entre tanto las medrosas fieras
 “Del bosque en las severas
 “Sombras se esconden, débiles, llevadas
 “Por dulcísimo sueño,
 “Los canes de Subura con empeño
 “Le ladren entre agudas carcajadas

“Al adúltero infame, al verde anciano
 “Que presuntuoso y vano
 “Se ostenta entre los jóvenes ungido
 “De nardo con la esencia,
 “Y tal, que superior en excelencia
 “No ha de mis manos por jamás salido.

“Mas.....¿qué miro! ¿mis hórridos venenos
 “Son tenidos en menos
 “Que los célebres filtros de Medea,
 “Con los cuales, vengada
 “De aquella concubina levantada,
 “Aunque de Creonte el grande prole sea,

„Huyó, después de darle aquel vestido
 “Que tuvo sumergido
 “Por largo tiempo en sangre corrompida,
 “Y con el que á la esposa
 “Novel, incauta, lúbrica y famosa
 “Por incendio voraz dejó sin vida?

“No hierba, ni raíz jamás me engaña
 “Si en áspera montaña
 “Se me esconde. Mas, él duerme tranquilo
 “En las noches felices
 “De todas las funestas meretrices,
 “A mi despecho, en el untado asilo.

“¡Ah! ¡ah! que el vil incólume se mueve
 “Y fiado se atreve
 “À todo, en los maléficos encantos
 “De otra más docta maga
 “Que los secretos de esta ciencia indaga,
 “Por mí bien conocidos con ser tantos.

"¡Oh cruel Varo, oh pérfido, indecoro!

"¡Oh cuánto, cuánto lloro

"Has de verter, el tiempo de tu vida!

"A apurar voy el arte

"Hasta lo sumo, á fin de propinarte

"Una nueva poción desconocida.

"¡Y acudirás á mí! Perdido el juicio,

"De nada el maleficio

"De la mástica voz podrá servirte.

"Otra peor bebida,

"Otra peor, más tarde, que ingerida

"Te ha de ser, en mi anhelo de afligirte.

"Antes el cielo con la noche en guerra

"Tendrá encima la tierra

"Bajo del mar, que ¡ah Varo! no te enciendas

"De nuevo en mis amores

"Cual en betún los fuegos crujidores

"Avanzan sin estímulos ni riendas."

Quando de hablar cesó la pitonisa,

No con infantil risa,

Como antes, ni con frases lisonjeras

El candoroso niño

La santa compasión, que no el cariño,

Imploraba de aquellas tigres fieras.

Y á manera de aquel á quien se esconde

Atónito, por donde

Rompa el silencio sumo y prolongado,

Con acento celeste

Dejó escuchar la maldición de Tieste

Con agrio ceño y ademán airado:

"Puede el hechizo por doquiera que ande

"Desconcertar lo grande,

"Lo bueno y malo, no á la suerte humana;

"En todas ocasiones

"Os seguiré con justas maldiciones:

"La justa maldición jamás fué vana.

"Luego que espire, pues que muero á fuerza,

"Sin que ninguno tuerza

"Mi paso fácil, os iré al encuentro

"De noche, nueva Furia;

"Y espectro, leve ya incapaz de injuria

"Habréis de verme en vuestras casas, dentro;

"De heriros han mis uñas de diamante

"El pérfido semblante,

"Con poder de los manes; y adherido

"Á la medrosa entraña

"Le acreceré el pavor con doble saña

"Por ahuyentar el sueño apetecido.

"La turba impía por los barrios todos

"Con guijas y con lodos

"Os tirará dejándoos supinas;

"Y los lobos estultos

"Trozarán vuestros cuerpos insepultos

"En lucha con las aves esquirlas.

"¡Ay, qué á mis padres míseros y buenos,

"Ahora de mí ajenos,

"Que avanzan de la vida en el camino,

"Aunque mal de su grado,

"Á la zaga del hijo desgraciado,

"Reserva este espectáculo el destino!

ODA VI.

CONTRA GACIO SEVERO POETA
MALDICIENTE*Quid inmerentes hospites vexas, canis,*

¿Por qué á tu huésped vejas,
Que no merece tan inicuo trato,
Oh can, que vas landrando á las ovejas
Y de los lobos tímido te alejas
Sofoliento y pacato?

Y ¿por qué (si te atreves),
No encaminas á mí tus amenazas
Que parecen inútiles y leves,
Á mí que sé batir á los alevos
Y morder sin mordazas?

Porque yo como el dogo
De Molosia ó el lebel enrojecido
De Laconia, del rudo pedagogo
Campesino consuelo, y desahogo
Del pastor prevenido,

Levantada la oreja
He de subir sobre la nieve y hielo
Que los picachos bañan en madeja,
En pos de la alimaña que semeja
Al ave por el vuelo.

La espesura llenaste
Tú como audaz con temeroso grito
Y al mendrugo arrojado te llegaste:
Cuidate, mira cuidate; en ceraste
Convertirme medito,

Como el yerno burlado
De Licambe el infiel y el enemigo
De Búpalo. Ó que ¿quieres que asustado
Cual niño llore y que al que el diente airado
Me hincó no dé el castigo?

ODA VII.

AL PUEBLO ROMANO

Quo, quo scelesti ruitis? aut cur dexteris

¿Á dónde, á dónde os dirigís malvados,
Ciegos y despeñados?
¿Ó por qué sin rubor tomáis la espada
Escondida en la funda
Con mano tremebunda
Cuando la hermosa paz quedó afianzada?

¿Por acaso en los bosques y en los mares
 No han caído á millares
 Los que con sangre cálida, latina
 Fecundaron el suelo,
 Y no para consuelo
 Estéril del romano y la mezquina
 Inútil gloria, tras de cien batallas,
 De arruinar las murallas
 Soberbias de Cartago, y que con pena
 Bajara por la vía
 Sacra ante turba fría
 El britano ceñida la cadena,

Sino que, muy de acuerdo con los votos
 De los partos remotos,
 Esta ciudad por rica desgraciada,
 Soporte la mancilla
 Que la afrenta y la humilla
 De verse por el bárbaro asolada?

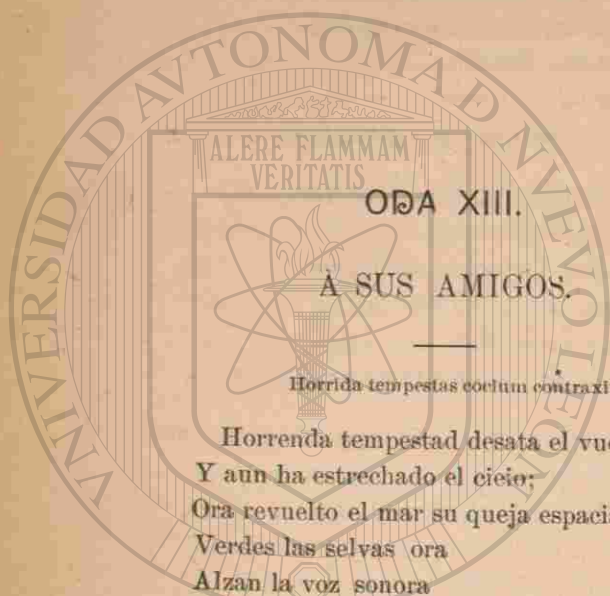
¡Ah! nunca el lobo persiguió á los lobos
 Del monte entre los pobos,
 Ni el león fiero acosa á los leones,
 Que el natural instinto
 Al que les es distinto
 Los lleva á acometer, sin excepciones.

Pues qué ¿nos arrebató por ventura
 Una ciega locura,
 Ó una fuerza mayor que ya se apresta,
 Ó el propio vil delito
 Levanta agudo el grito?
 Dadme vosotros mismos la respuesta.

¿Calláis?.....Se inmutan sólo los semblantes
 Que tiñe por instantes
 Pálido albor, y vense sonrojadas
 Las abatidas frentes;
 Y las heridas mentes
 Sin más salida quédanse pasmadas.

Esta verdad oíd: el hado acerbo
 Con un ingente acervo
 Agobia de infortunios al romano,
 Desde que por la envidia
 Y no por cruda lidia
 Se manchó con la muerte de un hermano.

Desde que la ciudad de uno á otro extremo
 Con la sangre de Remo
 Teñida fué de púnicos matices,
 Porque murió inocente
 Vengativo y doliente
 Se ensaña con los nietos infelices.



ODA XIII.

A SUS AMIGOS.

Horrida tempestas coelum contraxit, et imbres

Horrenda tempestad desata el vuelo
 Y aun ha estrechado el cielo;
 Ora revuelto el mar su queja espacia;
 Verdes las selvas ora
 Alzan la voz sonora
 Porque las bate el Aquilón de Tracia.

Tomemos la ocasión, amigos míos,
 De aquestos días fríos;
 Por mientras tengan fuerza las rodillas
 Y sea conveniente,
 Descojamos la frente
 De la vejez quitando las mancillas.
 ¡Ole, mancebo! ve con sumo tino
 Y saca el dulce vino
 Pisado desde el tiempo en que Torcuato
 Fué Cónsul; ten por cierto
 Que si no hay desacierto
 Yo fui nacido en su periodo grato.

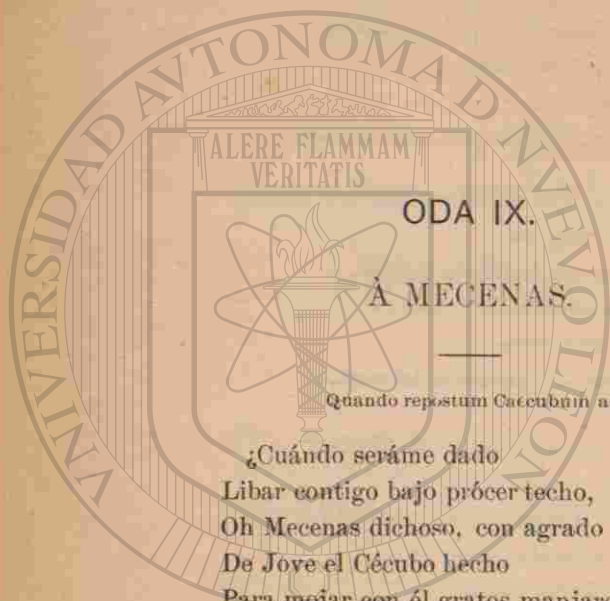
No de penas hablemos. Dios bien puede
 Pues no hay quien se lo vede
 Restituir todo á su primer asiento
 Con blanda alternativa,
 Y salir fugitiva
 La tristeza y dejar paso al contento.

Ahora lo que anhelo y más me agrada
 Es llevar rociada
 Con el pérsico nardo la cabeza,
 Que es lo que nos conviene;
 Y alejar de Cilene
 Con la lira, del pecho la tristeza.

Así el noble Centauro lo decía
 Á Aquiles que le oía
 Porque su alumno fué; "mortal invicto,
 "Oh, de ascendencia honrosa
 "Hijo de Tetis, diosa
 "Que por reina del mar vive en conflicto,

"Te espera la que corta el Arasaco
 "Empobrecido y flaco
 "Y el lúbrico Símoeis callado y frío
 "Infelice comarca,
 "Donde impidió la Parca
 "Que retornaras, con su estambre impío;

"No aunque tu madre límpida y cerúlea
 "Tuviera fuerza hercúlea
 "Te tornará á tu casa. El canto, el vino,
 "Amenguen la crudeza
 "Del dolor que allí empieza,
 "Y el nectáreo coloquio peregrino.



Quando repostum Caecubum ad festas dapes.

¿Cuándo seréme dado
 Libar contigo bajo prócer techo,
 Oh Mecenas dichoso, con agrado
 De Jove el Cécubo hecho
 Para mojar con él gratos manjares,
 Vencedor César, libres de pesares,

Los acordes oyendo
 De doria lira y de la tibia tracia?
 Como cuando el neptúneo íbase huyendo
 Quemados con falacia
 Sus bajeles, minaz, y las almenas
 De Roma humillar quiso y en cadenas.

Al siervo vil quitadas,
 Poner á la ciudad. Hoy el romano,
 (¿Lo creeréis, ah, gentes fortunadas
 Del porvenir?) insano
 Siervo de una mujer, milite lleva
 Las armas, las estacas; y así prueba

Que sirve y servir puede
 Á ancianos espadones. Del sol bello
 La pura luz se afrenta y retrocede
 De la infamia ante el sello
 Que el conopeo, imprime, de otros lares
 Entre nuestras insignias militares.

Volvieron bufadores
 Sus caballos, valientes de Galacia
 Dos mil soldados, vívidos clamores
 Que manso el viento espacia
 Levantando, del César para gloria
 En testimonio de ínclita victoria.

Ya por la parte izquierda,
 Del enemigo ocúltanse veloces
 Atados con tenáz y ruda cuerda
 Los bajeles feroces
 Que sólo ostentan la redonda popa
 En la parte que el mar no los arroja.

¡Oh triunfo, el carro de oro
 Más de lo justo sin piedad detienes,
 Y el lucio, nuevo, inmaculado toro!
 ¡Oh triunfo, no un decoro
 Igual tuviste encima de la tierra
 Ni en la pasada Yugurtina guerra!

Este mayor ha sido
 Que aquel que reportara el Africano
 Á quien el universo agradecido,
 Del valor soberano
 En premio, dió por última morada
 Á la misma Cartago devastada.

Vencido Marco Antonio

En tierra y mar, la púrpura fenicia
Trueca mal de su grado, en testimonio
De que le fué impropicia
La suerte, por la túnica de luto
De su vil arrogancia acerbo fruto.

Acaso él ahora

Á Creta insigne por sus cien ciudades
Arrumba triste la averiada prora;
Y allá en las soledades
Del mar, topa en las Sirtes por el Noto
Combatidas, ó en piélago anda ignoto.

—Solicito mancebo,

Trae las copas limpias y capaces
Y el vino quio y lesbio, mas no nuevo;
Y aquellos que eficaces
Contra la náusea son que presta viene:
Cécubo dame, que esa virtud tiene.

El padecido miedo,

El afán, el solícito cuidado
Que me tuvieron sin vigor y acedo
Todo el tiempo pasado
Por la suerte del César peregrino,
Hoy he de ahogar en delicioso vino.



ODA X.

CONTRA EL POETA MEVIO.

Mala soluta navis exit alite,

¡Las anclas leva con terrible agüero,
Oh nave, que al fruslero
Mevio transpones, y la vela arbola!
¡Acuérdate, Austro alado,
De uno y otro costado
Sañudo flagelar con recia ola!

Vuelva el Euro á la mar de abajo arriba
Y en lo alto de la giba
Disperse jarcías y tronizados remos;
Y el Aquilón despierte
Cual acostumbra, fuerte
Al descuajar los árboles supremos.

En negra noche, favorable estrella
No emita luz, ni huella
Deje brillante cuando Orión declina;
Ni en lo que dure el viaje
Goce de un oleaje
Mejor que la falange peregrina

De los pérfidos griegos vencedores,
Después que sus furores
De la quemada Ilión trasladó Palas
A aquella nave impía
En la que Ajax volvía
De ciclón fiero en las potentes alas.

¡Oh, qué sudor le espera al triste boga
Y al que tire la sogá!
¡Qué palidez mortal á ti aguarda!
¡Qué gritos femeniles
Darás, á los pretilles
Bien asido, pegado, con voz tarda

Llamando á Jove adusto y enemigo,
Al ver que sin abrigo
El seno Jónio remugiendo grave,
Por el húmido Noto
Movido, y sin piloto
Te deja inerte en la rajada nave!

Óptima presa en la ribera curva
Serás para la turba
De mergos en aquellas soledades:
Mientras yo ofrezco un chivo,
Por lúbrico votivo,
Y una oveja á las rudas tempestades.



ODA XIV.

A MECENAS.

Mollis inertis cur tantum diffuderit imis

Es indecible, bárbaro el tormento
Que me causa tu acento,
Oh cándido Mecenas, si preguntas:
Por qué la inercia blanda
Que rodeándome anda
Y la débil memoria bogan juntas.

Como si el tedio entrando en mis sentidos
Me produjera olvidos
De tanta magnitud, cual si con fauce
Árida, de un deseo
Movido, del Leteo
Beber lograra en el dormido cauce?

Un dios y sólo un dios que en mí se hospeda
Es quien por hoy me veda
Concluir y poner lima á aquellos yambos,
Que ésta es la poesía
Que en ya lejano día
Te hube de prometer con gusto de ambos.

De Anacreón se narra, el hábil teyo,
Que á Batilo el plebeyo
De Samos quiso complacer, y tanto,
Que si flébil suspira
Hace sonar la lira
No pocas veces sin limar el canto.

Muy bien entiendo que infeliz te abrasas
Y triste vida pasas;
Confórmate, Mecenas, con tu suerte:
Que es esta nueva joya
Mejor que la que á Troya
Llevó el incendio, el exterminio y muerte.

De mí te digo: (¿habrá quien lo imagine?)
Que la liberta Frine
Con su amor y caprichos me macera;
Y es lo crudo, lo grave,
(Por si lo ignoras, sabe):
Que no me pertenece toda entera.

ODA XV.

À SU AMIGA NEERA.

Nox erat, et coelo fulgebat luna sereno

Era de noche, y pálidos fulgores
La luna entre menores
Astros de la honda esfera difundía,
Cuando al numen mintiendo
Y tristeza fingiendo,
Más adherida á la palabra mía

Que trepadora hiedra á encina augusta
Á la que ávida ajusta
Los débiles zarcillos, así hablabas:
“Por mientras el no huraño
“Lobo al triste rebaño
“Tenaz persiga sobre antiguas lavas,

“Por mientras crudo Orión, del nauta azote,
“El piélago alborote
“En invierno, y la intonsa cabellera
“De Apolo el delio agite
“El céfiro y palpíte,
“De entrambos el amor no esperes muera.”

¡Oh, cuánto mi valor vendrá á dolerte!

Mucho más que la muerte,

Neera. Si hay en Flacco la energía

Al hombre necesaria,

Aunque tú seas varia

No con frialdad, inerte sufriría

Que pase otro contigo aquellas horas

Dulces y halagadoras.

Perseguir debo á mi rival odiado:

No esperes mi constancia

Vencer, si la arrogancia

Entra en mí y el dolor del afrentado.

Tú, quien seas, feliz y soberbio

Que á costa del reposo

Ajeno medras, aunque muchas reses

Poseas y terrenos

Y gramales amenos

Que al recontar los hatos atravieses,

Aunque las aguas todas del Pactolo

Fluyan para ti sólo,

Aunque de aquel Pitágoras nacido

Dos veces, el arcano

Descifres soberano

Muy más que todos hábil y sabido,

Y aunquepreciado venzas á Nireo

En belleza y arreo,

¡Ay! pronto llorarás al verla amada

Por otro de más nota;

Y yo de tu derrota

Reiré con sonora carcajada.

CARMEN SAECULARE.

Phoebe, silvarumque potens Diana,

¡Febo, decoro del fulgente cielo,
Diana, reina de las verdes selvas,
Oh venerandos, venerados siempre,
Próvidos dadnos

Lo que pedimos en el sacro tiempo
En que los versos sibilinos mandan,
Que ilustres niñas é inocentes niños
Cántiga eleven

À las deidades que los siete montes
Aman propicias! ¡Almo sol, que el día
Traes y llevas por la tarde en lento,
Nítido carro,

Que eres el mismo y al nacer pareces
Otro diverso, nunca en tu carrera
Un pueblo veas más feliz que el alta,
Bélica Roma!

Blanda Ilithyia, á los sazones partos
Ritual asiste y de las madres cuida,
Ora Lucina, Genitalis ora
Llámete el mundo.

Acrece, diosa, nuestra raza y junta
De nuestros padres con las leyes otra
Que el matrimonio y la prosapia nueva,
Próspera aumente;

Y que los cantos, el retorno cierto
De once decenas de felices años,
Y ternos juegos diurnos y nocturnos,
Plácido narre.

Parcas, veraces por cumplido augurio,
Juntad aquestos con los otros hados
Y lo augurado, el de las cosas fije
Término estable.

En mies y en hatos pródiga la tierra
De espigas done la corona á Ceres;
Salubre el agua á los corderos nutran
Y húmido el viento.

¡Apolo blando y apacible, ocultas
Las flechas, oye á los orantes niños;
Oye á las niñas, de los astros reina,
Tácita luna!

Si es obra vuestra la preclara Roma
Y si arribaron las troyanas huestes
(Parte obligada á trasladar los lares
É ínclito pueblo

En feliz viaje) á la ribera etrusca,
Y á quien Eneas valeroso y pío,
Sobreviviendo á su infelice patria,
Próspera brecha

Sin mala fraude abríóles entre el fuego
Que consumía á la incendiada Troya,
Para donarles por lo que ellos dejan
Óptimo lucro,

Á la proclive juventud, oh dioses,
Vivir honesto, á la vejez pacata
Reposo, oh dioses, dad y á la del claro
Rómulo insigne

Viril prosapia, inacabable copia
De plata y oro, número ercido
De servidores y vasallos fieles
É ínclita fama.

Y éste que ahora, del linaje excelso
Del frigio Anquises y de Venus diva,
Sobre las aras sacrifica humilde
Cándidos bueyes,

Tenga el Imperio, superior en todo
Y en la batalla al que le fué contrario;
Y que al vencido, vencedor imponga
Vínculo suave.

Ya nuestros bríos teme el rico medo
Por mar y tierra y la segur albana;
Y leyes piden el escita, el indio,
Túmido ha poco.

La fe, la paz, la honra de otros siglos,
La honestidad y la virtud fugada
Osan volver; y la abundancia muestra
Túrgido el cuerno.

Si augur Apolo con el arco adunco,
Siempre loado por las nueve Musas,
Y que con su arte los laxados cuerpos

Rápido anima,

Ve favorable el palatino alcázar,
¡Guarde al Imperio y al dichoso Lacio
Hasta otra edad y mejorando hasta otro

Plácido lustro!

¡Qué la que impera en el sereno Algido
Y excelsitud del Aventino monte,
Las de los quince sacerdotes sacros

Férvidas preces

Quiera escuchar! qué preste compasiva
Fácil oído á los sencillos votos
Que al éter alzan estos apacibles,

Débiles niños!

Retorno ufano á mi morada umbrosa,
Retorna alegre el enseñado coro

De Febo en gloria á modular y Diana

Cánticos suaves.

Pero llevamos la esperanza buena,
Cierta, feliz de que los dioses todos
Sientan lo mismo que el primero de ellos

Júpiter padre.



Por distracción fueron traducidas
dos veces las tres odas que si-
guen; y se incluyen aquí porque
no perezcan.

Á VOLGIO.

Non semper imbres nubibus hispidos

Ode IX. lib. 2º

No siempre obscura nube el cielo empaña
Y en suave lluvia baña

La empobrecida escuálida llanura;
Ni agitan las soberbias tempestades
Del mar Caspio las vastas soledades
Con hórrida bravura.

No siempre el hielo temeroso y cano

Posa la inerte mano

Sobre la arena de la armenia orilla;

Ni sacude los robles y al quejigo

Desnuda de sus frondas, Volgio amigo,

Del Bóreas la rencilla.

Y tú, siempre al hermoso y tierno Misté
Con cantilena triste

Persigues, por la Parca arrebatado;

Ni el fiero amor te deja cuando asoma

Héspero, ó cuando se hunde tras la loma

Antes que el sol dorado.

Aquel Néstor que tres edades viera
Lloró la suerte fiera
De Antíloco, mas no toda la vida;
Ni siempre lamentaron con gemidos
Las hermanas y padres afligidos
De Troilo la partida.

Pon dique á la quierella y sentimiento;
Y con robusto acento
De Augusto César las victorias nuevas
Cantemos, á la par que á los dos ríos,
El Medo y el Nifates, que sin bríos
Lamen las duras glebas

De los pueblos vencidos y humillados
Á que están agregados
Del rudo vencedor por el encono,
Y que cruza en eternas correrías
Por estepas sin límite y baldías
El équite gelono.



Á FIDILE.

Coelo supinas si tuleris manus
Ode XXIII. lib. III.

Si vueltas hacia el cielo
Ambas manos, Fidile campesina,
Levantas cuando el velo
Azulado ilumina
Naciente apenas Febe peregrina;

Si á los Lares aplacas
Con incienso y el fruto que corona
Este año tus opacas
Praderas y que abona
Tu labor, y con ávida lechona;

No sentirán tus vides
El Áfrico dañino, ni tus mieses
Con el tizón en lides
Entrarán, ni reveses
Habrá la grey en los fructuosos meses.

Pues la lucia ternera
Que se apace votiva en el Algido
Nivoso placentera,
Entre el follaje hendido
De carrascas y roble verdecido,

Ó entre la hierba albana,
 Víctima, crece y tiene su manida,
 Ya dejará mañana,
 En la cerviz herida,
 La segur del pontífice teñida.

Mas, á ti no te toca
 Tentar con este arbitrio lo que alcanza
 Quien al Empíreo invoca;
 Ni cifras tu esperanza
 De ovejas en la mísera matanza:

No á ti, que humilde y pobre
 Culto rindes al parvo dios casero
 Al colocarle sobre
 La testa con esmero
 Cereo de mirto frágil y romero.

Que no el hostia opulenta
 Logró ablandar mejor por suntuosa
 Al Penate que ostenta
 Rencor y perniciosa
 Triste saña en el nicho do reposa,

Que aquella harina blanca,
 Leve, pía y de sal el vítreo grano
 Saltante, que con franca,
 Limpia, inocente mano
 Se presentan al numen soberano.

Á LOLIO.

Ne forte credas interitura quae,
 Ode IX, lib. IV.

No presumas jamás, Lolio querido,
 Que por haber nacido
 Cabe la orilla del salvaje Ofanto
 De límpidos espejos
 Y cuya voz se escucha de muy lejos,
 Han de morir los versos que hora canto.

Los versos á que dí rara medida,
 Hasta hoy desconocida
 Del ítalo, con estro sobrehumano,
 Y que daránme nombre
 Porque á la par recítalos el hombre
 Y allega y bulle el plectro soberano.

Si entre poetas el lugar primero
 Tiene el meónio Homero,
 No por ello de Píndaro la musa,
 Las del vate de Ceo
 Y Estesicoro, y la minaz de Alceo,
 En la fuente se esconden de Aretusa.

De la edad á despecho guarda el mundo
 Con afecto profundo
 De Anacreón los versos; los amores
 De Safo el áurea lira
 Conserva aún, y ahora nos inspira
 De aquella alma de fuego los ardores.

Ni sola se abrasó la hermosa Helena,
La tronzada melena
Al mirar de su adúltero consorte,
Y de oro labrado
Su vestido de púrpura y brocado,
La regia estancia y lisonjera corte.

Ni aquel insigne Teucro fué el primero
Que embebió el dardo fiero
En el arco cretense; y combatida
Con pertinacia y dolo
En los pasados siglos no fué sólo
Troya insigne, por Juno protegida.

Ni Idomeneo sólo y Estenelo
Asombraron el suelo
Con ínclitas batallas, que merecen
Mirarse eternizadas
Del Pindo por las vírgenes sagradas
En dulces cantos que jamás perecen.

Héctor feroz y el válido Deifobo,
A quienes en arrobo
Contemplaron los griegos, no primero
Que otros, graves heridas
Sufrieron por salvar á las queridas
Esposas é hijos, de enemigo acero.

Antes que Agamenón, muchos valientes
Levantaron las frentes;
Mas, ninguno los llora; son-extrañas
Sus virtudes: cayeron
En largo olvido, porque no tuvieron
Poeta que narrara sus hazañas.

La virtud escondida, Lolio caro,
Poco del ocio ignaro
Se distingue. ¡No quiera fementido
Mi amor, que tú no ignoras,
En mis trovas brillantes y sonoras
Negarte el claro honor que te es debido!

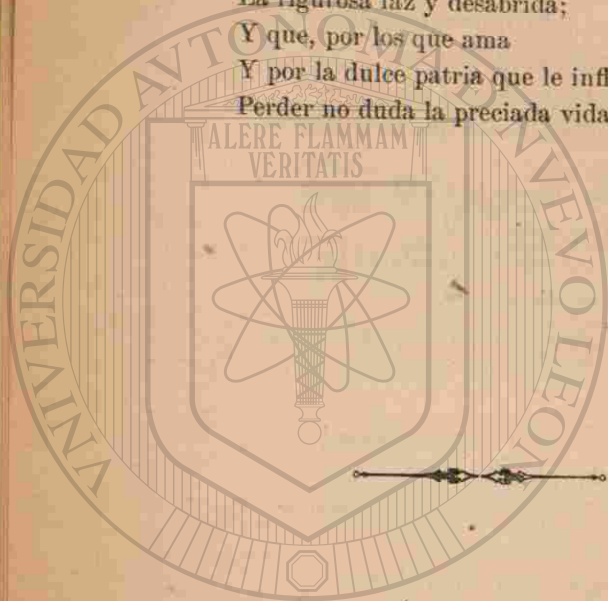
Vengador eres de la fraude avara;
Y aun huyes ¡cosa rara!
Del vil dinero que lo absorbe todo;
Y cónsul, no de un año
Sino de muchos, porque el torpe engaño,
Juez fiel, rechazas por extraño modo.

Y porque con el rostro levantado
Menosprecias airado
Los dones del que intenta sobornarte;
Y entre las turbas ciegas
Serenos cruzas y las armas juegas,
Las nobles armas, con fortuna y arte.

Tú, nunca das el nombre de dichoso
Al necio codicioso
Que amontonó riqueza y más riqueza;
Y sí llamas divino
Al que reparte con prudencia y tino
Lo que le otorga celestial largueza.

Y que á mirar apárase constante
El pálido semblante
De la pobreza temerosa y dura,
Y de la instable suerte
Los vaivenes desprecia, y que la muerte
Peor estima la maldad impura.

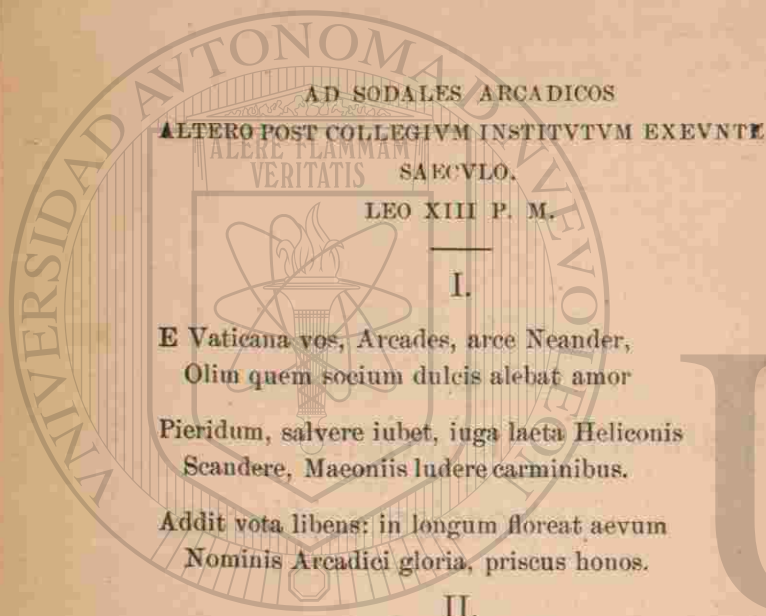
Es gran verdad que al hombre así forjado
No amedrenta del hado
La rigurosa faz y desabrida;
Y que, por los que ama
Y por la dulce patria que le inflama,
Perder no duda la preciada vida.



Paráfrasis, imitaciones
y poesías originales.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

E Vaticana vos, Arcades, arce Neander,
 Olim quem socium dulcis alebat amor
 Pieridum, salvere iubet, iuga laeta Heliconis
 Scandere, Maeonius ludere carminibus.
 Addit vota libens: in longum floreat aevum
 Nominis Arcadici gloria, priscus honos.

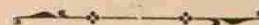
II.

IDEM ARGUMENTUM.

Qui quondam graia dictus de gente Neander
 Ad vaga Permessi flumina pavit oves,
 Et tenui calamo, frondentis ad ilicis umbram,
 Rustica deduxit carmina puber adhuc;
 Nunc senior, premere Aonii vos culmina Pindi,
 Concinnare et plectro nobiliore iubet.
 Littore ab Eoo post saecula bina renascens,
 Omnibus faustis et redit Arcadiae
 Natalis memoranda dies, accepta Camenis
 Et festo vaturn rite colenda choro.

Fronda nova redimite comas; numerisque canoris
 Ingeminet longum tibia vestra melos.

Ecce poli iam templa tenet, iam luce coruscans,
 Respicite, Arcadiae sidus ab axe micat.



Á SUS COLEGAS LOS ÁRCADES

AL TERMINAR EL 2º SIGLO DE LA FUNDACIÓN

DE ESA ACADEMIA,

LEÓN XIII. PONTÍFICE MÁXIMO.

Á vosotros, arcádicos pastores
 Desde el excelso alcázar Vaticano
 Salud envía en medio á sus dolores
 El fiel Neandro, vuestro antiguo hermano;
 Aquel, á quien los púdicos amores
 De las Musas en tiempo no lejano
 Sostenían colmado de ventura,
 Felicidad sin término os augura.

Del Helicón á la risueña cumbre
 Subid, subid y en los floridos sotos
 Cantad de Febo la divina lumbré
 Y en tiernos mirtos coronaos y en lotos.
 ¡Qué no os agobie fiera pesadumbre!
 (Aquestos fueron y serán mis votos)
 ¡Qué luengos años la virtud florezca
 Del nombre arcadio y su decoro crezca!

II.

Aquel que en otro tiempo de la griega
 Docta progeñe el nombre esclarecido
 De Neandro tomó, y en donde riega
 Blando el Permeso con sabroso ruido
 La exuberante y aromosa vega
 Su ganado apacío, joven garrido
 Modulaba con fístula argentina
 Cantar agreste bajo negra encina.

Hoy abatido y trémulo y anciano
 Subir os manda por la senda dura
 Que holló amoroso el cisne mantüano,
 Del Pindo aonio á la sublime altura.
 Aprestaos sin demora; el soberano
 Plectro menead dando á la aura pura
 Debajo de los pinos seculares
 Egriegos y dulcisonos cantares.

Asoma al fin en la oriental ribera
 Tras dos centurias, el hermoso día
 Del natal de la Arcadia, verdadera
 Fuente de inspiración y poesía;

Del natal de la Arcadia donde impera
 Con sus hermanas la sin par Talía
 Y que ensalzan festivos y leales
 Los bardos en idilios inmortales.

En nuevos lauros coronad la frente
 Y por el prado discurrid canoros,
 Y soplad de cerfúea y mansa fuente
 Á la margen, los cálamos sonoros.
 Ved como surge en el rosado Oriente
 De claridad vertiendo sus tesoros,
 Ved como se alza rutilante y bella
 De nuestra Arcadia la radiosa estrella.

LA MORTE.

POESÍA DI SUA SANTITÀ PAPA LEONE XIII.

Del sol cadente e che si asconde omai
 Splendon, Leon, su te gli ultimi rai:

Nelle riansé vene inaridita
 Lenta lenta si spegne omai la vita.

Vibra Morte lo stral; le fredde spoglie
 Chiuse in funereo vel la tomba accoglie;

Ma fuor di sua prigion lo spirto anelo
 Ratto dispiega il vol, ricerca il cielo.

D'aspro lungo cammin questa la meta:
 Deh! Signor mio, la santa voglia acqueta,

E se di tanto, tua mercè, fia degno,
Lo spírto accogli nel beato regno.

LA MUERTE.

Del sol que se hunde tras la sierra erguida
La luz te baña tibia y macilenta,
Y en tus áridas venas lenta, lenta
Fluye, León, y escápase la vida.

Vibra el dardo la muerte enfurecida;
La tumba flébil ábrese avarienta
Y los yertos despojos aposenta
Mal envueltos en veste corroída.

Mas, el ánima libre el ala tiende
Y anhelante y ligera en el sereno
Y cristalino azul las auras hiende.

Y esta es la meta de la lid..... ¡Dios bueno,
Si digno soy, á mi plegaria atiende
Y mi espíritu albérguese en tu seno!

IN OBITU IOSEPH PECCI CARD.

GERMANI FRATRIS.

IOSEPH.

Iustitiae factum satis est; poenisque solutum
Iam coeli me templa tenent steillantia: sed tu
Cum tot sustineas, tam grandia munia, debes
Tanto plura Deo, quanto maiora tulisti.

Sume animum; fidens cymbam duc aequor in altum;
Sic tibi felices, largo sic fenore digni
Sint initi sancta pro religione labores!

Attamen ut valeas olim sublimia coeli,
Ultrices fugiens flammis, attingere, prudens;

Mortali, Ioachim, vitae dum vesceris aura,
Et gemitu abluere et lacrimis admissa memento.

IOACHIM.

Dum vivam, fessosque regat dum spiritus artus,
Incensa ex imo ducens suspiria corde,
Ploratu maculas delere enitar amaro.

At tu, qui Superum securus luce bearis,
Confectum aevumnis, devexa aetate labantem
Erige, et usque memor de coelo respice fratrem,

Quem turbo heu! dudum premit horridus, horrida dudum
Fluctibus in mediis commota procella fatigat.

EN LA MUERTE DE MI HERMANO EL
CARDENAL JOSÉ PECCI.

JOSÉ.

Del Dios eterno la eternal justicia
Ya satisface: flébil y distante
Del sumo Bien, por tu virtud propicia
Pagué en breve hasta el último cuadrante;
Del cielo ahora con sin par delicia
Habitó en el alcázar relumbrante.
Donde discurren por las aulas bellas
Los justos como pálidas centellas.

Mas tú, sobre los hombres sublimado,
Lid ominosa y prolongada y ruda
Sostienes con el mundo rebelado
Que aunque sin fruto por vencerte suda.
Dióte el Señor un pecho acorazado
Que los tiros rechaza de la duda;
Mas...cata que al talento recibido
Ha de igualar el lucro recogido.

Ánimo cobra: la feliz barquilla
Al dorso de la líquida llanura
Lleva fiado; su ferrada quilla
Domará de las olas la bravura.
Propicio Dios, el duelo que te humilla
En gozo ha de trocar, y con usura
Te pagará, deshechas las cadenas,
Por su almo culto las sufridas penas.

Mas, para que halles del empíreo cielo
Abierta y libre la sublime entrada
Sin que la llama purgadora el vuelo
Te corte cuando rindas la jornada,
Oh Joaquín, activa tu desvelo
Por lavar, de la vida limitada
Mientras el aura respire, tu conciencia
Con lágrimas de cruda penitencia.

JOAQUÍN.

Sí: mientras viva, mientras el alma fuerte
Sostenga al cuerpo débil y cansado
Y mientras, á despecho de la suerte
Haga latir al corazón llagado,
Un fin dichoso y apacible muerte
He de buscar, con lloro prolongado
Y con gemidos de piedad sincera,
Borrando el rastro de la culpa fiera.

¡Oh tú, que en los collados de la Gloria
Y hundido en los eternos esplendores
De los santos, empuñas de victoria
La verde palma en premio á tus labores!
Viva guarda en los cielos mi memoria;
Ayúdame y conforta en mis dolores;
Y ve que solo, trémulo y anciano
Alienta apenas tu infeliz hermano.

Tu hermano.....¡ay Dios! á quien el crudo Noto
 Ha largo tiempo con furor azota,
 Llevándole feroz por mar ignoto
 Donde la nave con trabajo flota;
 Ha largo tiempo mísero Piloto
 El duro cáliz del penar agota,
 Mientras la nube ciérnese enemiga
 Y en medio de las olas le fatiga.



LEÓN XIII.

ANTE LAS OFRENDAS DE LA CARIDAD.

IMITACIÓN DEL POETA GRILO.

Vese humillar la palma vívidora
 Cuando la adula cefrillo suave
 De oro la cresta, y que el empuje grave
 Del huracán resiste vencedora.

Así León: á quien su ayuda implora
 Los cielos abre con dorada llave;
 Y erguido afronta de su egregia nave
 Al pirata con voz atronadora.

Sereno y firme en su terrible duelo,
 Víctima inerme de bastarda guerra,
 Dádiva al mundo pídele y consuelo.
 ¡Oh oprobio! oh mengua! el que á su arbitrio cierra
 Y abre la entrada del empíreo cielo,
 Es el pobre más pobre de la tierra.

1887.

LA NOCHE.

IMITACIÓN DE BLANCO (WHITE).

Mística noche, por la vez primera
 Al ver Adán que tu poder destrona
 Al sol y que con fúnebre corona
 Te enseñas de la azul esfera.

Creyó tal vez que enjuta su ribera
 Dejando el mar, se enarca y deslabona;
 Que el combado zafir se desmorona
 Y que va á morir él de muerte fiera.

Pero su espanto en gozo se convierte
 Al mirar que se mece circuída
 De astros la luna sobre el mundo inerte.

Sí á su pesar la noche desabrida
 Nos muestra el cielo ¿á qué temer la muerte
 Comienzo de mejor y eterna vida?

1882.

El Ilmo. Sr. Labastida, Arzobispo de Méjico, en alguna de sus primeras Visitas pastorales conoció de cerca en Tenango del Valle y favoreció con su cariño, hasta arrancarle del campo y llevarle á la ciudad, al autor de esta

ODA.

Intonsi montes, ipsae iam carmina rupes,
Ipsa sonant arbusta, deus, deus ille, Menalca!

VIRGILIO.

Nunca la odiosa y á la par astuta
Vana lisonja con mentido plectro,
Me incita, Padre, á profanar la sacra
Cítara imbele.

Que no el ahinco de fugace gloria
El pecho inflama, ni los ojos venda
De quien oculto los aplausos viles
Pávido evita.

Si bajo el ala de feliz tugurio
Vida sin tedio que lograron pocos
Vivo seguro ¿qué anhelar pudiera
Ínvido y necio?

Dulce memoria con amor el alma
Nutre constante y á exhalar me obliga,
Débil remedo del cantor de Tíbur,
Cántiga bronca.

Hijo silvestre de ignorado bosque,
Mudo á las auras y á las aves mudo,
Sobre la arena con afán crecía
Pálido lirio.

Lejos del árbol y fontana pura,
Del sol al rayo, sin sostén ni abrigo,
Lánguido, endeble, le encorbaba fiero
Ábrego crudo.

Raudo te lleva de la corte al campo
Ángel propicio; y al cruzar aspiras
Suave fragancia, y en su flor clavaste
Vívidos ojos;

Tierno te inclinas; con amante mano
Hábil le apartas de nociva hierba;
Sus tallos podas y le das al propio
Húmido huerto.

Nada más justo que sus nuevas flores,
Fruto anhelado á tu piedad debido,
Ornen tu estancia donde siempre exhalen
Mágica esencia.

Otros tañendo la bicorne lira
Claros tus hechos llevarán al éter
¡Logren canoros circundar tu nombre
De ínclita gloria!

Yo pobrecillo, sin valer ni numen,
Versos eolios en tus áureas bodas
Pido á las musas. ¡Y me inspiran sólo
Mísero canto!.....

¡Días sin cuento venturoso vivas!
 ¡Qué de tu cielo procelosa nube
 Quieran benignos alejar los altos
 Ángeles buenos!

RETO.

(Así se llama en algunas aldeas á las loas que alternativamente dicen dos personas, y que pueden compararse á los versos amebos de ciertas églogas.)

EN UNA ALDEA DEL ARZOBISPADO DE MEXICO.

EL DÍA OCHO DE DICIEMBRE DE MIL
 OCHOCIENTOS OCHENTA Y NUEVE.

Bajo perenne bóveda azulina,
 De montes melenudos rodeado,
 Hay un pueblo feraz, donde termina
 La agreste cordillera del Nevado.
 Le ciñen de agua dulce y cristalina
 Arroyos mil; su clima regalado
 Los sotos puebla de árboles y flores,
 Delicia de los pájaros cantores.

En un carril atónito el viajero
 Ve germinar el trigo y prócer caña
 Del azúcar, y el suave limonero
 Y el avellano, en confusión extraña.
 El namey, el durazno y el uvero
 Entrelazados cubren la campaña,
 Donde dan á las brisas sus racimos
 La datilera y plátanos opimos.

En la cercana, pródiga llanura
 Retoza el mulo con el ágil toro,
 Y la garceta de sin par blancura
 Con los faisanes de penachos de oro;
 Y sobre alfombra de eternal verdura,
 Los cisnes con los ánades en coro,
 Graznan y asordan el sutil ambiente,
 Ó se zabullen en la mansa fuente.

Envuelto en manto de ópalo y rocío
 Y en laurel coronado y blonda yedra,
 Al rico llano rumoroso el río
 Viene á todo correr de piedra en piedra;
 Y resbalando tímido, bravío,
 Cual serpiente con ímpetu que arredra,
 Tiñe su veste de carmín y plata
 Y se arroja en hirviente catarata.

Húmido, fértil y sombroso huerto
 Á cada choza en reluciente anillo
 De alba mosqueta y floripondio abierto
 Encierra, y de amarantos y tomillo;
 El cidro adonio yérguese cubierto
 De azahar; y sus pomos el membrillo
 Hunde y retira del saltante arroyo
 Á la raíz de oliente chirimoyo.

En estos sitios la mujer honesta
 Cultiva en tiestos nacaradas flores,
 Junta las pomos en delgada cesta,
 Y alondras domestica y ruiseñores;
 Mientras el varón en la fragosa cuesta
 Va detrás de los bueyes mugidores,
 Y se alienta en trabajos tan prolijos
 En la esposa pensando y tiernos hijos.

De chozas circuída se levanta
 Más que los fresnos la sagrada ermita
 Con su torre y veletas; á su planta
 Hay un jardín, un patio, una casita;
 Es la estancia del Cura; se quebranta
 No lejos y sus aguas precipita
 Otro río, formado del deshielo
 En aquel monte que soporta al cielo.

Agrada ver los húmidos cercados
 De juncias y zarzales, tan tupidos,
 Que luchan con los céfiros alados
 Y éstos se van quejosos y vencidos.
 Ahí cuelga la abeja sus dorados
 Panales, y las tórtolas sus nidos
 Tejen llozonas entre leves frondas
 Al frescor y murmurio de las ondas.

—Comienza á esclarecer. Las adormidas
 Caladas nubes, sobre el alta cumbre
 De grana y oro muéstranse teñidas
 Del sol hermoso á la naciente lumbré;
 Despiden tenue luz, medio escondidas,
 Las Osas en la diáfana techumbre;
 Y envuelta sube, tremulante y bella
 En róseo tul la matinal estrella.

Cabe sus hembras vigilante canta
 Y alea el gallo; adentro la arboleda
 Su pipiñar sabroso á Dios levanta
 La implume turba de avecillas leda;
 Se vislumbra del monte á la garganta
 El caserío; túrbida humareda
 Se arremolina encima los techados
 Del fogón por la lumbré iluminados.

Es tal la exuberancia de las huertas,
 Tan intrincada y densa la espesura,
 Que aun las calles divisanse cubiertas
 Por bóvedas eternas de verdura;
 Y deben ser continuas las reyertas
 Del claro Febo con la sombra oscura,
 Que ha sentado obstinada sus reales
 En estas vegas, sotos y breñales.

El que desea ver salir la Aurora
 De encima la nevada serranía,
 Ó sentir la influencia bienhechora
 Del almo sol á la mitad del día,
 Ó contemplar la estrella brilladora,
 Hermoso faro de la tarde fría,
 Ó el horizonte, el cielo y el nublado,
 Debe salir por fuerza al despoblado.

Yo, de Natura admirador ferviente,
 En la meseta de vecino otero
 Admiraba ese cuadro sorprendente
 Que he bosquejado con amor y esmero.
 Clima benigno y saludable ambiente
 Entré buscando, prófugo viajero,
 Del Bóreas por burlar la injusta saña,
 En este pueblo y plácida montaña.

Era el octavo y espectable día
 De diciembre. Los dulces habitantes
 Y el buen Cura mostraban la alegría
 Más pura en los benévolos semblantes.
 La Concepción sin mancha de María
 Celebrar deseaban como amantes
 Fieles hijos, con júbilo y decoro,
 Y del digno Pastor las Bodas de Oro.

De los bejucos y frondosas ramas
 Á través y de nísperos y alteas,
 Se veían brillar las áureas llamas
 De blancos cirios y negruzcas teas;
 Flotaban gallardetes y oriflamas;
 Y con más suave olor que las sabeas
 Preciadas gomas, el copal humoso
 Empañaba las brisas oloroso.

Al espacio enviaban la festiva
 Sonora voz innúmeras campanas,
 Y Eco burlona, de la cumbre altiva
 La devolvía á llanos y besanas;
 Y al despareir el aura fugitiva
 Los acordes de músicas lejanas,
 Subían luminosos mil cohetes
 Más allá que los altos ahuehuetes.

—¿Será la procesión?..... Este camino
 Traer parece; á donde se dirija
 No es fácil lo averigüe un peregrino
 Que por primera vez la planta fija
 En estos bosques..... Pero..... ya adivino,
 Me decía, por qué se regocija
 El pueblo al despuntar el alborada:
 La Concepción celebra inmaculada.

Vadeaba cantando el fresco río
 Á la sazón un joven muy apuesto,
 Que absorto y salpicado de rocío
 Llevaba flores en mimbroso cesto.
 Levantando la voz, "amigo mío",
 Le dije, "perdonadme si os molesto:
 "¿Por qué tan de mañana y en tal fiesta
 "El vecindario viene á la floresta?"

—“¿Sois forastero?”..... (sin templar el paso
 Me preguntó); “sabad que la alquería
 “Que veis enfrente, con afán no escaso
 “Sus galas junta, se unge y atavía.
 “¡Por vuestros padres!¿Ignorais acaso
 “Que en este alegre y venturoso día
 “Celebra mi lugar las Bodas de Oro
 “De un Prelado, su amor y su tesoro?”

“Y entended que le amamos con justicia;
 “Tres veces ha bajado la montaña
 “Buscando los cortijos; acaricia
 “Á los niños; su labio en gozo baña
 “Si le hablamos; y nunca la estulticia
 “De los míseros rústicos le daña;
 “Los ruegos de los pobres no desdeña;
 “Nos llama, nos predica, nos enseña.

“Y hoy ha dispuesto nuestro anciano Cura,
 “Que es entendido y á la par discreto,
 “Á quien también amamos con ternura,
 “Que se inicien las fiestas por el *reto*.
 “Y esta pequeña próxima llanura,
 “Siempre ceñida por florido seto
 “Y de copos de espuma salpicada,
 “Para teatro ha sido designada.”

—“¿Y qué es *reto*?” —Cortando florecillas
 Despareció tras la vecina cuesta
 Del ameno raudal por las orillas
 Sin curarse de dar otra respuesta.
 Trébol hollando y suaves manzanillas,
 Ya el séquito llegaba á la floresta;
 Y venía radiante de ventura
 Al frente de ellos el amado Cura.

En verde pedestal de ruda peña,
 A la sombra de una haya levantado,
 Alegres colocaron la risueña
 Efigie del carísimo Prelado.
 Coronas mil de floreciente alheña,
 Ramilletes de flores de grauado
 Y festones de hiedra y asfodelo,
 Regaron afanosos en el suelo.

¡Virgen Enterpe de atractivo llena,
 Tú, que ceñida de campestres flores
 Tañes gozosa la silvestre avena
 Del campo con los dulces moradores;
 Tú, que frecuentas la llanura amena
 Del alba á los primeros resplandores,
 Deja un momento la Castalia fuente
 Y ven y toca mi marchita frente!

¡Dame el ingenio, la facundia y gracia
 De aquel que los arroyos y el collado
 Llevaba en pos de sí Cantor de Tracia,
 Si meneaba el plectro delicado!
 De tu valer la próspera eficacia
 Me acorra, oh Musa; y dame de buen grado
 Que narre con dulzor á los alcóres
 El himno de dos mansos labradores.

En arrayán y reluciente encino
 Avanzaron al centro coronados,
 Dos mancebos de porte peregrino
 Muy antes para el reto designados.
 ¡Triste Fileno, sin ventura Alcino,
 Ambos amables, ambos desdichados,
 Venid en alas del occiduo viento
 Y repetidme vuestro dulce acento!

FILENO.

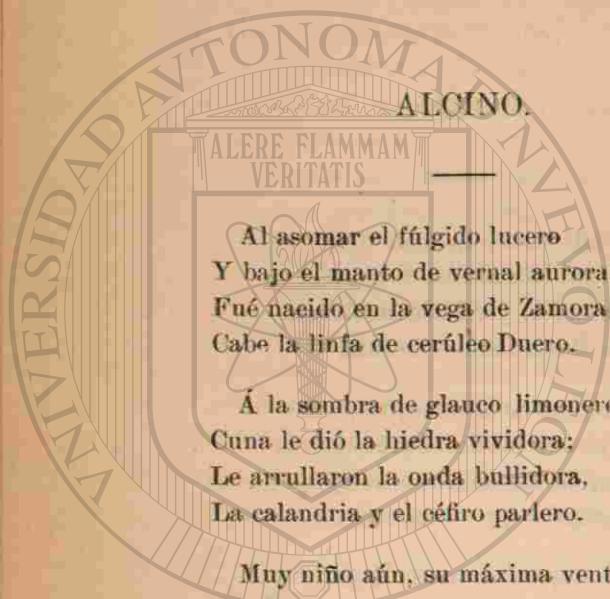
¡Salve mil veces, apacible día;
 Báñete el sol con nítidos fulgores,
 Trinen las aves, yérganse las flores,
 Y ensaye el aura suave melodía!

Hijos felices de la selva fría,
 Juntad, juntad los hatos triscadores;
 Y apartad de las madres los mejores
 Níveos corderos que el distrito cría.

Y de la aurora al vívido destello
 Seguid del río la florida senda,
 Y el vellocino relavadles bello;

Y á cada uno, con pupúrea venda
 Sonora esquila suspendedle al cuello,
 Y al Mayoral llevadlos en ofrenda.





Al asomar el fúlgido lucero
Y bajo el manto de vernal aurora,
Fué nacido en la vega de Zamora
Cabe la linfa de cerúleo Duero.

Á la sombra de glauco limonero
Cuna le dió la hiedra vividora;
Le arrullaron la onda bullidora,
La calandria y el céfiro parlero.

Muy niño aún, su máxima ventura
Cifraba en acorrer con mano pía
Al pobre, blanco de la suerte dura;

Ya joven, gala de sin par valía
Fué de su pueblo; y en la edad madura
Ornato de su patria y alegría.

FILENO.

Aunque mecido en marfilina cuna,
Aunque le apresa la dorada corte,
Aunque de grave y majestoso porte,
Con la entereza el sentimiento aduna.

Le agrada al rayo de menguante luna
Ver de Titón á la gentil consorte,
Cuando se mece al hálito del Norte
La humilde flor nacida en la laguna.

Ama las letras con amor creciente;
Es protector insigne de los sabios,
Y la luz del saber brilla en su frente.

Y se complace en perdonar agravios,
Y es de bondad inagotable fuente,
Y la unción celestial posa en sus labios.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALCINO.

De Michoacán el docto Seminario
En hora fausta le acogió en su seno,
Y le libró del mundo y su veneno
Á la sombra feliz del Santuario.

De fe cristiana y caridad erario;
De no lejana tempestad el trueno
Oyó sin susto; y empuñó sereno
Ha medio siglo el místico incensario.

Y consiguió perínclita victoria
Sobre sí mismo, desdeñando el oro
Y los placeres como á vil escoria.

Fué de las aulas máximo decoro
Por sus talentos y baño de gloria
De los levitas al sagrado coro.

FILENO.

¡Castas abejas, que en el flavo Estío
Juntáis el polen de las tiernas violas
Y libáis en sus nítidas corolas
El opalino y gélido rocío!

Decidme; os ruego: en qué breñal sombrío,
En qué plantel de rúbeas amapolas,
En cuáles grutas tétricas y solas
Teneis oculto vuestro hogar natío?

¡Decídmelo por Dios! Si no me es dado
Celebrar en idilios inmortales
La piedad y valer del gran Prelado,

Entraré en los oscuros lauredales,
Y en cestillo de mimbres aparado
Le he de juntar violetas y panales.

ALCINO.

Mancebo aún, la mitra y el cayado
De Palafox, en premio á la excelencia
De su ingenio, virtudes y alma ciencia,
Recibe, no gozoso resignado.

La esteva empuña del fecundo arado
Sin ver atrás, dichoso en apariencia;
Y tiene á su redor por su elocuencia,
Nuevo Anfón, á su místico ganado.

Ruge y fulmina en temeroso instante
Sobre la Puebla, tempestad sombría
Que el zafir escondió y el sol brillante;

Al insigne Prelado envuelve impía;
Mas, no le inmuta el plácido semblante
Ni amengua de su pecho la energía.

FILENO.

Intenten otros alagar su oído
En dulces trovas encumbrando al cielo
Sus raras prendas, su exquisito celo
De gran Prelado y de Pastor garrido.

Yo, lugareño, iré por el florido
Terruño patrio con doblado anhelo
De la paloma persiguiendo el vuelo
Por sorprenderla en su amoroso nido.

Y he de cortar en la vecina fuente
Toronjil y mastranzo, y en festones
Los trenzaré con el cantueso oliente;

Y seguido de rústicos garzones,
Le he de llevar el rústico presente;
Pues no desdeña los campestres dones.

ALCINO.

Por defender del templo y los altares
La inmunidad, el crédito y decoro,
Por salvar de los pobres el tesoro,
Dejó, forzado, los nativos iares.

El acalló de los inquietos mares
Con sus lamentos el gemir sonoro;
Y con la linfa azul mezcló su lloro
Herido por hondísimos pesares.

Y lejos de la patria, sin consuelo,
Del ronco Tíbre cabe las bermejas
Aguas, detuvo el fatigoso vuelo.

Allí exhalóse en amorosas quejas,
Hasta mover al irritado cielo
En favor de sus míseras ovejas.

FILENO.

¡Oh memoria infeliz, memoria aciaga
Digna por siempre de perpetuo olvido,
Que aun desgarras temática el herido
Pecho amoroso cual punzante daga!.....

Recuerdo que esa noche el aura vaga
Sobre las ondas remedó un gemido;
Y que la luna el ponto oscurecido
Saliente hendía como adusta maga.

La espúmea linfa de la azul bahía
Rizaba corva la barquilla y leda
Que al proscrito Prelado conducía;

Quien al rumor de la sulcante rueda,
¡Adios, hijos del alma!...nos decía,
Si yo me voy, mi corazón se os queda!

ALCINO.

Ángel, que cubres con tus blondas alas
Templos y muros de la excelsa Roma.
Y aquellos huertos de encendida poma
Antiguo reino de la docta Palas;

Tú viste ayer, en las soberbias salas
Del Vaticano que los siglos doma,
Entrar huyendo á la infeliz paloma
De torvo sacre y de asesinas balas.

Allí se alberga; y el noveno Pío,
Al acogerle bajo el propio techo,
Su celo aplaude, y su entereza y brío.

Y el palio, allí, del Tártaro á despecho,
De nueva dignidad nuevo atavío,
Cobija y cura su llagado pecho.

FILENO.

Una vez y otra recorrió el aprisco
Por la ternura de su amor llevado;
Y la copiosa grey condujo al prado
Donde crecen la rosa y malvavisco.

¿Quién no le vió subir de risco en risco
Y guarecerse en rústico techado,
Y al mediodía, débil, fatigado,
Reposar á la sombra del lentisco?

El calor del Verano, la neblina
Del Otoño, los hielos y tormenta,
De otros arredren la virtud mezquina.

Su celo ardiente con la lucha aumenta;
Y rondando del valle á la colina,
De su hermoso redil al lobo ahuyenta.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALCINO.

Era Pastor de innúmeras ovejas,
Que desaparecidas en el monte ingrato,
El eco no escuchaban del silbato
Ni del zagal las doloridas quejas.

El negro lobo y tábanos y abejas,
Las seguían con hórrido conato;
Y, pavoridas al buscar el hato,
Desgarraba la espina sus guedejas.

De gratitud es digno y alabanza
El que escucha los flébiles clamores
De su rebaño, y la salud le afianza.

Y Él, que en grupos divídase menores
La numerosa grey, rogando alcanza
Del supremo Pastor de los Pastores.

FILENO.

Rompe las auras aunque añoso el pino
Y desparrama su frescor y encanto
Y siempre abriga con flotante manto
Al débil junco y arrayán mezquino.

Y destierra quebrando al torbellino
De los tiernos arbustos el espanto,
Y de las aves acompaña el canto
Con el vetusto susurrar divino.

Es á la grey inexpugnable muro
Si en la pradera que su tronco asombra
Se apace, y bebe del arroyo puro.

¡Dulce Prelado! en la gramínea alfombra,
Así bien puede reposar seguro,
El que se acoge á tu dulzor y sombra.

ALCINO.

Sube á la esfera secular encina
 Envuelta siempre con ropaje gayo,
 Siempre triunfante del calor de mayo,
 Triunfante siempre de hibernal neblina.

Y no abaja la frente peregrina
 Aunque le hiera el coruscante rayo;
 Y acorre y salva de letal desmayo
 Á la vid que á su tronco se avecina.

Grana abundosa y cristalina fuente
 Nutre á su pie; y ofrece flor y nido
 Al melífero enjambre y reluciente.

Esa encina eres tú, Pastor querido,
 Que resistes al Noto y rayo ardiente
 Y nos brindas refugio bendecido.

FILENO.

Bello el laurel, de solitario rio
 En la escarpada y húmida ribera,
 Si la rubia fragante cabellera
 Da á las auras bañada de rocío;

Bello, si presta fúlgido atavío
 Á la gloriosa tricolor bandera
 Del Anáhuac; y bello en la severa
 Sien de un César ó milite bravío.

Y más bello si en flor, recién cortado
 De la locuaz y vaporosa fuente,
 Cifre al poeta que cantó inspirado.

Pero será bellísimo, la frente
 Canecida del ínclito Prelado
 En rama coronando reluciente.

ALCINO.

Bella la palma si al mecerla el viento,
Tras siglo y siglo de gloriosa vida,
Del sol al rayo muéstrase teñida
De oro y carmín en páramo sediento;

Bella, al fulgor del hondo firmamento
En la alta noche, cuando vese erguida
Cual negra estatua, é inmóvil y adormida
Del ronco antillo al destemplado acento.

Y bella, si en el lago se retrata
Al claror de la luna, su tocado
Luciendo y veste de bruñida plata.

Pero será más bella, si al preciado
Laurel une sus hojas de escarlata
Y la frente corona del Prelado.

FILENO.

Hay negras uvas, béticas manzanas;
Á los naranjos é índico ciruelo
Encorva el fruto hasta llegar al suelo
Las frentes rubicundas y lozanas.

Son hermosas y tibias las mañanas,
Frescas las tardes; con silente vuelo
Cruza la luna el adormido cielo
Rielando en lagunas y fontanas.

¡Ven, dulce Padre! Embota el agrio filo
Del padecer y al corazón latiente
Cura y aquieta retirado asilo.

Ven, deja.... ven, la corte maldiciente,
En esta aldea á respirar tranquilo
De la montaña el salubre ambiente.

ALCINO.

Hay verdes cerros y extendidos llanos
Libres aún de azada y escardillos,
Donde sofoca á malvas y tomillos
Invida fresa de purpúreos granos.

Los madroños, cerezos y avellanos
Dan sombra á los gramales amarillos;
Y allí saltan los tiernos corderillos
Que lamerán tus amorosas manos.

¡Ven, ven Pastor! Al pie de la montaña
Tengo un terruño y un pomar, que en muerte
Mi padre me legó, y una cabaña.

¡Víctima noble de enemiga suerte,
La azul pupila que el dolor empaña
Á este retiro, por piedad, convierte!

FILENO.

¡Ángel de Dios, Espíritu celeste,
Á cuyo anhelo y amoroso amparo
Debe México el nombre insigne y claro,
Y sus riquezas y beldad agreste!

Despierta de avecillas á la hueste;
Bulle las auras; el brillante faro
De vida fuente, arranca al mar avaro;
Del monte borda la gramínea veste.

Y plegando las alas de granate,
Deja en el ara el pan subcinericio
Y el zumo de la vid; y el rostro abate;

Y al Pontífice amado sé propicio,
Que después de diez lustros de combate
Hoy ofrece el tremendo Sacrificio.

ALCINO.

¡Arcángeles, que á reyes y prelados
Armais de espada y nítida rodela,
Porque os fué encomendada su tutela
Por el Señor, apenas animados!

Dejad el éter y húmidos nublados;
Venid trazando luminosa estela;
Y fijad vuestros ojos de gacela
En estos montes, valles y collados.

Y ved que en los rigores del Invierno
La tierra se os ofrece verdecida
Por los afanes del amor más tierno.

Y vueltos á la Gloria donde anida
La amable paz, rogad al Sér eterno
Que alongue del Pontífice la vida.

* * *

Rayaba el sol; el pie de la montaña
No hería aún con vívidos fulgores,
Cuando á la agreste sonora caña
Dieron paz estos dulces labradores.
Víctimas ambos de la ruda saña
De sus hados, fecundan los alcores
Y los alegran con canción divina,
Aunque ceñidos de punzante espina.

Una oveja, á cada uno, y un cordero
De castos ojos y vellón nevado,
Dió el cura en recompensa, y un apero
De labranza, un pellico, y un cayado.
Tornaron al lugar por el sendero
Que los condujo al memorable prado
Con igual orden, llenos de alegría
Á continuar las fiestas de aquel día.

ODA.

¡Hended el éter y apiñadas nubes,
 Penígeros querubes
 Que revolaís en torno del Eterno,
 Y de amor inflamados
 Fugad á los osados
 Íncolas torvos del flagrante Averno!

Y desterrad de valles y colinas
 Las húmidas neblinas
 Y el escuadrón de sombras indecoro;
 Y encended anhelantes
 Las hachas crepitantes,
 Y remeced los incensarios de oro.

La blanca veste el agobiado monte
 Deponga; el horizonte
 En áurea luz corónese y engrana;
 Y en alas de la brisa,
 Del cielo á la sonrisa,
 Su aljófar venga á prodigar Diana.

Surja dejando sonrosada huella
 La matinal estrella
 Sobre los hielos del volcán vecino,
 Y al zafir se levante
 Vaporosa y tremante
 Cual lámpara en fanal alabastrino.

Radiante el sol brotando de las ondas
 Vierta sobre las frondas
 De hilos de oro fúlgida cascada,
 É irise del bravío
 Y despeñado río
 Que fluye plañidor la sien crespada.

Ciérnase leda matizada el ave
 Y exhale trino suave
 Encima los purpúreos ciclamores;
 Y al labio de las fuentes
 Los árboles olientes
 Desparzan hojas y nectáreas flores.

Y tú, oh Padre, libre de quebranto
 Y de júbilo santo
 Henchido el corazón, con alto ejemplo,
 En la esfera tranquila
 Clavando la pupila,
 Ven del Señor al ataviado templo.

De brocado la mitra reluciente
 Cifia tu noble frente;
 Cruce tu pecho zafirina estola;
 Y de púrpura idalia
 Con sérica sandalia
 Al ara sube y el Cordero inmola.

Y pulsa, pulsa con ungida mano
 El cielo soberano;
 Al levantar al aura la Hostia pura
 Ofrece nuestros dones;
 Y santas bendiciones
 Danos en prenda de eternal ventura.

Fija en tu grey la vívida mirada
De ti en torno agrupada;
Magnates y sencillós labradores,
Que con afán creciente
Y lengua balbuciente
En pregonar se esfuerzan tus loores.

Tú, por valles, colinas y montañas
Buscaste las cabañas
De los pobres, y fuiste su consuelo;
Sin que el Invierno frío
Ni el quemador Estío
Templar lograran tu ardoroso celo.

La cátedra dejando suntuosa,
Ya en ermita sombrosa,
Ya á la margen de fuente cristalina,
Como su linfa, pura,
Con paternal dulzura
Anunciaste de Cristo la doctrina.

Al descreído pertinaz y al rudo,
Luz y enseñanza; al nudo
Medicante infeliz, veste y sustento
Próvido siempre diste;
Y del enfermo triste
Llegó á tu oído el mísero lamento.

Y de tu anhelo y fervido cariño
Es dulce objeto el niño
Huérfano y débil; curas su dolencia
Y le enjugas el llanto;
Y envuelto con tu manto
Le defiendes, y escudas su inocencia.

¿Qué mucho que hoy, yermados monte y soto,
Con rama, hiedra y loto
Templos y hogares truequen en pensiles,
Y que atruenen tu oído
Tu nombre bendecido
Al resonar cien coros infantiles?

¿Los oyes? Claman, desapareciendo oliva
Y pino: ¡Viva, viva!
Y al cielo encumbran tu piedad notoria;
Y dan al aire vago
En amoroso halago
Los himnos que entonamos á tu gloria.

¡Recibas nuestro amor! Aquestas rosas
Purpúreas y olorosas
Que ofrecemos, no han sido, no, cortadas
De los frescos arbustos
Que yérguense robustos
De Chipre en las florestas celebradas;

Ni estas aromas, tórtolas y mieles,
Tomillos y laureles
Ha condeído por el mar inquieto
Resbalando süave
Ebúrnea y griega nave
Del Asia, Epiro, de Hiblas ó de Himeto.

Del Tepeyac la pedregosa cuesta
Donde tu amor apresta
Mansión digna á la Virgen Mexicana,
Campesinas palomas,
Lauros, mieles y gomas
Te brinda y rosas de esplendente grana.

¡Plegue á los cielos alongar tu vida,
De aquesta combatida
Nave gloriosa, válido Piloto,
En tanto la bonanza
Se cierna en lontananza,
Y no suceda el cefirillo al Noto!

¡Plegue á los cielos que letal dolencia
De tu hermosa existencia
Jamás enturbie el horizonte claro;
Y que siempre querido,
Loado y bendecido
Á la grey prestes tu calor y amparo!

¡Y plegue, plegue á los benignos cielos
En premio á tus desvelos,
Dulce Pastor, y á tu piedad sincera,
Ceñir tu docta frente
Con lauro indeficiente
Cuando retournes á la azul esfera!

SILVA.

Venid del fértil suelo
De Anáhuac venturosos moradores,
Del entusiasmo y del amor en alas,
Y traed cestos de campestres flores,
Del crudo Invierno la temosa bruma
Hendiendo, la ciudad de Moctezuma
Que ostenta ahora sus mejores galas.

No de avezado indómito guerrero,
Que con fulmíneo acero
Bravo postró las huestes enemigas
Tiñendo en sangre la fontana pura
Y la hierba que alfombra la llanura,
Enaltece la espléndida victoria;
Ni del poeta que meneó inspirado
El plectro delicado
Revela al mundo la envidiable gloria,
Y á premiar se prepara agradecida
La noble angustia y míseros afanes,
Que le amenguaron la fortuna y vida,
Ciñéndole la frente encanecida
Con guirnalda de lauro y arrayanes.

¡Plegue á los cielos alongar tu vida,
De aquesta combatida
Nave gloriosa, válido Piloto,
En tanto la bonanza
Se cierna en lontananza,
Y no suceda el cefirillo al Noto!

¡Plegue á los cielos que letal dolencia
De tu hermosa existencia
Jamás enturbie el horizonte claro;
Y que siempre querido,
Loado y bendecido
Á la grey prestes tu calor y amparo!

¡Y plegue, plegue á los benígnos cielos
En premio á tus desvelos,
Dulce Pastor, y á tu piedad sincera,
Ceñir tu docta frente
Con lauro indeficiente
Cuando retournes á la azul esfera!

SILVA.

Venid del fértil suelo
De Anáhuac venturosos moradores,
Del entusiasmo y del amor en alas,
Y traed cestos de campestres flores,
Del crudo Invierno la temosa bruma
Hendiendo, la ciudad de Moctezuma
Que ostenta ahora sus mejores galas.

No de avezado indómito guerrero,
Que con fulmíneo acero
Bravo postró las huestes enemigas
Tiñendo en sangre la fontana pura
Y la hierba que alfombra la llanura,
Enaltece la espléndida victoria;
Ni del poeta que meneó inspirado
El plectro delicado
Revela al mundo la envidiable gloria,
Y á premiar se prepara agradecida
La noble angustia y míseros afanes,
Que le amenguaron la fortuna y vida,
Ciñéndole la frente encanecida
Con guirnalda de lauro y arrayanes.

Un generoso y justo sentimiento
De gratitud á la ciudad conmueve:
Una grata memoria infunde aliento
Á sus dulces y tiernos trovadores
Cuyos son los cantares seductores
Que en difundir se afana el aura leve.

Se apresta á celebrar de su querido
Sacro Pastor el máximo decoro:
Y aquel día por siempre bendecido
En que recién ungido,
De los levitas en el almo coro
Ufano se alistaba,
Y, ha medio siglo, por la vez primera
Sobre marmóreo altar sacrificaba.

¿Qué mucho que sus hijos,
Del ara en torno con sin par ternura,
De tal Prelado en el semblante fijos
Y revelando al mundo su ventura,
Oren y clamen con ferviente anhelo
Y, las ofrendas al mostrar, eleven
El corazón al refulgente cielo?

Más hermosa en tus sienes
De bello albor, munífico Prelado,
Esplende ahora la bicorné mitra
Tras los rudos vaivenes
De mísera fortuna, que han templado
Tu grande alma, que allá en lejano día
Cuando con ella engalanó tu frente
Juvenil, venturoso y sonriente
Con blanda mano el ínclito Munguía.

¡Bendígate el Señor! ¡Qué tus afanes
Él premie, y te sostenga en este mundo
Lleno de su fecundo
Y santo amor! ¡Qué siempre venerado
Vivas por esta grey que pide al cielo
Buena paz para ti dicha y consuelo,
Oh Pastor vigilante y gran Prelado!

IDILIO.

En bella y tibia mañana,
À pesar del crudo Invierno,
Un lauro alzábase tierno
Al labio de azul fontana.
Y una mariposa vana,
Revolando al derredor,
Mostraba el vivo color
Que á sus alas dió Natura
Y la mágica hermosura
De aquel oro brillador.

Sobre el arbusto un jilguero
Novel de plumón divino,
Exhalaba suave trino
Como nunca vocinglero.
En su cristal el venero

Retrataba mudo y fiel
Del pie á la frente al laurel,
Y al jilguero y mariposa
Que en el cáliz de una rosa
Libaba fragante miel.

Embebido contemplaba
Cabe el tronco de un alheño,
Cuadro tan dulce y risueño
Que á otra edad me transportaba.
Fugitiva abeja y brava,
Á la que en nada ofendía,
Cortó de súbito impía
Tan grata meditación
Hincándose el aguijón
Con increíble osadía.

Deseconcertado y mohino,
Un ¡ay! doloroso y vano
Lancé metiendo la mano
En el raudal cristalino.
Y en la copa de alto pino
Nada lejano de allí,
Una zagala, que hurí
Me pareció, encaramada,
Con sonora carcajada
Procaz burlóse de mí.

Dime: ¿qué haces, dulce niña,
Le dije absorto y turbado,
En este sitio apartado
Y solitaria campiña?
¿Qué, no temes que te riña

Tu buen padre, ó que una fiera
Embravecida te hiera,
Ó, si se quiebra la rama
En que te apoyas, la grama
Aplastar por vez postrera?

Ella respondiome. — No;
Aunque soy de suerte escasa:
Porque sabed que en mi casa
He quedado sola yo.
Apenas amaneció
Cuando mis padres y hermanos,
Cruzando los verdes llanos
Que forman nuestra heredad,
Á la vecina ciudad
Se dirigieron ufanos.

Van á asistir á las fiestas
Que llaman hoy *Bodas de Oro*
Del Prelado que es decoro
De la corte y las florestas:
Y por no dejar expuestas
Las mieses, que ya en gavillas
Están allí en las orillas
Del campo donde crecieron,
Que me quedara, dijeron,
Á cuidar nuestras cabrillas.

—¿Y eso te apena?—¿Os parece
De tan pequeña importancia
Que sola quede en la estancia
Cuando todo languidece?
Y la desazón se acrece

Al recordar el anhelo
Con que le he pedido al cielo
Que en la presente ocasión
De asistir á esta función
No me negará el consuelo.

Sólo verle deseaba
En el altar, y el anillo
Besar. ¡Qué mágico brillo
Aquella piedra enviaba!
¿Será el mismo que llevaba
Cuando le besé la mano
Al pie de aquel avellano,
Al regalarle una flor
En la fuerza del calor
Al promediar el Verano?

—¿Conque le conoces?—Mucho:
¿Y vos? Siempre que ha venido,
Al encuentro le he salido.
¿No os parece que es muy ducho?
He soñado que le escucho
En la parroquia vecina
Do explicaba la doctrina
Por las tardes una hora,
¡Qué voz tiene tan sonora!
¡Y qué acción tan peregrina!

Mas, puesto que no me es dado
Ir á la Misa, unas flores
Junté de suaves colores
Y de aroma delicado.
Y en este pino copado

Subí afanosa por ver
Un bello nido que ayer
Me hallé de tiernas pezpitas
Que batiendo sus alitas
Me piden ya de comer.

Si hubiera quien le llevara
Este sencillo presente
En nombre de Mirta ausente,
¡Cuán satisfecha quedara!
Puede que no se acordara
De mí, por más que notoria
Es á todos su memoria,
De tan subida excelencia,
Que es mayor que su prudencia
Y ésta es su timbre de gloria.

—Baja, le dije, inocente;
Yo iré por ti á la ciudad;
Ha de mover tu lealtad
Á ese Prelado eminente.
Le diré: que *Mirta ausente*
Aquesos dones le envía,
Dones de poca valía,
Del campo modestas flores
Y un nido, centro de amores.
Con polluelos que ella cría.

—Y añadidle, replicó:
Que es un humilde tributo;
Ó mejor, que este es el fruto
De los bienes que sembró.
De coral quisiera yo

Y perlas sartas enviar,
Y de diamantes un par
De inmejorable belleza.
Pero... el pobre en su pobreza
Decid ¿qué más puede dar?

Y bajó dulce y festiva
La joven; y en la fontana
Lavó las rosas ufana
Y una corona de oliva.
Nido y flores pensativa
Me dió diciendo: "Yo espero
"Que cumplireis con esmero;
"Y perdón humilde os pido
"De haberme de vos reído".
Y partió con pie ligero.

"¡Ven, niña amable! Muy blando
"Es tu carácter; sincera
"Tu piedad: ¡quién la tuviera!".....
Clamé las auras turbando.
De allí me alejé soñando
En buscar ese reposo
Que brinda el campo amoroso;
Y aquilatando á la vez
La envidiable sencillez
De un corazón generoso.

ROMANCE.

Si Dios un solo instante,
Benigno, la elocuencia
Divina y anhelada,
Tesoro del poeta,

Y el numen soberano,
Y cítara febea,
En premio á mis afanes
Y ardor me concediera;

No ahora cantaríá
La gran Naturaleza,
Los juegos deleitosos,
Las danzas y las fiestas;

Sino antes la ternura
De tu alma y la excelencia,
Oh Padre, que tu vida
Consagras á la Iglesia.

Diez lustros ha que la Hostia
De paz al cielo elevas
Y del Señor detienes
La mano justiciera.

Diez lustros ha que en uso
De potestad excelsa,
Del Redentor en nombre,
Absuelves ó condenas;

Diez lustros ha, Jerarca,
Que curas y lamentas
Del corazón humano
Las llagas y miserias.

Y de hombres á millares
Abriste el áurea puerta
Del cielo, donde gozan
De dicha sempiterna;

É hiciste á cuantos, cuantos,
Felices en la tierra,
Tesoros de consuelo
Vertiendo á manos llenas.

¡Á cuantos tiernos niños
La estola de inocencia
Vestiste, por el agua
Que tal virtud encierra!

¡Á cuantos sostuviste
Del mundo en la tormenta
Ungiendo con el crisma
Las frentes altaneras!

¡Á cuantos vinculaste
De rosas con cadenas
Juntando en una sola
De entrambos la existencia!

Aquestos beneficios
De suma trascendencia
Que á tantos prodigaste
En tu larga carrera,

La grey que de tus glorias
Ufánase, recuerda;
Y de ti bulliciosa
En torno se congrega.

¡Augusto sacerdote,
Pontífice que velas,
Por más que no te sigan
Rebeldes las ovejas,

Es tiempo; sube, sube
Al ara; no detengas
El paso y al Dios vivo
La Víctima presenta!

Ofrece el Pan sagrado,
Consuelo y fortaleza
Del hombre, si se escuda
Con Él y se alimenta.

Ofrece el santo cáliz
En donde bulle entera
La sangre generosa
Que vírgenes engendra.

¡Oh, cuántas emociones
De gozo y de tristeza
Agitarán tu alma
En esta hora suprema!

Allá, cuando á tus manos
 Bajó por vez primera
 El Dios omnipotente
 Señor de cielo y tierra.

Feliz te rodeaba
 Tu noble parentela
 Que festejaba alegre
 Ventura tan inmensa.

Allí tu santa madre,
 Allí la hermana tierna,
 Allí los conterráneos
 Y amigos de la escuela.

Sus fervidas plegarias,
 Sencillas y sinceras,
 Unieron con las tuyas
 En la amorosa vega.

Del Duero caudaloso,
 Que el pecho sacó fuera
 Por verte, repitiendo
 Su antigua cantilena.

¡Y hoy ellos no te miran!
 ¡Y hoy ellos no te cercan!
 ¡Y por más que los llamo
 No vienen á las fiestas!

¡Qué gozo llenaría
 Sus ánimas, si vieran
 La mitra refulgente
 Que ciñe tu cabeza!

¡Y el oro y esmeraldas,
 Crisólitos y perlas,
 Zafiros y rubies,
 Diamantes y otras piedras,

Que alumbran y matizan
 Tus albas vestimentas,
 Del pueblo mexicano
 Valiosa y digna ofrenda!

Pontífice querido,
 Advierte que aunque ciega
 La Parca y furibunda
 Con torpe y flaca diestra,

Cortar haya logrado
 Aquellas dulces hebras
 Que endebles sostenían
 Tan caras existencias;

Advierte, que no solo
 En este mundo alientas;
 Ni habitas forastero
 En playas extranjeras.

Te amamos, oh buen Padre;
 Tu vida fué la nuestra;
 Gozamos cuando gozas;
 Penamos cuando penas.

—El cedro añoso y cano
 Levántase á la esfera,
 Con frente encalvecida
 Hendiendo el aura leda,

Rodeado de arbustos
Que deben la existencia
Al plácido monarca
Orgullo de la selva;

En torno se le agrupan;
Cabe él sus ramas trenzan,
Y el tronco envejecido
Cobijan y refrescan.

Por más que bata el Euro
El ala torpe y negra,
Y suba rebramando
Sañuda la tormenta;

Por más que fulgurante
Encima se revuelva
La nube y que en su seno
Se enrosque la centella;

Por más que rudo el Bóreas
Le ponga en la cabeza
Carámbanos lincientes
Y cándidas madejas;

Y por más que el Estío
Famélico le envuelva
Y sobre él desate
Su ignita cabellera;

Él siempre rozagante,
Con veste airosa y luenga,
En medio de sus hijos
Magnánimo se ostenta.

Y es que ellos en la lucha
Le animan y consuelan,
Le escudan y le apoyan,
É infunden nueva fuerza.—

¡Gran Dios, que de los hombres
Alargas la carrera
Mortal, ó justiciero
De súbito la abrevias!

Humildes te rogamos
Que acá los ojos vuelvas
Y aceptes de tu pueblo
Pacíficas ofrendas;

Que alongues del insigne
Pastor de estas ovejas
La vida, que es tan cara,
En dicha y paz completa;

Y que seas, Dios bueno,
Su escudo y fortaleza;
Y que le cubra siempre
La sombra de tu diestra.

*Para el catafalco erigido en la Catedral de
Méjico el día de las exequias
del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Labastida.*

PASTOR.

I.

Muere el pastor y agrúpase el ganado
Del lecho en torno, y con balar creciente
Asorda y rasga el vagoroso ambiente
Mudo testigo de su bien pasado.

La grama olvida del ameno prado
Aunque le incita fresca y reluciente;
Y en no acercarse obstínase á la fuente
Si no le guía el huérfano cayado.

De su egregio Pastor así la hermosa
Mística grey henchida de amargura
La cátedra circunda tumultuosa;

Y exhalando en sollozos su ternura,
Con mirtos cubre la reciente fosa
Y eleva sus plegarias á la altura.

PILOTO.

II.

Sobre piélago azul, á toda vela,
Sin precaver la rabia y alboroto
De ola encrespada y furibundo Noto,
Se deslizaba ungida carabela.

Tras sí dejaba luminosa estela;
Y de encallar el riesgo era remoto
Por el celo y destreza del Piloto
Á quien fué encomendada su tutela.

¡Ay! El varón esclarecido y fuerte,
Cuando aun lejos miraba la bahía,
Cede al amago de contraria suerte;

Sube á cubierta al espirar el día;
Rinde el ánima bella, y con su muerte
Deja á la nave sin timón y guía.

CEDRO.

III.

Asoma el Aquilón batiendo el ala,
 Alzase el polvo, se obscurece el cielo,
 Corusca la centella y viene al suelo
 El cedro añoso de las selvas gala.

Ninguno entre los árboles le iguala;
 Sobre él la nube suspendió su vuelo;
 Y entre sus frondas con amor y celo
 Libró á las aves de asesina bala.

Hiedras y vides los zarcillos de oro
 Hincaron en su pie; sombra y firmeza
 Daba de arbustos al temblante coro,

Que hoy, cediendo del hado á la fiereza,
 Bañados de la aurora por el lloro
 Melancólicos doblan la cabeza.

FLOR.

IV.

El cáliz rompe de sereno río
 Cabè la orilla delicada viola
 Ostentando en su nítida corola
 Blanca diadema de sutil rocío.

Al tardecer, el cárdeno atavío
 Fragante y rico al céfiro tremola;
 Y entre heliotropos se levanta sola,
 Sola en su especie con extraño brío;

Y embriaga con su olor. Mas... (¡oh inconstancia
 De los bienes y pompa de este suelo!)
 Para el Bóreas sañudo no hay distancia;

Viene y aja el color, la quema el hielo,
 La frente inclina y su postrer fragancia
 Sube á perderse en el azul del cielo.

PEÑASCO.

V.

Yérguese al éter empinado risco
Que blanca nieve de continuo baña,
Y destácase encima la montaña
Sobre el zafir á guisa de obelisco.

Tras él, temprano se levanta el disco
Del rubio sol dorando la campaña;
Y es el imán, el blanco de la saña
De cierzo y rayos, hielos y pedrisco.

Mas ¡ay! que ayer de la azulada cumbre
Bajó rodando, y al encino y hiedra
Arrolló aquella enorme pesadumbre.

Y ¡ay de la mies!.....De súbito desmedra:
La hiere el rayo con violada lumbre;
Y la destroza resonante piedra.

SOL.

VI.

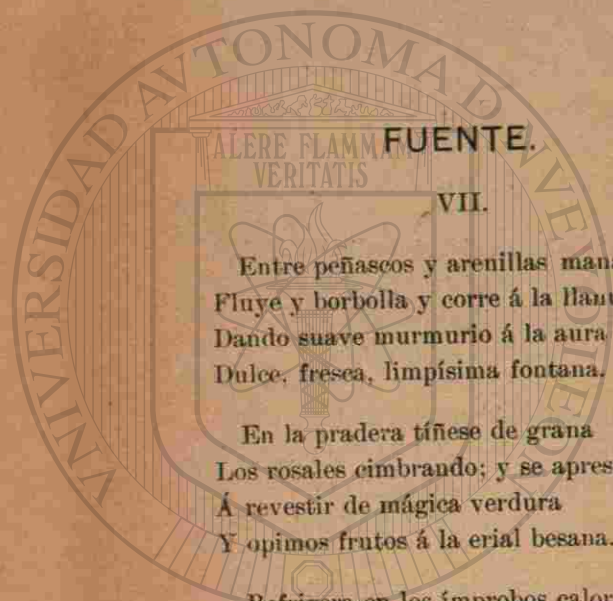
Nace risueño y sube al mediodía
El sol hermoso, y triste y negligente
Entre arboles baja al occidente
Con luz de luna, sin color y fría.

En el dorso de blanca serranía
Hunde agobiado la marchita frente;
Y no torna los ojos aunque siente
Que en pos le sigue la tiniebla impía.

Más que nunca feliz, con firme paso
Hacia otro mundo se encamina lento
De las estrellas al fulgor escaso.

Pero exhalan la fuente, el ave, el viento,
Al ver al astro rey en el ocaso,
En murmurios su amargo sentimiento.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Entre peñascos y arenillas mana,
Fluye y borolla y corre á la llanura
Dando suave murmurio á la aura pura,
Dulce, fresca, limpísima fontana.

En la pradera tíñese de grana
Los rosales cimbrando; y se apresura
Á revestir de mágica verdura
Y opimos frutos á la erial besana.

Refrigera en los ímprobos calores;
Deleita y brinda pródigo sustento
Al colono y rebaños mugidores.

¡Ay! Esa fuente en hórrido momento
Se agota, y los quejosos labradores
Hacen vibrar el adormido viento.



